

ANTES QUE AMANEZCA

Y OTROS RELATOS

JORGE OLIVERA CASTILLO

**ANTES QUE AMANEZCA
Y OTROS RELATOS**



A mi madre, Cristina
A mi esposa, Nancy

Prólogo

Cuando a mediados de diciembre de 2009 me aprestaba a escribir este prólogo para el libro de Jorge Olivera Castillo, una nueva noticia sobre el régimen que los hermanos Fidel y Raúl Castro dirigen en Cuba desde hace 51 años confirmó, por enésima vez, el carácter totalitario de esta antigua dictadura cívico-militar, defendida con vehemencia o tolerada con vergüenza ajena, según sea el caso, por la totalidad de la izquierda latinoamericana y, también, por algunos liberales, siempre más temerosos a que la usina de mentiras, calificativos e insultos que funciona en La Habana los coloque en el índice de “imperialistas”, “derechistas”, “contrarrevolucionarios” o, directamente, “fascistas”, que a la claudicación de sus propios principios.

El 10 de diciembre, durante el Día Internacional de los Derechos Humanos, algunos cientos de corajudos activistas y disidentes cubanos —porque en los totalitarismos los que opinan distinto al que manda no son ciudadanos que ejercitan un derecho humano inalienable; son “disidentes”— trataron de manifestarse pacíficamente en tres pequeñas demostraciones en reclamo de lo más básico y elemental que cualquier ser humano precisa para vivir: libertad.

Ocurrió lo que sucede desde hace más de medio siglo en esta desgraciada nación vacía de libertad: turbas organizadas por el Estado, del tipo de las que proliferaban en los países que integraban el desaparecido “socialismo real”, o en el fascismo, o en el nazismo, fueron llevadas en ómnibus hasta los lugares donde se desarrollaban esas mani-

festaciones casi inocentes para lo que estamos acostumbrados a vivir en las democracias y aun en sistemas dictatoriales pero un poco menos totalitarios que el cubano. Las turbas atacaron e intimidaron a los pacíficos ciudadanos, en el marco de acciones de violencia orquestada presenciadas por impasibles esbirros del dictador, que acabaron con la detención de casi 100 personas.

Durante las manifestaciones, cuatro diplomáticos de otras tantas naciones democráticas (Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania y Canadá) acompañaron a los ciudadanos cubanos para observar como ejercían sus derechos y, también, para atestiguar lo que pudieran hacer las fuerzas de choque del gobierno. La dictadura advirtió inmediatamente a los diplomáticos extranjeros que tenían prohibido avalar a los grupos opositores y calificó su comparecencia como “un acto de intromisión en los asuntos internos” de Cuba, un viejo y manido argumento de un régimen que lo único que ha hecho desde su instalación en 1959 ha sido, precisamente, entrometerse sin tapujos en los asuntos internos de todos los países de América Latina, por citar sólo los que están más cerca. Pero las cuatro cancillerías de esos países respaldaron firmemente la “actividad diplomática legítima” de sus representantes y rechazaron los ucases de la tiranía.

No es que estos hechos sorprendan. Son el pan de cada día en la Cuba sufriente, destrozada y esclavizada por el régimen despótico de un anciano moribundo que, en nombre del pueblo, sólo organizó un sistema completo y casi perfecto para sojuzgarlo en su propio beneficio. Lo que sucede es que estos ataques a las libertades más elementales de los individuos y el sistema totalizador que los ampara y los fomenta son, en definitiva, la explicación última y esencial para los desgarradores “cuentos” que Olivera Castillo desgrana a lo largo de su impactante libro.

El autor nos advierte desde el principio que “la ficción” es “el eje principal de los textos”, aunque también nos dice que ha procurado en su tarea “ser leal en la construcción de un brevísimo resumen de las experiencias vividas, escuchadas o padecidas en casi 50 años de vida”. Como él mismo señala, “cada historia es como un acto de exorcismo” donde las penurias de decenas de miles de cubanos son exhibidas en todo su horror.

Olivera Castillo consigue hilvanar a través de sus “cuentos” un relato crudo y coherente sobre los niveles de degradación a los que pueden llegar los seres humanos cuando están sometidos durante mucho tiempo a un sistema por el cual no pueden a veces ni siquiera soñar con una grieta en la pared que les permita abrigar la esperanza de que algún día la represa se romperá y la libertad emergerá a borbotones.

Eso es muy difícil imaginar para quien no ha podido jamás disfrutar el ejercicio del más elemental de los derechos humanos. De hecho, el autor nunca vivió un minuto de libertad en su vida, ya casi cincuentenaria. Su país siempre tuvo al mismo presidente, el régimen no aflojó ni un milímetro su vocación y ejecución totalitaria, no dio un mínimo respiro a los pobres cubanos y despreció permanentemente lo que en las repúblicas avanzadas llaman “democracia” y Fidel Castro “pluriporquería”.

Mientras tanto, Olivera Castillo y la mayoría de sus compatriotas —aquellos que no integran las fuerzas de choque, los servicios de inteligencia, la policía política y la runfla de adulones y arribistas que rodean en toda circunstancia histórica a cualquier dictador— tratan de sacar la cabeza por el costado de la bota que los aplasta para, al menos, respirar un poco, aunque muchas veces ese intento les cueste muy caro. Muchos lo han pagado con hostigamientos constantes, con cárcel, con torturas y hasta con sus propias vidas.

Por eso causan admiración individuos como Olivera Castillo. Yo puedo escribir este prólogo sin miedo a que, a raíz de él, alguien tome represalias en mi contra. A lo sumo, no podré viajar a Cuba mientras la dictadura cívico-militar permanezca en el poder. Pero los tantos Oliveras Castillos que viven en la gran prisión isleña del Caribe pueden todo el tiempo esperar lo peor. Para ellos y para sus familias. Si se atreven a hacer lo que hacen, es porque no aguantan más la asfixia y están dispuestos a jugarse el pellejo. “Menos mal que existen los que no tienen nada que perder”, cantan los corifeos latinoamericanos de Castro, situando al dictador y a sus adláteres en una posición heroica, de desprendimiento y de entrega a la causa del pueblo. Yo repito la frase, pero a modo de homenaje para Olivera Castillo y para los que, como él, se animan a decir las cosas que los tiranos odian leer o escuchar.

En este libro, el lector encontrará casi todos los abismos de humillación y bajeza que las dictaduras, sean del signo político que sean, sistemáticamente causan en las sociedades a las que someten. Aquí aparecen la angustia, el temor y la indefensión del individuo en la vida cotidiana, surge con triste evidencia la explosión de la prostitución masculina y femenina en ciudadanos que no tienen más remedio que lanzarse a ella para no morir de hambre (Fidel Castro dijo que hacía la revolución para que Cuba dejara de ser el burdel de los estadounidenses; medio siglo después, su isla es un gigantesco lupanar de gente desesperada), emerge la sorda pero permanente persecución contra los homosexuales (aunque varios de los principales gobernantes lo sean), aturde la tragedia de los hijos delatando a sus propios padres (como acontecía en la Unión Soviética y en los países de Europa del Este), asquea el apogeo de la “indignidad necesaria” entre la gente común y corriente que no puede escapar de ella si no quiere sufrir graves consecuencias, revuelve el estómago el trabajo esclavo donde el “negrero” es el Estado orientado por los Castro, que lo fomentan con la falacia mil veces repetida de que “así se defiende la patria”, golpean el rostro de quien lee el hambre, la miseria, la represión constante, las requisas, el estado policial, el narcotráfico, el terror a que se derrumben los destartalados edificios de La Habana, la escasez y el desabastecimiento, las “tarjetas de racionamiento”, el “desvalijamiento de los cadáveres” para vender sus ropas clandestinamente, el tedio, la desesperanza y hasta la antropofagia.

Con una prosa cuidada, el autor nos invita en cada cuento a recorrer ese tren fantasma de “exorcismos” que los cubanos harán en masa cuando la autocracia quede en el olvido y reconstruye, no sin dosis de humor negro, las miserias de una sociedad aparentemente condenada a la infelicidad. Al cabo de cada capítulo, imprevistamente, muchas veces nos descerraja un tiro a quemarropa que nos deja boquiabiertos y con un nudo en la garganta.

Hay algunos cuentos en esta obra que también permiten abrigar alguna expectativa sobre la pronta caída del totalitarismo. Eso pasa cuando el autor alude a imaginarias revoluciones legítimas contra la tiranía o, simplemente, cuando narra con detalle la preparación de una

huida de la isla, el recurso hasta ahora preferido por cientos de miles que han preferido arriesgarse a morir en las aguas infestadas de tiburones del Caribe antes que seguir padeciendo el calvario.

Pero la mayor esperanza es que existan, dentro de Cuba, hombres y mujeres valientes como lo es, sin dudas, Olivera Castillo.

Este hombre, de 48 años de edad, casado y padre de dos hijos, tuvo que pasar a sus 20 años por el servicio militar obligatorio para integrar una de las llamadas “misiones internacionalistas” en Angola, con las cuales el régimen trataba de exportar su revolución, bajo las órdenes del imperio soviético. Trabajó, entre 1989 y 1991, como editor del programa “Puntos de Vista”, el único espacio de opinión y crítica que ha tenido la televisión cubana durante la era funesta de los Castro, y llegó a ser el responsable de la edición del Noticiero Nacional de la Televisión.

Pero en 1993, sintió que no podía seguir mintiendo a la gente, por más órdenes que llegaran “desde arriba”. La realidad de Cuba difería de la que describían los medios controlados por el sistema. Y decidió expresar abiertamente sus opiniones y sus críticas. Naturalmente, lo echaron. Sin embargo, en 1995 pasó a integrar las filas del heroico periodismo independiente cuando se incorporó a la agencia “Havana Press”. Entonces, llegaron los “escraches” frente a su domicilio, perpetrados por los vecinos de su propia cuadra, integrantes del Partido Comunista o afiliados a las “organizaciones de masa” obedientes al dictador. Vivió decenas de arrestos por su tarea periodística y fue instado por los agentes del régimen, bajo amenazas, a abandonarla.

Olivera Castillo tuvo el honor de que en 1999 el mismísimo dictador lo amenazara con nombre y apellido en la televisión estatal cuando, como genuino déspota, esgrimió una “ley mordaza” para intentar acallar a él y a otros 32 periodistas independientes. ¡Tanto miedo tenía ya entonces el decrépito!

Habiendo descubierto hace tiempo para qué estaba sobre la tierra, Olivera Castillo siguió adelante y, en el año 2001, fundó junto a otros periodistas la Sociedad “Manuel Márquez Sterling”, se afilió a la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y sus artículos desfilaron por los

sitios y páginas de “CubaNet”, la “Revista Hispanocubana”, “Encuentro en la Red”, “El Nuevo Herald”, el “Diario las Américas”, “El Disidente” y “Carta de Cuba”.

La dictadura no lo dejaba en paz y, por eso, en 2002 ingresó al Plan de Refugiados para Estados Unidos. Hasta que lo inevitable llegó: el 18 de marzo de 2003 fue arrestado en el marco de un nuevo recrudecimiento de la represión. Lo fueron a buscar, al mejor estilo de las dictaduras cívico-militares sudamericanas de los '60, '70 y '80, antes de las 4 de la mañana, en un operativo multitudinario que conmovió al barrio. Como los militares y los “grupos de tareas” de los dictadores Jorge Rafael Videla (Argentina), Gregorio Álvarez (Uruguay), Augusto Pinochet (Chile), Alfredo Stroessner (Paraguay) y Humberto Castelo Branco (Brasil), los agentes de seguridad del Estado cubanos se robaron todo lo que había en la casa: desde una máquina de escribir antigua y una linterna, hasta todas las revistas, periódicos, escritos, crónicas y libros de su propiedad. Una parodia de “juicio” sumarísimo de ocho horas acabó con una condena en su contra a 18 años de prisión. Como en cualquier dictadura, le imputaron delitos contra “la seguridad del Estado” y otros, emergentes de la “ley mordaza” contra la libertad de expresión. Lo llevaron como un reo a una prisión de Guantánamo, a 1.000 kilómetros de su casa, y lo dejaron en una celda de aislamiento de dos metros de ancho y tres de largo, sin luz, tapiada, húmeda, con un agujero en el piso para sus necesidades fisiológicas, llena de ratas, mosquitos, hormigas, arañas, cucarachas, escorpiones y avispas. Cada tres meses y durante apenas dos horas, le era permitido ver a su familia. Le dieron comida en mal estado y agua contaminada, le violaron sistemáticamente la correspondencia, le censuraron lo que podía leer, le prohibieron mirar la televisión o escuchar la radio.

Afectado por diversas enfermedades, Olivera Castillo, un masón creyente, se aferró a Dios para sobrevivir.

En diciembre de 2004, bajo fuerte presión internacional, la dictadura lo liberó de sus mazmorras “por razones de salud”.

“Antes que amanezca” es una obra de un periodista valiente, que prefirió arriesgarlo todo para sumarse a la lucha por la libertad. Más temprano que tarde, Olivera Castillo y todos sus compatriotas la verán bajando suave e implacable desde la Sierra Maestra, para llenar con su aire limpio la atmósfera de una tierra que dejará de ser la vergüenza que es hoy para todo el mundo libre: la cárcel más grande y más cruel de América Latina.

Claudio Paolillo

Montevideo, enero de 2010

Al lector

Éstas son historias muy familiarizadas con una realidad que desborda las fronteras de la imaginación. Creo oportuno subrayar que me he sometido, sin resistencias, al compromiso de ser leal en la construcción de un brevísimo resumen de las experiencias vividas, escuchadas o padecidas, en casi 50 años de vida.

Obviamente que es la ficción el eje principal de los textos, pero quiero puntualizar que he sido y soy parte de un escenario real dominado por el absurdo.

Pudieran catalogarme como un intérprete de la desgracia o un experto en valorar los estragos dejados por las catástrofes, pero sólo me considero alguien que quiso ponerle letras a las palizas existenciales.

Una de mis pretensiones ha sido endulzar los temas abordados con la fantasía que nos proporcionan las herramientas literarias. No sé si lo he logrado, pero al menos ése fue uno de mis propósitos.

Si se espanta o se ríe con algunas de las escenas aquí relatadas, tendré asegurado parte del éxito.

Cada historia es como un acto de exorcismo, donde son perfectamente visibles los demonios del hambre, la desesperanza, la amoralidad, la indigencia, la locura y otros pesares que anidan en miles de coterráneos.

Éste es un enfoque, una semblanza, sobre el cuerpo herido de una nación. Por eso es que no se puede evitar el choque con el horror o escaparse del abrazo del surrealismo al leer la mayoría de estos cuentos.

No tema en sonreír, aunque estoy casi seguro que no será lo suficiente rápido como para atajar este reflejo del alma, mientras repasa algunos de esos episodios hilarantes que suelen asomarse en el borde de las tragedias.

Es imposible terminar mi descarga, sin antes mencionar a mi amigo, escritor y periodista, Víctor Manuel Domínguez García.

Fue un factor cardinal en la consumación de este proyecto literario. Sus siempre atinadas sugerencias y su ayuda en la revisión de cada texto, resultaron de gran importancia para cerrar este nuevo capítulo de mi obra.

A Víctor y al poeta Raúl Rivero (otro entrañable amigo), les debo mucho estos impulsos que me permiten incursionar en el arte de la escritura.

Ambos me han animado a hacerlo, a pesar de mis atascamientos en los puertos de la duda y la pereza. Siempre termino aplicando, al pie de la letra, sus exhortaciones y aquí estoy con otro libro.

Jorge Olivera Castillo

La Habana, 24 de septiembre de 2009

¿Vivo o Muerto?

“Dentro de mi se baten dos hombres
que son uno”
Raúl Rivero

Es domingo. Estoy sentado en la butaca con los ojos fijos en el techo. Creo que son cerca de las diez de la noche. Presumo que es así por el cálculo mental que hice hace apenas diez segundos. El noticiario de las 8 es la referencia para acercarme a la hora real. Casi estoy seguro que no yerro en mis esfuerzos por adivinar el tiempo exacto.

La luz de la sala está apagada. No atino a recordar el momento en que bajé el interruptor y las sombras emprendieron un ataque relámpago sobre las paredes, las dos ventanas insertadas en los flancos, el suelo de lozas grises y brillosas, el sofá con múltiples rasgaduras en su superficie, el refrigerador marca Haier y la mesa circular con sus cuatro sillas plásticas.

También soy otra de las víctimas de esa mancha oscura que abraza los 15 metros cuadrados como el primer día de una relación amorosa.

Mi cabeza descansa en el borde superior del butacón, precisamente uno de los pocos sitios del asiento que ha escapado de los zarpazos del desgaste. Desde allí mis ojos traspasan la cubierta de hormigón con una facilidad que no podría explicar.

Es de carne y hueso el hombre que atraviesa la calle con pisadas firmes y expresiones que recuerdan a cualquiera de los héroes de Hollywood, después de concluir una jornada de aventuras. La felicidad es

un apéndice de su fisonomía. Puedo visualizar las tonalidades vivas de la placidez sin aguzar la vista.

Un perro comienza una tímida persecución. Se le unen otros. Sólo hay dos de raza pura, al resto es imposible definirle el linaje. Son residuos de una larga cadena de apareamientos entre ejemplares desnaturalizados.

Me place experimentar el don de la ubicuidad. Eso me asusta, pero a la vez disfruto la nueva habilidad que me permite darle a mi campo visual una extensión casi infinita. Temo que sea un breve regalo divino que terminará de un momento a otro. Por eso quiero ser lo más eficiente posible. Es decir aprovechar el tiempo al máximo y descubrir quién es el hombre que ahora va delante de la manada de canes sin saber que le deparará el futuro inmediato.

El individuo ha decidido apurar el ritmo de sus pasos. Sus acompañantes lo imitan. Siente el avance del temor. El corazón no se equivoca. Acelera su secuencia de latidos y una gota de sudor comienza a descender desde la parte alta de la espalda. Un gran terremoto se inicia en sus vísceras. Las ondas telúricas concluyen a flor de piel. El cuerpo quiere paralizarse, pero él ya ha echado a correr como un bólido. Sus perseguidores no se quedan atrás. Se desplazan con rapidez, ladrando y mostrando sus colmillos como muestra de que tienen previsto llevar sus instintos hasta las últimas consecuencias.

En primer lugar van dos Staffordshire terrier. Cada uno pesa 40 kilogramos de peso. Las zancadas bordean los dos metros. Su ligereza no concuerda con su voluminosa dotación corporal. No obstante la voluntad por coronar con éxito sus fines, les sirve como estímulo para desafiar los impedimentos anatómicos.

Una verja le devuelve las esperanzas al perseguido. Salta y consigue remontar la altura con facilidad. El instinto de conservación le permite una complicada maniobra acrobática. Del otro lado mira con satisfacción a la jauría que mordisquea las barras de hierro como una manera de aplacar su impotencia.

El hombre continúa la carrera, ahora con un trote acompasado. Sonríe y logra un suspiro entre las secuelas de la sofocación. Busca una salida de aquel lugar desconocido. Un estallido le devuelve los sínto-

mas de hace unos minutos. Los temblores se le abalanzan con mayor fuerza. Están prendidos de todo el cuerpo. Una nueva capa de sudor comienza a bañar su piel. El disparo le ha dejado la audición del oído derecho en mal estado.

Desde mi butaca veo caer sobre el hierbazal un paquete. El objeto ha abandonado la camisa del individuo. La abertura de dos de los botones, ha hecho caer el pequeño bulto con la envoltura, de papel cartón, mojada.

No sé cuál es el contenido. Lo que arrastra mi curiosidad es la desesperación con que el hombre trata de recobrarlo y su estampida en medio de la balacera que hace casi inaudible la orden de alto repetida hasta el cansancio.

Los tiros zumban rompiendo el diseño de los árboles, abren algunos orificios en la tierra con cada impacto y sitúan al hombre en la zona más intrincada del pánico.

La única alternativa es el regreso a la verja y saltarla con la idea de que los perros ya se han marchado.

A 50 metros de la muralla de metal el hombre presume que sus antiguos perseguidores se han espantando con los disparos. Realmente no se ve a simple vista ninguna presencia a no ser la luz de un farol colgado en unas de las esquinas del imponente enrejado.

Es cierto que la manada no tiene el mismo número de integrantes. Quedan 6 ejemplares emboscados detrás de un pequeño promontorio de malezas. Entre ellos, los dos Staffordshire.

La carrera se detiene abruptamente con un choque que hace vibrar la estructura construida con la finalidad de proteger la parte trasera de la unidad militar. La sacudida produce un ruido ensordecedor seguido por los últimos disparos que abandonan el cañón del fusil Kalashnikov.

Primeramente los perros optan por una huida a raíz de la combinación de estridencias, pero el instinto les confirma que hay probabilidades de dormir sin las punzadas del hambre.

Los ojos del hombre se inflan. El miedo está clavado en el iris y parece que van a explotar.

Apenas tiene tiempo para idear una salida de emergencia. Debe saltar al otro lado para no morir acribillado, pero la furia perruna lo paraliza. La mano derecha sostiene el paquete. Le dedica una mirada que pone al descubierto la profundidad de sus pesadumbres.

Un perro ataca como si no hubiera nada por medio. Se estrella contra los barrotes. El hombre retrocede, el animal se incorpora, gruñe y se alista para repetir la escena. Los demás terminan imitándolo bien por sus apetitos insatisfechos o para exponer el nivel de sus fuerzas con la finalidad de impresionar al resto de la manada.

Una demostración de poder podría inclinar la balanza a su favor a la hora de repartir el botín.

¡Jorge! ¡Jorge! La voz va cobrando intensidad poco a poco. En un primer instante, no atino a descubrir de donde procede. Entablo un breve forcejeo mental con el fin de derribar el muro de confusiones que se ha levantado a lo largo y ancho de las escenas que mi memoria procesa.

Quiero saber el destino del hombre atrapado en un dilema que presumo tendrá un final desastroso. Me embarga un sentimiento de tristeza que no puedo controlar. Estoy desesperado por saber qué tipo de muerte sellará la vida del individuo. Esta necesidad se comunica con mi desánimo por no poder cambiar el curso de los acontecimientos. Por más que lo intente, no puedo alterar el escenario con un repentino rescate. Siento que estoy lejos del lugar de los hechos. Para colmo la distancia es cada vez mayor.

¡Jorge! ¡Jorge! Con esos últimos llamados pierdo mis dones. Ya no es al hombre a quién tengo atrapado en la mirada con todos los atributos del miedo tallados en cada porción de su rostro. Mi esposa me sacude por el hombro. El zarandeo provoca la abertura de mis párpados y capto de inmediato el bombillo fluorescente que cuelga del techo desplegando toda su intensidad lumínica.

Paulatinamente, voy adaptándome a la realidad. No es una transición fácil. Miro hacia ambos lados y termino mi recorrido visual en la cara de Nancy.

-Oye, cuándo te vas a acostar. Son las 11 de la noche, me dice mientras abre la puerta del refrigerador y toma uno de los pomos con agua.

-Parece que tenías pesadillas, alega al terminar de beber el contenido vertido en el vaso.

Aún no estoy preparado para hablar. Lentamente voy saliendo del desconcierto. Por fin, dejo de sentirme extranjero en mi casa y compruebo que sólo he sido tripulante de un sueño tormentoso.

Nancy enrumba sus pasos al cuarto. Acto seguido me incorporo y decido seguirla. En el trayecto pienso en mi inconclusa lectura de uno de los cuentos de una antología de Horacio Quiroga publicada por el Fondo Editorial Casa de las Américas.

En la cama, repaso lo leído en el texto literario. Tengo en mi memoria “Para noche de insomnio”, “El regreso de Anaconda” y “El espectro”. Tres de los cuatro relatos que pude terminar antes de la corta y tensa secuencia de aquel hombre abocado a un final de espanto. De la primera página del “Almohadón de plumas”, fue el despegue hacia ese lugar desconocido donde la persecución y la incertidumbre terminaron asediando al joven blanco, de pantalón de mezclilla, camisa de fondo amarillo muy claro con listones azules y zapatos de piel, negros, de cordones, y sin lustrar.

Duermo a retazos. Los personajes de las narraciones entran y salen de mi mente constantemente. No lo hacen solos. En los paseos no falta el sobrepeso de sus tragedias. El trasiego se multiplica en la parte más profunda de la madrugada, quebrando todos los puentes para llegar al sueño.

A las cinco, abandono la idea de buscar un descanso reparador. En una hora tendría que levantarme para el desayuno y prepararme para una nueva jornada laboral.

Suena el timbre de la puerta a las 5 y 30. Con el peculiar sonido se activa en mi pecho un concierto de percusión. Las palpitations van de la levedad hasta el punto máximo de la agitación. Pierdo, irremediablemente, el control sobre mis emociones.

-¿Quién será a esta hora?, balbuceo.

No tengo la menor idea de la identidad del autor de aquellas pulsaciones sonoras, semejantes a unas campanadas, que alargan los límites de una madrugada empeñada en mantener la paz fuera de sus contornos. Tampoco me atrevo a buscar entre el amasijo de mis dudas, el porqué de aquella intempestiva visita.

Me levanto descalzo. Así llego a la puerta. Estoy turbado y deseoso de desentrañar el enigma.

Giro el aditamento del llavín. Nancy se ha quedado despierta sobre la cama a la espera de conocer detalles del evento.

Abro impulsado por una combinación de miedo y curiosidad. Siento el impulso de lanzar una exclamación de júbilo, pero el asombro frena mi capacidad de acción.

Es el hombre del sueño. En sus ropas se notan las secuelas del percance. La camisa rasgada, el pantalón cubierto de tierra y con las costuras resentidas.

-Mi amor, ¿quién es?, me pregunta Nancy.

No puedo articular palabra alguna. El hombre deja caer el paquete en el piso y se desploma. El torso cae dentro de la casa, el resto del cuerpo está tendido en el pasillo. Aún no sabemos si está vivo o muerto.

Trajes de batalla

Eché una ojeada a los módulos de ropas que colgaban en el travesaño. No sabía qué vestido se pondría esa noche. Tenía predilección por las minifaldas y las medias largas con el mismo color de la piel.

-No me acuerdo que ropa llevaba cuando lo conocí—pensó mientras sostenía entre los dedos de su mano derecha la tela de una pequeña falda tornasolada—. Era su preferida entre las prendas de esas características.

-Quisiera que se acordara de nuestro primer encuentro. Eso sería un detalle importante para estremecer sus sentimientos. Creo que el vejete no es muy dadivoso que digamos, pero tengo que sacarle los 1000 euros sea como sea.

José María era un andaluz de la tercera edad en busca de aventuras amorosas en el trópico. Todos los años invertía parte de su fortuna, obtenida en sus tiempos como empresario del sector de la construcción, en los deleites de la carne.

Prefería las mujeres adultas para dar rienda suelta a sus concupiscencias. Por las jóvenes debía desembolsar mayor cantidad de dinero y por lo regular se mostraban reticentes a ampliar el rango de los servicios.

Ni tan jóvenes, ni tan viejas. Sobre esas premisas descansaba su filosofía sustentada en el ahorro, sin que por ello mermara sustancialmente la calidad de las fantasías erótico-sexuales.

Alicia lo había conocido en una de sus andanzas por la periferia del Hotel Tropicana. Los fines de semana solía hacer un recorrido, después de acicalarse al extremo de parecer una diva.

En sólo diez meses de incursionar en el arte de la seducción, contaba con un ajuar digno de envidia. Sus competidoras le reprochaban su eficiencia en capturar las piezas más codiciadas, a partir del glamour desplegado a través de sus ropas, el maquillaje y un estilo al caminar que parecía importado de las pasarelas de Christian Dior.

El encuentro estaba previsto para las nueve de la noche en las inmediaciones del parque de los lirios, situado a unos 100 metros del Hotel La Gaviota.

José María llegaba en el vuelo de las siete. Dos horas después se verían por segunda vez para continuar una relación que había quedado trunca.

El primer contacto se había producido el mismo día en que el viejo panzudo y calvo alistaba las maletas para el regreso a su país.

Alicia tenía vagos recuerdos del romance. En su memoria sobrevivían destellos de los besos ensalivados de aquel hombre regordete y de baja estatura, su olor a ajo combinado con la fragancia de un buen perfume y el discreto manoseo que tuvo que soportar en la parte superior de los muslos, el cuello y la anchura de sus nalgas.

Con atinados movimientos evitó que ampliara la zona de las caricias. No quería que el asunto sobrepasara los límites de las fricciones y el besuqueo.

Todo había tenido lugar en los portales de una tienda cerrada por reparaciones. La gente pasaba y esto disuadía los ardientes deseos del viejo.

Finalmente, el breve amorío terminó con la promesa del retorno, 400 euros y un beso largo que le entumeció las comisuras de los labios.

-¿Me pongo la minifalda? La pregunta flotaba en un mar de dudas que impedía el acceso a una decisión irrevocable.

No podía determinar qué atuendo usaba el día del efímero encuentro. Eso le turbaba. Temía estar perdiendo facultades de manera prematura, aunque su edad no sobrepasaba los 39 años.

Extendió el brazo. La prenda de vestir volvía a su sitio dentro del escaparate. Creía haber escuchado una voz interior que le indicaba otro "look". Las presuntas exhortaciones nada especificaban sobre la inminente elección.

Tomó un vestido al azar. Era de fibras de hilo, anaranjado, hábilmente adornado en el frente con una botonadura forrada con la misma tela. Nunca antes se lo había puesto.

Se situó delante del espejo como si quisiera obtener su consentimiento o su rechazo.

Se probaba la prenda de vestir sin enfundarse en ella. Sólo la hacía caer sobre el frente de su cuerpo agarrándola por las mangas y sin apartar la vista de la pared de azogue.

-No me voy a calentar más la cabeza. Esta misma. De todas formas no creo que sea lo más importante para José. Hablaba entre dientes con la picardía reflejada en una cara todavía sin el efecto de las cremas, los polvos, las pinturas y las pestañas postizas.

Después de ducharse procedió al ritual del embellecimiento. Éste le tomaba no menos de 60 minutos. Algunas veces se extendía media hora más.

El reloj daba las 6 con 53 minutos. Supuso que el avión estaría a punto de tocar tierra. Por un instante interrumpió la decoración de su rostro con el fin de echarle un vistazo al crepúsculo. Pensaba que eso le traía suerte en las labores de conquista que ponía en práctica cada fin de semana. Quince días atrás un neozelandés le había regalado un DVD de última generación y 300 euros.

También era un viejo, pero no tan libidinoso como José María. Se llamaba Elton. Según decía, era un hombre casado con la misma mujer desde los tiempos en que estudiaba ingeniería mecánica en la universidad. Su edad actual ascendía a 74 años.

Elton se conformaba con conversar intercalando caricias y besos. Padeecía una enfermedad cardíaca que le imposibilita el despliegue de todas sus aspiraciones en el campo de la sexualidad.

Alicia se congratulaba de estas situaciones. La fragilidad física de los clientes derivaba en una gran inversión donde obtenía lo suficiente a cambio de ingeniosos subterfugios que disminuían los costos de los lances amorosos.

Intimar en una cama estaba descartado, salvo situaciones extraordinarias. Afrontar esos escenarios le resultaba incómodo. Le molestaba revelar sus secretos. ¿Y si se perdía la magia al desnudarse?, ¿acep-

tarían su cuerpo tal y cómo Dios se lo había dado? Estas interrogantes asaltaban su mente en el preámbulo de cada encuentro sobre el que no podía prescribir su evolución y mucho menos un final que se extraviaba en los torbellinos de la incertidumbre.

Respecto a José María sabía que se enfrentaba a un problema. El vejete mostraba una vitalidad no acorde con su condición de septuagenario.

El dinero tenía que sacárselo a las buenas o a las malas. Lo necesitaba para completar la cuantía de una multa, impuesta por establecer una conexión clandestina a la televisión por cable.

El lunes próximo expiraba el plazo para pagar los 50 000 pesos de multa impuestos por uno de los jueces de la fiscalía provincial.

Con 1000 euros completaría el monto de la penalización. Un incumplimiento derivaría en una duplicación de la estratosférica suma.

En caso de violar esta nueva condicionante, se exponía a un agravamiento del castigo. Uno de ellos podría ser el internamiento en un centro correccional —por espacio de un año— donde le esperaban extenuantes labores en la siembra o recolección de maíz. Afortunadamente aún conservaba su puesto de trabajo en una escuela secundaria donde impartía clases de preparación militar.

Por eso le preocupaba no poder resolver a tiempo el asunto del dinero. La posibilidad de verse en un maizal bajo la vigilancia de decenas de guardias le hacía padecer un estado depresivo que debía combatir con medicamentos.

Tanto las depresiones como las jaquecas le acosaban, sobre todo en el horario de la noche.

Para conciliar el sueño tomaba un jarabe recetado por un homeópata sin obtener resultados de consideración. Dormía entre sobresaltos y constantes movimientos que dejaban el colchón descubierto. La sábana y las dos almohadas amanecían sobre el piso.

Pensaba que la normalidad en su vida retornaría con el pago de la multa. Antes de las cuatro de la tarde del lunes debía presentarse en el juzgado y desembolsar la suma requerida.

Después del incidente juró que resistiría las tentaciones de volver a conectarse subrepticamente a las ilegales emisiones televisivas. Por

algo más de tres euros al mes disfrutaba la programación de dos de los canales hispanos asentados en los Estados Unidos de manera ininterrumpida las 24 horas.

Casi todo el vecindario sentía predilección por esas transmisiones a pesar de las redadas policiales que siempre cogían in fraganti a algunos espectadores embelesados con una novela, el estreno de algún filme de la Metro Goldwyn Mayer o un concierto protagonizado por una o varias estrellas de la música latina.

Aquella vez se aparecieron cuando todo el barrio esperaba el recital del cantante y compositor dominicano Juan Luis Guerra.

La puerta estaba entreabierta.

-Te cogí. La próxima vez vas para los tribunales. Así dijo el policía con el talonario de las multas en una mano y el bolígrafo en la otra.

Desde entonces la tristeza se posesionaba de sus sentimientos con dramática regularidad. No concebía que hubiera sido una de las ocho personas sorprendidas en un delito que poco a poco se convertiría en uno de los más perseguidos y sujetos a mayores represalias.

Sintió una profunda amargura al repasar involuntariamente algunas de las páginas de un pasado que le oscurecía el presente.

-¿José me dará los 1000 euros? ¿Qué me pedirá a cambio? Las dos preguntas resumían la densa capa de preocupaciones en constante aumento.

El creyón de labios se hundía en los labios remarcando el color rojo de izquierda a derecha y viceversa. Era el toque final de una hora dedicada a plasmar las claves de la belleza sobre un rostro todavía juvenil, pero poco a poco enfrentándose a las tenues marcas del envejecimiento en las sienes y en las zanjas que definen las mejillas a ambos lados de la nariz.

Tenía poco tiempo para seleccionar los zapatos y ultimar otros detalles que consideraba que aumentaban su feminidad.

La fina cadena de oro de 14 quilates, el pulso dorado de fantasía coronado con un sinnúmero de perlitas, los aretes del mismo material con un pequeño colgante similar a un par de lágrimas, la estola de seda. Ninguno de esos accesorios podía quedarse fuera del diseño concebido para elevar la eficacia del cortejo.

Cuando el reloj marcó las 8 con 20 minutos posaba frente al espejo analizando la composición de la imagen que había logrado — una vez más— a fuerza de una estoica voluntad en lucir como la mujer perfecta.

-Si Brad Pitt me ve, Angeline Jolie tendría que buscarse otro esposo. Eso pensaba con orgullo al lanzarse unas miradas detectivescas de arriba abajo.

En el espejo lucía más joven. Por tal presunción no atinaba a cambiar de postura. Estaba a merced del éxtasis. De repente inició varios desplazamientos —hacia los lados— con la vista fija en el cristal argentado. Se detuvo para acomodarse las hebras de pelo rubio que le caían sobre el cuello. Acto seguido se acomodó el moño en la parte superior de la cabeza. La peluca traía ese peinado de fábrica.

Al tomar la cartera y después de abstraerse un instante en sus uñas postizas pintadas de azul claro con vetas plateadas, constató que la hora demandaba acelerar la partida.

-¡Qué preciosura! Ismael despachaba el piropo a boca de jarro. Alicia le obsequió una sonrisa y un gesto femenino con las manos provocando que el hombre emitiera un silbido de satisfacción. El susodicho vivía en esa cuadra y se le conocía por su manía de decirle algo a cuanta mujer se le cruzaba en el camino. No perdonaba ni a las ancianas. Acostumbraba a decir “el que come bueno y malo come dos veces”.

La sentencia revelaba sus intenciones de acoplarse con cualquier dama independientemente de su edad y particularidades físicas.

Alicia había comprado ese cuarto hacía seis meses a través de una operación fraudulenta. En las oficinas dedicadas a los asuntos de la vivienda existía un gran mercado de compra y venta de inmuebles.

Odelín, el encargado de atender esos asuntos en el municipio, parecía un hombre honrado y sensible a las quejas de los cientos de afectados que pasaban cada semana por allí.

-Lo siento, pero no puedo hacer nada por ustedes. Tienen que esperar pacientemente. No hay disponibilidades por ahora. Esa era la respuesta que semejava un cuño. En nada diferían unas de otras.

En el automóvil rumbo al Hotel, Alicia recordaba a Ismael. Él había sido el intermediario para llegar hasta Odelín. Por 3000 euros se

alcanzó el acuerdo con legalización incluida. Todos los ahorros se evaporaron con el cuantioso desembolso.

-Por favor, tengo prisa. Necesito que vaya más rápido —le dijo al chofer—.

-No hay problemas. Al instante percibió el estricto cumplimiento de la orden.

Su estancia en aquel local atiborrado de ornamentos y siempre bajo el imperio del desorden, se circunscribía a los sábados y los domingos.

Al concluir sus labores pedagógicas pasaba por la casa de su hermana Mayra y de ahí seguía rumbo a su hogar.

De lunes a viernes laboraba y dormía en la escuela. El centro educacional estaba situado en las afueras de la ciudad y los alumnos debían permanecer internados para viabilizar sus estudios. Resultaba muy complicado el hecho de tener que ir y venir a diario, con las dificultades que existían en la transportación.

Este régimen le favorecía. Aparte de tener albergue y comida segura, tenía una coartada para emprender sus lucrativas faenas los fines de semana. Estaba al frente de la cátedra de preparación militar.

Los conocimientos aprendidos durante su paso por el ejército le habían facilitado la incorporación en la entidad escolar. El tiro con fusil y otras materias relacionadas con la infantería eran parte de su contenido de trabajo. A menudo también recordaba el aprendizaje de las técnicas de defensa antiaérea durante su estancia en la escuela de cadetes.

Desde la infancia había sentido predilección por lo militar. El uniforme, la disciplina, la marcialidad, constituían el núcleo de una atracción que se desvaneció a medida que fue experimentando la corrupción dentro de la oficialidad y el abusivo nivel de exigencia.

Con los grados de primer teniente salió del ejército sin que esto se tradujera en un percance en la reorganización de su vida fuera del estamento militar.

El automóvil se detuvo a tres cuadras del Hotel La Gaviota. Miró el taxímetro y pago la cuenta.

Las 8 con 57 minutos. Sus ojos repasaron fugazmente la superficie del reloj. Llegaba con tres minutos a su favor. Estaría en el lugar con-

venido a la hora exacta. Ese celo por la puntualidad se lo debía a sus años en las filas castrenses.

En la esquina del hotel de 25 pisos y regentado por la cadena Sol Meliá, aguardaba José María con una chaqueta oscura imposible de precisarle el color en la distancia. Su reducida estatura, la calva y su notable volumen corporal establecían las pautas para definirlo al margen de una noche débilmente alumbrada por el cuarto menguante.

-Hola, qué tal estáis. José María no podía esconder su sorpresa. Fragmentaba la expresión como si quisiera alargarla hasta encontrar otras palabras que tradujeran, con más detalles, su complacencia.

-Estás más bella que hace un año.

-No me digas. Eso me lo dices por puro compromiso.

-No, no. Oye no soy hombre de hablar a la ligera. Sólo le pongo letras a lo que me dicta el corazón.

-Hoy voy a creerte, mañana no sé.

-¿Por qué no vamos a cenar a un sitio comfortable? ¿Conoces alguno que esté cerca?

-Sí. Podría recomendarte El Imperial. He oído decir que es un restaurante de primer nivel.

-Pues vamos. Para luego es tarde.

José María abrió la portezuela del taxi, cediéndole el paso a Alicia. En 10 minutos se encontraban en el lugar fijado de antemano.

Al término del banquete, no había fructificado la petición. Los 1000 euros se esfumaban en fintas retóricas despachadas a diestra y siniestra. Desde la primera alusión, José María había adoptado una actitud esquiva.

El lunes —en el aula— su semblante evidenciaba los rasgos de una derrota. Alrededor de su ojo derecho había un círculo de color morado. El labio superior no tenía las mismas dimensiones que el inferior. Estaba ligeramente alterado.

Discurseaba la lección del día con desgano. Aparte de la deformación en la boca, en su mente bullían las llamas de un presente que terminaría transformándose en un futuro de humos y cenizas.

Recordaba la mano de José María deslizándose - de arriba abajo - sobre la ingle en una breve parada rumbo a un motel clandestino. En

contraposición a esos gestos de lujuria, las discretas maniobras dilatorias en busca de atenuar la fogosidad de su pareja.

-¿Y eso?, preguntó el viejo, al palpar la parte más profunda del Monte de Venus.

Ya habían llegado a la habitación. El ritual del apareamiento apenas comenzaba.

El pene de Rigoberto abandonaba lentamente la flacidez. Con el tirón de José María a la braga, los testículos se descolgaron con violencia a partir de la ruda acción.

-¡¿Qué?! El enojo de José María apenas comenzaba. Varias ráfagas de trompadas se estrellaron contra el cuerpo del ex militar. En la madrugada pudo tomar un taxi pagando el triple del importe.

Aquel lunes, al terminar la clase, tuvo la certeza de que sería una de las últimas. El plazo para el pago de la multa había expirado. Ahora el monto a desembolsar ascendía a 100.000 pesos.

-En ese maizal me voy a morir de tristeza y de pena, pensó Rigoberto mientras recogía de la mesa dos libros, un cartabón y dos tizas.

-Profe, no se preocupe. Esos bandidos que lo asaltaron recibirán su merecido. El alumno trataba de animarlo tras haber escuchado los pormenores de la falsa historia de una agresión realizada por tres individuos encapuchados.

-Eso espero, dijo Rigoberto después de darle una palmada en el hombro.

Caída libre

-No eres el mismo. Cada vez te noto más distante. ¿Qué te pasa? ¿Cuándo me explicarás los detalles de ese retraimiento? Nunca fuiste un hombre amargado y mucho menos tan esquivo.

Pedro quería saber los pormenores que habían hecho cambiar la personalidad de su hijo. En seis meses apenas le quedaban rasgos de su temperamento jovial y su gran capacidad para dejar una huella de optimismo y buenos recuerdos a toda persona con la que establecía, bien una amistad duradera o una conversación casual. Tenía un don especial para captar la atención de sus interlocutores.

Tanto en el hogar como en su centro de trabajo, era considerado un paradigma en el ámbito de las relaciones humanas. A nadie le resultaba antipático.

Sus atinados chistes, las inteligentes valoraciones sobre algún tema escabroso y su disposición a ayudar desinteresadamente a vecinos, amigos y familiares, constituían particularidades que lo singularizaban.

-Papá realmente no sé que me sucede. Debe ser el exceso de trabajo o las secuelas del divorcio con Mariela - Luis Enrique exponía su tesis a regañadientes. Sus palabras hubieran sido inaudibles de estar unos centímetros más distante de su padre.

-De lo primero nunca me habías hablado y desde que te separaste de tu mujer hasta hoy, ha pasado más de un año —Pedro frunció el ceño mientras aguardaba por una respuesta convincente—.

-Hace dos semanas llegaron unos equipos computarizados de última generación para mejorar las conexiones telefónicas inalámbricas y resulta ser que los compradores botaron parte de los planos para aligerar la carga. Uno de ellos me dijo que el piloto les advirtió sobre los riesgos de un exceso de peso al volar sobre el Atlántico.

-¿Me estás hablando en serio? ¿Qué podría representar un legajo de papeles en el peso total de los equipos? Las preguntas estaban enmarcadas entre la sorpresa y la incredulidad.

-Me es difícil darte una explicación, pues eso no hay quién lo entienda. Para colmo los manuales para aprender los procedimientos operacionales también desaparecieron.

Imagínate en que rollo estamos los dos especialistas que nos encargamos de esas cuestiones en el Ministerio, al recibir la orden de poner en explotación el equipamiento sin que los grupos de montaje sepan ni un ápice de esa tecnología. Verdaderamente no puedo concebir que esto sea posible en el término de tres días, tal y como ordenaron los jefes desde la comodidad de sus oficinas.

-Eso lo entiendo, pero es insuficiente para aclarar el porqué de esos cambios, tan pronunciados, en tu carácter. Éste problema surgió hace pocos días y no eres el mismo desde hace seis meses aproximadamente —Pedro acentuó la última frase como una señal para subrayar la importancia de sus preocupaciones a causa de la paulatina introversión de su hijo—.

-Es que yo mismo ni sé los motivos de estar así. Tendré que ir a ver a un psicólogo. Quizás esté inmerso en un proceso depresivo u otras patologías asociadas a viejos problemas acumulados en el subconsciente —El joven de 32 años miraba de soslayo a su padre. No quería exponerse demasiado al escrutinio visual de quién lo escuchaba con extrema atención. Sus fundamentaciones distaban de la verdad—.

Había en ellos previos arreglos para hilvanar un discurso creíble, pero por más esfuerzos invertidos en el logro de sus deseos, los perfiles de la falsedad sobresalían. Le era imposible estructurar un discurso que pudiese reducir la avidez de un padre empeñado en descubrir los orígenes de la marcada transformación en su personalidad y en su carácter.

Un espeso silencio se adueñó de aquel sitio ubicado en el fondo de la casa. En este compartimiento de unos 50 metros cuadrados, los dos

hombres establecían los parámetros de una lucha por intereses enfrentados. Pedro quería irse a la cama —esa noche— con la satisfacción de saber los detalles de la gradual transformación de su hijo, cada vez más identificado con la irritabilidad y la timidez.

En virtud de sus afectaciones en la manera de comportarse, Luis Enrique también rehuía el contacto con Emelina, la madre, de la cuál había heredado la bondad y ese espíritu siempre en el centro o en las cercanías del total desenfado. A sus 56 años ejercía el magisterio en una escuela de arte en la especialidad de dramaturgia.

Regularmente salía al extranjero en cumplimiento de programas de intercambio cultural suscritos -en su mayoría- con gobiernos del Tercer Mundo.

En la veintena de viajes realizados había creado un prominente círculo de amistades entre los que se destacaban escritores, artistas plásticos y dramaturgos.

En ese ambiente había conocido a Pedro, cuando este contaba con 23 años de edad.

Fue en una de las tertulias, que tenían lugar una vez al mes en la terraza de su hogar, que conoció al hombre con el cuál terminaría casándose y concibiendo a Luis Enrique.

A sus 58 años, Pedro había logrado publicar ocho novelas, diez poemarios y tres cuadernos de relatos en las principales editoriales del país.

Era un prolífico escritor que compartía su eterno amor por la literatura con la devoción de animar espontáneas charlas que derivaban en una profusa diversidad temática. Literatura, historia y política, podían figurar entre los temas a debate. Surgían a partir de la espontaneidad. El eje central de las actividades se centraba en las valoraciones estéticas y conceptuales de alguna obra del arte narrativo o poético, así como en la lectura de fragmentos de los libros seleccionados.

A las tertulias regularmente asistían invitados extranjeros. No cumplían con una invitación formal. De hecho, algunos eran huéspedes fijos en cada viaje realizado a la Isla.

Otros eran participantes fortuitos, pero al final quedaban atrapados por la atmósfera que se creaba a partir del alto nivel de los intercambios y la posibilidad de abordar la crítica sin mojigaterías.

-Creo que otra vez me quedaré a la espera de una respuesta que aclare mis dudas —expresó Pedro rompiendo la delgada pared de silencio levantada con las reticencias de Luis Enrique en reanudar una exposición verbal cuidadosamente ajustada al molde de sus necesidades—.

No quería hablar más. De hacerlo tendría que idear otras combinaciones expresivas que ocultaran la raíz del mal que lo agobiaba a él y a sus más cercanos familiares y amigos.

Prefirió alargar la pausa tras la intervención de su padre. Así rebuscaba en su mente los recursos para otra maniobra dilatoria.

-Vengan a comer. La voz de Emelina fue un aliciente. Por el momento obtenía un nuevo plazo para pensar en algún ardid con tal de eludir las interpelaciones de su padre.

Pedro se levantó primero del sillón confeccionado con tubos de aluminio y cruzado de extremo a extremo con un enjambre de cuerdas de gomas de color verde.

Tres piezas similares adornaban la terraza. Una para cada integrante de la familia. Todos demandaban un ajuste de los largos filamentos de aproximadamente un centímetro de grosor.

Las hendiduras ofrecían significativas evidencias de un uso indiscriminado. La concavidad dejada por Pedro al incorporarse despejaba cualquier duda en el acto de adivinar cuál de los sillones recibía todas las tardes, después de dormir la siesta, su enorme complexión formada por más de cien kilogramos.

Antes de iniciar la trayectoria hacia el comedor, el padre dirigió una mirada inquisitorial a su hijo sin que ésta derivara en la descompostura. Era la culminación de un ciclo de frustraciones. La huella de un hombre renuente a aceptar la derrota y que sólo accede a la tregua en su batalla por determinar las razones que han ido trasformando a Luis Enrique en un ser huraño y carente de esos sentimientos inherentes al universo de las simpatías y los elogios.

Luis Enrique decidió no enfrentar el reto de la mirada. Se escondió tras un suspiro y una ligera inclinación de su cabeza en dirección a una de las plantas ornamentales colocadas en derredor.

-Hoy me atrasé un poco. Los frijoles estaban duros como rayos. Tuve que aplastarlos con el cucharón. Si no lo hago hubiésemos comi-

do mucho más tarde —Emelina estaba al margen de las recién concluidas tensiones existentes entre padre e hijo—.

Hacía cerca de un año que no la incluían para participar en los eventos a realizar en otras naciones a partir de los convenios intergubernamentales. Los funcionarios del Ministerio de Cultura alegaban la necesidad de diversificar la participación y priorizar el envío de jóvenes.

Al cerrarse la puerta de los viajes al exterior, los ajustes económicos aparecían cada vez con mayor notoriedad.

Las compras en los centros comerciales habilitados con productos de calidad y a pagar en dólares, se reducían a medida que los fondos se agotaban sin que apenas existiesen modos de reponerlos.

Debían de recurrir al consumo de los alimentos asignados por la cartilla de racionamiento que el estado ofertaba en moneda nacional y a costos mínimos, para paliar sus demandas alimentarias. Las provisiones cubrían un tercio de las necesidades. El resto del mes había que introducirse en las redes del mercado negro. Allí las ofertas nunca se agotaban y los desembolsos para adquirirlas eran holgadamente menores que en los comercios dolarizados.

Bajo la ola de fatalidad, también quedaban sepultadas las modestas dotaciones monetarias que Pedro recibía mensualmente como gratificación a sus aportes a la cultura nacional.

Según los funcionarios, las deudas con el Estado habían tocado fondo y por lo tanto quedaban suspendidas todas las cuotas para premios, gratificaciones y otros compromisos contraídos desde la centralización de las actividades culturales.

Con las discretas ventas de libros antiguos obtenían modestas retribuciones a la poste invertidas en la compra de productos de primera necesidad. Las ganancias de las clases a domicilio impartidas por Emelina, se reservaban para los pagos de los servicios de electricidad, agua y gas. El sueldo, de ser posible íntegro, que cobraba por su actividad magisterial en la Escuela de Arte, iba directo para una alcancía.

Luis Enrique también depositaba parte de sus honorarios dentro del Buda de cerámica colocado en su cuarto a un costado del armario. Su sueldo como ingeniero en telecomunicaciones casi igualaba al de su

madre. Ninguno sobrepasaba el listón de los 35 dólares mensuales. Él recibía 28 y Ana María 32.

Pedro escribía semanalmente crítica de cine en el periódico local. Más bien esto constituía un pasatiempo. Por las 800 palabras era recompensado con 5 dólares que separaba para enfrentar la costumbre de fumarse una cajetilla de cigarros por día.

Con la menguada suma que se le entregaba por derecho de autor podía mantener las tertulias, junto con los ocasionales aportes de los participantes.

En cada ocasión se preparaba un bufet, además del té y el ron. Las tertulias se habían hecho famosas por la presencia de destacadas figuras de la intelectualidad y de literatos con una obra reconocida tanto en el plano nacional como en foros internacionales.

-Mamá, te quedaron de maravillas los frijoles —expresó Luis Enrique mientras masticaba el segundo bocado—. El elogio buscaba impedir la reanudación de las pesquisas que descubrieran el móvil de su progresiva involución hacia la melancolía y el mal humor.

-Eso lo dices para contentarme. Pero bueno, en realidad es cierto que no están tan malos —Emelina respondía con un acento que describía un halo de placidez—. Había logrado ablandar aquellos granos de color negro que antes de la cocción parecían proyectiles de un Colt calibre 22 embadurnados con chapopote.

-Oye, no creas que por lisonjearme me vas disuadir. Debes de ser franco y decirme qué te pasa. No eres el mismo y eso nos preocupa sobremedida. Casi ni duermes y es raro el día en que no estés enojado o tan hermético como una caja fuerte —La madre revivía la incógnita—. No estaba al margen de la ansiedad de Pedro por desenmascarar la verdad.

Luis Enrique tragó en seco. Tomó el vaso con agua y sorbió hasta dejarlo por la mitad.

-No sé a que viene tanto misterio. ¿No entiendo cómo es que no podrías explicar los motivos que te han hecho cambiar tan dramáticamente? No eres un idiota y creo que te hemos dado la suficiente confianza como para que ventiles todas las cosas, sean simples o complicadas. Además no sería nada extraordinario. Así ha sido desde que constituimos una

familia —Pedro estaba al borde enfado—. El puño cerrado de su mano derecha golpeando la mesa remarcaba su disgusto. Los impactos fueron degradándose en la medida de que su resumida argumentación finalizaba.

-¿Hasta cuándo debemos soportar tus evasivas? No seas tan desconsiderado que no somos de piedra. No nos merecemos ese trato indiferente, como si fuéramos un par de extraños. Tienes que abrirte y sacar de adentro todos los secretos. Algo te agobia y te está haciendo mucho daño. ¿Se acabará hoy el enigma?

La última pregunta retumbó en su cerebro. Luis Enrique se sentía acorralado. No encontraba un atajo para salir de aquella encerrona. En su mente faltaban respuestas que resultaran útiles para levantar una muralla contra esas exhortaciones a favor de la transparencia.

Su apetito se deshizo entre los embates de la turbación. Las palmas de sus manos sujetaban la cabeza por las sienas. Los antebrazos estaban rígidos. Ambos codos dejaban una tenue huella sobre el mantel blanco bordado en las esquinas con un hilo grueso de un carmelita muy claro.

En esa posición intentaba disipar sus fastidios. Sus ojos se cerraron para explorar su universo interior. No quería seguir visualizando al par de inquisidores que le pedían demoler el muro de sus reservas. Ellos seguirían atrapados entre las presunciones y los cálculos en que el azar aporta los dígitos y los signos matemáticos.

Las circunstancias no favorecían un ambiente de paz, que podría concretarse, a partir de la articulación de respuestas a tono con las peticiones de Pedro y Emelina.

Anheló tener la consistencia del vapor que despedía el plato con los frijoles o ser situado de un tirón en los brazos de la muerte.

Lamentaba en los intersticios de su meditación la imposibilidad de ser un paladín de la franqueza. No podía descorrer el cortinaje que cubría el lado de su conciencia donde se almacenaban las respuestas por las que su padre y su madre indagaban con la voluntad de dos peritos tras la pista de un crimen.

Hubo un paréntesis en el tiempo. Nadie habló tras el paso indetenible de los segundos. Pedro observaba fijamente a su hijo. El único so-

nido proveniente de su cuerpo era la clásica respiración de un fumador empedernido. Nada de palabras, ni tampoco gestos que anticipasen un retroceso en su afán de conocer las causas de los cambios operados en la conducta de Luis Enrique. Bastaba con escrutar la profundidad de su mirada para prever que no se daría por vencido.

Emelina, por el contrario, no podía esconder su temor a que las tensiones desembocaran en un escenario poco propicio para un entendimiento dentro de los márgenes de la concordia.

Cuatro cubiertos y dos platos chocaron contra el piso. Fue una consecuencia del brusco movimiento de Luis Enrique al levantarse de la mesa sin hablar.

El asombro se posesionó en el rostro de los padres. Tres moscas se posaron en las paredes del recipiente donde descansaba la crema de frijoles.

Comenzaron a libar. Lo hacían con absoluta confianza. Parecía como si tuvieran certeza de que ninguno de los presentes iba a espantarlas.

Con la carrera emprendida por Luis Enrique los tres insectos interrumpieron su cena con un sinuoso vuelo en derredor de la vasija de porcelana. Al instante retornaron.

-¡Luis, párate ahí! La madre gritaba sin conseguir que su orden se cumpliera.

El padre no sabía que hacer. Estupefacto, veía alejarse a Luis Enrique a una velocidad que superaba cualquier pronóstico.

-Perdónenme. Así se despidió el joven de 32 años.

En el descenso sintió alivio al saber que no volvería a redactar el informe semanal que entregaba a un oficial de la policía política.

La captación para el trabajo sucio se produjo tras ser amenazado con sacar a la palestra pública su homosexualidad. Desde entonces se había convertido en un informante de lujo de cuanto hacían y pensaban sus padres y contertulios.

El contrato quedaba roto como sus huesos al caer del octavo piso.

Pacto roto

-Yo la mato esta noche. Ella piensa que no lo sé, pero la jugada le salió mal. Mario degustó el segundo trago de aguardiente, emitiendo un sonido entre la euforia y la rabia.

Miró por encima del hombro de Alberto para toparse con un reloj que parecía una reliquia. Con las manecillas oxidadas y el contorno vetado con polvos de varias épocas, el artilugio daba una sensación de eternidad. A pesar de las evidentes muestras del declive, funcionaba.

-Son las 11 de noche, dijo. En el local había alrededor de 20 personas repartidas en 7 mesas. El fuerte olor a ron elaborado con zumo de caña de azúcar cedía ante su rival: un inodoro cubierto de una orina espesa y amarillenta.

Al tercer trago era que aparecía el antídoto contra el hedor. En ese instante los efectos del alcohol comenzaban a anestesiar el olfato y entonces la taberna se convertía en el mejor lugar del universo.

-Oye, parece que se les fue la mano con el agua. El fondo del pequeño envase de cristal chocó con la superficie de la mesa tras el retorno de los labios de Mario. Sentía que los grados de alcohol no quemaban con la misma intensidad las paredes del esófago.

-Sí, pero no vayas a agriarte más la vida. Olvídate de eso y trata de calmarte, le indicó su amigo y confidente sujetándolo por el brazo derecho con el fin de evitar una reclamación que podía degenerar en violencia.

Mario estaba al borde de la explosión. Su mujer lo había engañado con el administrador de un centro donde elaboraban alimentos para el turismo. Tuvo detalles del escurridizo encuentro a través de su herma-

na Eva. Ella, impulsada por la envidia, le había relatado los pormenores del asunto a Mario. Su cuñada le saboteara el acceso a aquel hombre al que se entregaba esporádicamente a cambio de dinero y comestibles.

-Eva, me puso al corriente de todo. Una amiga de ella los vio enroscados en el parque La Fuente y después entrando a la casa de una tal Margarita que se dedica a alquilar la casa para esas funciones, aseguró el atribulado.

-Compadre, no vayas a hacer una locura. De todas formas si la matas qué vas resolver. Dale con el cinturón o búscate una manguera fina para darle un buen escarmiento, pero no te pases de ahí. Si te dejas llevar por la ira, te pesará después, le aconsejó Alberto en un tono discreto y a la vez enérgico.

-Se nota que tú no eres el ofendido, respondió Mario poco antes de deslizar por su garganta el cuarto trago.

El rostro se le había endurecido. Pateaba levemente el suelo, con la suela de uno de sus zapatos, señal de que las tensiones aumentaban en su interior. A las 11 y 45 la mente de Mario bullía en un mar de pensamientos macabros. Su tolerancia era por debajo de cero. Tenía que desquitársela. Limpiar su honra con un castigo ejemplarizante.

-No voy a poder vivir con esa espina. Es cierto que entre nosotros han existido otros problemas, pero eso de acostarse con un tipo por resolver algunas de las necesidades que padecemos, nunca lo voy admitir. Yo me sacrifico al máximo. Es verdad que no alcanza, sin embargo, aunque sea un plato de frijoles y arroz, no nos falta. Mario disertaba dejando en el aire un halo de tristeza.

-¿Ya pudiste arreglar el televisor?, interpeló Alberto.

-¿De dónde voy sacar los 40 dólares?, respondió Mario con cierto aire de resignación. El niño se aburre, me abochorna haber tenido que mandarlo a casa de Hilda, la vecina de enfrente, para que pudiese ver la programación infantil. Al principio ella fue muy gentil, pero a los 15 días comenzaron los gestos de rechazo. Ahora veré que solución buscarle al asunto. Estoy pensando en Facundo, el señor que vive en la otra cuadra. Aunque en realidad no sé. El viejo es homosexual y no confío en esa gente. Puede ser que le gusten los niños y si le hace algo

a Maikel, me voy a desgraciar. Mejor descartar esa posibilidad. Veré si encuentro otro remedio.

-No voy a hacerte un recuento de mi vida. Sabes que tampoco es color de rosas. Mamá postrada, mi hermana solterona y siempre de mal carácter. No puedo meter una mujer allí. En el cuartico no cabe nadie más, sentenció Alberto ilustrando en síntesis unas de las aristas de sus derrotas.

-Estos tragos diluyen las penas. Quisiera estar todo el día bajo el imperio del alcohol. Es donde único me siento un rey, agregó.

-Estas hablando por gusto. No tengo oídos para otras desgracias. Con la mía me basta. La expresión de Mario ofrecía una pormenorizada muestra de una ebriedad en crecimiento. El sexto trago empezaba a hacer efecto en su conducta. Su mirada era ondulante, los movimientos pesados.

La frecuencia entre sorbo y sorbo se acortaba, algo que le imprimía a su proceder una pronunciada falta de coordinación entre el lenguaje y la mímica.

Alberto no seguía las pautas de su amigo. Bebía con moderación, algo que le proporcionaba ventaja en cuanto a un mejor control de sus sentidos. Sus palabras eran todavía claras.

-Tengo que controlarlo. Esta no puede ser la última noche de Martha. Él preso por asesinato y Maikel huérfano. ¡Que va!, no puedo permitirlo. Así discurría una breve reflexión interrumpida por un puñetazo en la mesa.

-Ella no puede burlarse de mí. Le voy a cortar las tetas por prostituta. Mario se incorporó tambaleándose. Las amenazas de muerte se sucedían cada vez con mayor énfasis y como fuera de revoluciones a causa de la rápida saturación del nivel de alcohol en la sangre.

El dependiente del local se acercó con la intención de pedir un retorno a la calma. El corazón de Alberto latía más de lo normal. La sorpresa del exabrupto y el vigor de los improperios contra la ausente Martha, denotaban un mal presagio.

El forcejeo escaló hasta llegar a una riña en que intervinieron otros clientes. Mario ofendía a diestra y siniestra. Sus diatribas herían profundamente la moral de los allí presentes.

La furia y la impotencia anegaban el lugar para transformarlo en una fábrica de patadas y silletazos. También los vasos se quebraban en las paredes, tras erráticos lanzamientos a razón de los altos niveles de embriaguez.

El reloj daba la 1 de la madrugada en el instante que era impactado con una de las botellas de ron tomadas del estante casi vacío. Uno de los implicados en la reyerta, le plantó el pie encima en un giro que semejaba una danza, pero con el que se ponía a salvo de un golpe en el rostro.

Alberto tropezó con las patas de una de las sillas destrozadas. En la caída pudo ver a Mario enfrascado en una pelea con un individuo al que no pudo detallar a causa de la luz mortecina del local y un fuerte impacto en la cabeza.

Apenas se podía levantar. Todo le daba vueltas. Apoyado con las palmas de sus manos y sus rodillas comenzó a avanzar entre el tumulto.

Cinco horas más tarde, amanecía. Los dos amigos repasaban la historia en una celda. Mario tenía la camisa hecha jirones, un ojo amoratado, los pies cubiertos solamente por los calcetines y según estimaba, a propósito del fuerte dolor, una luxación en el antebrazo izquierdo.

Alberto, se quejaba de las punzadas en el cráneo. No supo con que objeto le habían propinado el golpe. El pantalón al perder las costuras, lo dejaba casi en la desnudez. El resto de su indumentaria pudo salvarse de las desgarraduras, pero no de la mugre que cubría la superficie del establecimiento recreativo.

-Me fui de rosca. El ron me hizo perder la paciencia y ahora ya es tarde. Debemos alegrarnos de que estamos vivos. Mario proclamaba explícitamente el arrepentimiento con la vista dirigida hacia los barrotes que le recordaron el ribete mohoso del reloj, también destrozado bajo el fuego de la ira desatada a partir del rencor de Mario hacia su esposa.

-No voy a aguantarle a Martha que se haya ido a la cama con ese mequetrefe. Es un cubano y eso no estaba en el acuerdo, sentenció Mario.

Alberto lo miró con incredulidad. Quería interpelarlo con un par de preguntas, pero las palabras se le atragantaron en la garganta.

-Ella sabe cuáles son las reglas. Mientras sea un extranjero a mí no me importa. Charles, está al llegar de Canadá. Según Martha, viene con un televisor de pantalla plana de 42 pulgadas. El vecindario se va morir de envidia y Maikel podrá disfrutar de los muñequitos de Walt Disney, alegó Mario con la candidez de un infante.

Un sonido estalló en el pequeño espacio. La acústica hizo que se amplificara. La palma de la mano de Alberto estaba rosada. La cara de Mario exhibía la misma coloración.

-Qué pasó, preguntó el carcelero.

-Nada, respondió Mario. Su mejilla derecha hervía. Alberto dio media vuelta, suspiró hondo sentándose en un rincón del calabozo. Una veta de sol alumbraba sus rodillas. La luz ascendía lentamente por los muslos descubiertos. El silencio se tragaba los últimos vestigios de una larga amistad.

Siempre puntual

Cuatro con cincuenta minutos. Los latidos del reloj se funden con el leve ronquido de Abel. A las cinco en punto sonará la alarma. Nuevamente los susurros que envuelven el mal humor antecederán a una incorporación en cámara lenta.

Parece un hombre feliz. Dormido, la candidez de su rostro parece legítima. Hay una sonrisa inconclusa. Es un gesto que deshace cualquier duda sobre un sueño escoltado por el placer y el infinito deseo de una continuidad sin límites.

En el antepenúltimo minuto, gira su cuerpo en la dirección opuesta al despertador. El movimiento es torpe. Le da la espalda a su más acérrimo enemigo. Es como si tratara de escapar imaginariamente de ese sonido presto a taladrarle el cerebro con brutalidad cavernícola. En ese momento sentirá envidia de la cebra devorada por un león. Añorará esas dentelladas que le causan la muerte en pocos segundos. Querrá, otra vez, ser víctima de cualquier cosa antes que soportar el asedio del reloj descargándole su furia en la desembocadura del oído.

Su sueño roto otra vez. El brazo enfrascado en adivinar el sitio exacto del objeto más odiado del mundo en medio del atontamiento inicial. La mirada perdida entre las capas de sombras todavía en posesión de todos los espacios del cuarto.

Por fin estalla la fastidiosa algarabía. Al tercer timbrado comienza a desperezarse. Pasea la mirada sin captar nada. Es una reacción natural tras fracturarse el triángulo amoroso entre un cuerpo extenuado, un colchón regalado por un primo residente en el extranjero y una frágil almohada enfundada en una tela de colorines.

Repite el mismo periplo visual sin obtener ninguna señal de que ésa es su morada. Apoya uno de sus antebrazos en la cama para facilitar el alcance del despertador. En la primera incursión falla. La búsqueda es al azar, como lo haría un ciego.

En el tercer intento es que accede al éxito. Toma la pieza rectangular con la yema de los dedos. El agarre tiene demasiadas deficiencias y apenas puede evitar que fracase su propósito.

El reloj desciende, choca con el borde de la cama y termina sobre una de las dos chancletas de goma situadas en el piso. La avería no se concreta a causa del efecto amortiguador. El reloj ofrece evidencias de su vida útil. Resuena con la misma vitalidad, ahora fuera del alcance de su dueño.

Abel retarda su acción. Suspira profundo y se frota los párpados con el reverso de su mano derecha. Con esta operación le resta protagonismo al letargo y consigue acopiar la voluntad necesaria para abandonar la nave que lo transporta a otras galaxias, sin nada que ver con sus tormentos en el planeta Tierra.

Se desliza sobre el colchón con ayuda de sus miembros entumecidos. Por eso es que el desplazamiento tiene más en común con las tortugas que con la raza humana.

Tantea el piso con los dos pies y no encuentra las chancletas. No se ha percatado que se apeó por el lugar incorrecto. Las pantuflas esperan en el lado opuesto de la cama.

Emite un sonido gutural de impotencia que pasa inadvertido. El timbre del reloj domina la escena de manera absoluta.

Decide cubrir la distancia descalzo. Ya el ruido se va haciendo insoportable y su paciencia disminuye aceleradamente.

Dando pequeños bandazos como si fuera un bebedor en plena borrachera, va cubriendo la distancia hacia el objeto que cascabelea con la esfera hacia arriba. La referencia es inobjetable. Abel trata de corregir sus pasos. En uno de los balanceos choca con una de las esquinas de la cama.

El golpe es en la rodilla. Un quejido tocado por la espontaneidad revela el grado del impacto. En ese momento desaparece el sopor y se producen una serie de anatemas articulados en un lenguaje enrevesa-

do. Abel toma la pierna afectada unos centímetros por debajo del área en problemas y con la otra inicia una secuencia de saltillos. Es una respuesta mecánica ante el dolor en forma de agudas punzadas que desde la rótula se expanden a todo el cuerpo como las ondas expansivas de una detonación.

Los latidos terminan cediendo antes de lo esperado. No obstante, el vaivén de la marcha se transforma en un recorrido marcado por una discreta cojera. El encontronazo deja sus huellas dictando el ritmo y el estilo de la travesía.

Camino a ponerle fin a lo que poco a poco se convierte en una pesadilla, atina a extender el brazo activando el interruptor de la luz. La luminosidad pone al descubierto la pobreza del entorno.

El colchón, la almohada, el televisor marca SANYO y el refrigerador de doble temperatura, son los destellos de modernidad. Lo demás está marcado por el desgaste y las interminables posposiciones de un traslado, sin retorno, a la zona de los desperdicios. El fin del desvencijado armario parece estar tan próximo como el amanecer. La mesa con apoyaturas de hierro y cubierta por una plancha de madera, cumple a duras penas su función con el mantel hecho de una vieja cortina blanca como disfraz para ocultar el regio desempeño del comején y la herrumbre.

Una pequeña cocina de dos hornillas con 10 años de uso y un par de butacas con las heridas del tiempo desperdigadas por toda su estructura, se unen al repertorio de trastes que circundan la vida de Abel. Un hombre a la espera de concretar el divorcio con la mujer con la cual había contraído matrimonio seis meses atrás. Tiene un hijo de 26 años viviendo en España con su madre. Su familia más cercana son dos primos y una tía que residen en una localidad provinciana a 450 kilómetros del modesto inmueble donde habita desde hace veinte años.

Toma el reloj con brusquedad. Siente el deseo de estrellarlo contra el piso, pero eso sólo es un fugaz deseo que recurrentemente se posiciona en su mente como una manifestación de quién se siente vapuleado por las circunstancias que la existencia le impone.

Dentro de pocos meses cumplirá 52 años sin haber podido reconstruir su vida. Piensa en las inminentes adversidades que enfrenta en el cumplimiento de sus deberes como trabajador, en su maldita soledad y

en el ambiente de miseria del que no se puede despegar a no ser mediante la idealización de una lógica ausente de ese mundo al que pertenece y rechaza entre las cuatro paredes del cuartucho. Más allá de esas fronteras figura como un ciudadano conforme y dispuesto a cumplir cualquier tarea encomendada por sus superiores al margen de su naturaleza absurda o de la onerosa inversión de recursos físicos y mentales.

María visita su memoria mientras deposita el reloj sobre la mesita situada en el flanco superior de la cama. Con una imperceptible operación ha vencido a esa fiera que devora sus sueños cada madrugada. Experimenta cierto regocijo después de una victoria pírrica. Es un sentimiento que brota involuntariamente para remediar su desventaja ante un contendiente con el cual no hay posibilidad real de triunfo.

Espabilado y descalzo enfila sus pasos hacia la cocina e inicia los preparativos para colar el café. Todo lo hace como si cumpliera con las indicaciones de un libreto. Al aviso de la cafetera del cumplimiento de su función, ya tiene puesto el pantalón, los dientes cepillados y las sandalias de piel cubriéndole la mayor parte de sus pies.

Sorbe con deleite el líquido ligeramente endulzado y rodeado de una olorosa humareda.

-Pensaba que sería la mujer de mi vida y era una bandida, razona con la nariz en el borde de la vasija de porcelana de donde emana un aroma embriagador.

Hacia María siente un amor-odio que no logra superar a pesar de su infidelidad. El hecho de que Ortelio, su mejor amigo fuera su nuevo marido, refuerza su dolor y hace más insoportable su soledad.

-Mañana tengo que acabar de resolver lo del divorcio, calcula justo en el instante de saborear el último trago de lo que constituye su desayuno. El pan de 80 gramos que le toca por la libreta de racionamiento, previa decisión de las autoridades de la Industria Alimenticia (MINAL), lo reserva para degustarlo a media mañana. Aún le queda mantequilla. Hecho que admite como un indiscutible ejemplo de que la suerte, al menos le regala algunas migajas.

Se incorpora en función de agilizar los preparativos para emprender el viaje rumbo al trabajo.

Como de costumbre a las cinco y treinta está listo. Ya en la calle pasa la pierna derecha sobre la montura triangular, ajusta la postura

con un corto movimiento de la cintura de izquierda a derecha y emprende el viaje.

Los pedales se mueven a un ritmo homogéneo. Es una bicicleta fabricada en China otorgada como estímulo a su meritoria trayectoria laboral. Su estructura evidencia las marcas de la decadencia. De la pintura original sólo quedan rastros. Puede verse a simple vista que el manubrio nada tiene en común con el diseño del vehículo. Gracias a varios injertos, Abel ha podido mantener en explotación su medio de transporte. A causa de esas soluciones, los esfuerzos para hacer avanzar la bicicleta a una velocidad estable, se duplican.

Debe cubrir en una hora y media los 28 kilómetros. Una llegada tarde representa el recorte del salario a la mitad y la inclusión en el mural —durante tres meses— en la categoría de trabajador negligente.

Con 12000 metros a su favor, Abel pedalea sereno y tratando de conservar la uniformidad de la respiración para aprovechar al máximo su energía.

El sudor cubre todo su cuerpo como si hubiese sido sorprendido por un aguacero, pero el temor a caer en la espiral de las penalizaciones y la costumbre de cubrir el itinerario durante más de tres años, crean en él una especie de reservas adicionales que amplían el rango de su resistencia.

Un estallido rompe la concentración del hombre que hace lo imposible por llegar sin retrasos a su destino. Abel maniobra sin poder evitar una estrepitosa caída. Una de las gomas está como pegada a la llanta. La otra enflaquece gradualmente mientras el conductor sacude la cabeza para recuperarse del mareo ocasionado por las volteretas.

La bicicleta ha perdido la forma. Su configuración certifica que resultaría improbable que sirviera para algo más que chatarra.

Abel no puede restablecer el orden en sus sentidos. Ahora gatea, con la mirada exponiendo el nivel exacto del atolondramiento. Vuelve a menear la cabeza sin ningún provecho inmediato. De las delgadas varillas que sujetaban el aro metálico de las llantas quedan unas pocas en su lugar, las restantes se ocultan entre las malezas que fungen como guardianas de la carretera.

Transcurren alrededor de tres minutos para que aparezcan los primeros destellos de normalidad. Consigue sostenerse en pie no sin acudir, en los instantes iniciales, a tácticas de emergencia con las cuáles mantener el equilibrio. A un lado del manubrio desprendido del conjunto, yace la pequeña mochila que protege el pan con mantequilla para la merienda, el frasco de desodorante, un pomo con agua y un módulo de ropa compuesto por un pantalón de fibras de algodón y una camisa a rayas de poliéster. Al topar la vista con la bolsa raída y de color negro le urge el deseo de hidratar su cuerpo. Lo hace con torpeza. Al empujar el pomo, el agua le baña el rostro. Las secuelas del accidente no han cedido del todo.

-Estoy embarcado, reflexiona lanzando un rápido bosquejo sobre el viejo reloj que usa con la esfera situada en la parte delantera del antebrazo. Ese hábito acrecienta los nefastos resultados del percance. Una rozadura con el pavimento ha pulverizado el cristal de la valiosa maquinaria.

Abel insiste en rectificar la hora. Las agujas indican las seis con diez minutos. Mira en derredor con la finalidad de determinar en que tramo del recorrido se encuentra. En un instante presume que aún le falta un poco más de la mitad del largo trayecto. El cálculo lo efectúa a partir de suposiciones. Ese no es el camino por donde diariamente pedalea en dirección al centro laboral.

-¡Qué mala suerte! Eso me pasa por cambiar el rumbo. Si yo nunca cojo por esta ruta, murmura justo antes de emplearse a fondo para idear una fórmula salvadora.

Pasan diez minutos sin que aparezca vehículo alguno. Las únicas señales de vida se remiten a aproximadamente 1200 metros en que se divisan algunas edificaciones de mampostería con figuras humanas en derredor que presuntamente son sus moradores.

De unas de las callejuelas que terminan en la avenida sale alguien montado en una bicicleta. No es posible precisar el género, ni la edad de la persona que se acerca.

Una monumental alegría se dibuja en el rostro de Abel. Los nubarrones de la angustia se disipan a instancias del acercamiento de aquella persona que sin dudas no tiene ningún apuro. Avanza acompasadamente como si en vez de una bicicleta timoneara un tanque de guerra.

-Voy a proponerle que me permita conducir, pero ¿se convencerá cuando le explique mi necesidad? ¿Aceptaría la propuesta de ir conmigo hasta el centro de trabajo y después retomar su itinerario? ¿Será un alma caritativa o una persona huraña? ¿Irá lejos o cerca? Decenas de interrogantes se le amontonan en la mente.

El tripulante del ciclo gira cuando apenas faltan unos 100 metros para cruzarse con quién espera impaciente.

Al parecer se dirige de vuelta al lugar de donde ha salido. Es un hombre. Este descubrimiento despierta mayores esperanzas en Abel. Sin embargo éstas se esfuman con un abrir y cerrar de ojos con el retorno del presunto benefactor.

-¡Oiga, oiga! Por favor espere un momento. El hombre se detiene ladeando la cabeza.

La sorpresa puede identificarse en la expresión del interpelado. Esta va metamorfoseándose en desconfianza con la proximidad del protagonista de las reiteradas solicitudes.

Sofocado por la precipitada carrera, apenas logra articular frase alguna.

El recelo se dibuja en la expresión del hombre enjuto enfundado en un pantalón de mezclilla, zapatos deportivos y con el pelo rozándole los hombros. A sus oídos no llegan palabras en los primeros segundos, sólo jadeos escoltados por oraciones recortadas.

-Qué usted quiere. El hombre de unos 40 años indaga con firmeza.

-Perdone, no me va a entender, pero... yo tengo necesidad de... no quisiera que lo tomara a mal... Mi bicicleta está... nunca vengo por este camino, entonces...

-Oiga deje la jerigonza y hable claro que yo tengo cosas que hacer. La respuesta es tajante. El tono de las palabras aumenta el nerviosismo de Abel. Presume que sus aspiraciones de conseguir ayuda no tendrán el efecto deseado.

Intenta hilvanar un discurso coherente, pero las frases siguen sueltas como los eslabones de una cadena rota.

Está tenso. Suda copiosamente. El silencio de aquel hombre que lo observa con creciente desconfianza, pulveriza los intentos de plantear el problema de manera tal que quiebre los muros de las muy probables reticencias.

En la barra horizontal, que sirve de base al asiento de la bicicleta, sobresale una delgada hoja metálica. Desde ese ángulo sólo se percibe una esquina del objeto. Abel presupone sea un arma blanca.

Mientras insiste en construir una exposición oral razonable, sin lograrlo, ha notado la existencia de algo todavía impreciso que agrega más obstáculos a sus propósitos.

El repaso involuntario de la vista por el lado visible de la negruzca pieza metálica durante sus esfuerzos por comunicar sus contratiempos, se convierten en la chispa que hace detonar la paciencia de su interlocutor.

-Déjate de cuentos. Apártate o te abro al medio como a una caña. No te vayas a creer que te va a ser fácil. Para quitarme la bicicleta tendrás que matarme. La voz revela una inobjetable voluntad de defenderse a cualquier costo de una agresión.

Quién profiere las advertencias está en guardia. Parapetado detrás del ciclo, alza el machete. Cada frase la acompaña con la breve oscilación del arma. Está excitado y listo para descargar el filo ante el mínimo movimiento del que piensa es un asaltante.

-Oiga, no se ponga así. Déjeme explicarle. Yo no soy...

-¡Cállate! —La sentencia es acompañada por un leve retroceso para mejorar la posición defensiva—. El machete describe nuevos círculos en el aire. Abel traga en seco. No sabe como proceder para tan siquiera llevar la situación ocho minutos atrás, cuando comenzaron los intentos de exponer el curso de las eventualidades y culminar con la petición del imperioso favor.

Los próximos dos minutos se llenan del mismo contenido. De un lado las amenazas, del otro las tentativas de reducir la agresividad y esclarecer los motivos del encuentro.

A las seis con treinta minutos, Abel salta sobre su contrincante. Los dos hombres ruedan por el pavimento. El arma se desprende del puño tras el violento choque introduciéndose entre las hierbas de muy baja estatura, hijas legítimas de un bosque partido en dos por la carretera.

Forcejean y Abel logra dominar la lucha. Lo favorece su mayor peso corporal y los imperativos de su causa encabezada por una necesidad de primer orden: Tiene que llegar temprano al trabajo. A las siete

en punto se cierra la oportunidad. En 30 minutos su tarjeta debe estar insertándose en el equipo que establece las puntualidades y las tardanzas con la impresión exacta, en tinta azul.

Un puñetazo en el mentón le pone fin a la pelea. El vencedor se levanta. De un brinco se coloca sobre la bicicleta y emprende el viaje.

A los engranajes le falta lubricación. Tal realidad demanda la multiplicación de los esfuerzos.

-¿Llegaré a tiempo? Abel intuye el fracaso. La distancia a recorrer es lo suficientemente amplia para que la duda aparezca de cuerpo entero.

Los pies con sus sandalias de cuero se acercan a la invisibilidad. Se mueven frenéticamente encima de ambos pedales.

Adelanta a un camión de carga. La maniobra la realiza tomando la senda contraria de la doble vía. El chofer del vehículo lanza un tropel de imprecaciones contra el infractor que le deja sobre del parabrisas una película acuosa.

La llovizna salobre que el aire despega de su piel choca con el cristal. Es en forma de ráfaga lo que se revierte en un singular susto del conductor.

Éste, casi por instinto, acude a una rectificación del rumbo que se ha torcido a instancias de la sorpresiva avalancha de gotas que surgen, sin control, de las glándulas sudoríparas estimuladas por el temor a llegar tarde y la intención de superar la eficiencia de la locomoción mecanizada por el dinamismo de sus piernas sobre los pedales.

La siguiente maniobra queda inconclusa. Abel está en el aire. El manubrio le ha traspasado el cuello. Es imposible determinar si la entrada fue por la boca o por la nuca.

Una rueda de la bicicleta inicia sobre el asfalto un movimiento tambaleante después de volver de un vuelo a baja altura. La otra es irreconocible por las curvas y las magulladuras.

El automóvil que recorría la senda contraria, también exhibe su cuota de consecuencias. Tiene una profunda abolladura en el frente. Está bocarriba y dentro no se perciben señales de vida.

-Son las siete con dos minutos. Qué raro que Abel no ha llegado. Olga, le manifiesta su extrañeza a Leonor.

Colgada en una percha es perfectamente visible la inscripción en el bolsillo de la bata blanca de mangas largas: Cirujano Abel Ramírez.

El único fallo es en la ortografía. Ramírez lleva acento en la segunda sílaba. Una leve brisa procedente de la ventana levanta una de las mangas. La prenda de vestir se infla con el resto del aire que penetra por la otra.

Olga se percata del inesperado evento. Lanza un grito y le jura a Leonor, que está de espaldas, haber visto algo inusual.

-Me pareció haber visto un cuerpo invisible dentro de la bata de Abel, alega.

-Tú siempre con tus supersticiones. Leonor habla con desenfado. Se ríe y continúa arreglándose las uñas con la pequeña lija.

Antes que amanezca

Los labios sujetaban el cigarro como un policía al ladrón. Era un tenaz aprisionamiento. Parecía que antes de la absorción habría un corte transversal, pero tal consecuencia se desvaneció entre la humareda.

La nube se fue conformando poco a poco. El orificio de salida no permitía otro diseño. Apenas las comisuras se separaron para dejar pasar aquella masa de vapor blanco que cubrió dos metros a la redonda. Parecía un acto de magia. La brevísima exhalación saturaba el aire de esa masa transparente de alquitrán y nicotina.

Yesenia estaba encerrada en sus pensamientos. Desde su puesto en la hilera de sillas atornilladas al piso, tenía la vista fija en un punto no determinado del paisaje. El cristal le permitía una visión exacta de cuanto acontecía afuera. Cualquiera habría tropezado con aquella pared translúcida al pensar que nada separaba el salón de espera de la pista de aterrizaje rodeada por una recortada vegetación con algunos árboles a los que era difícil adivinarle su naturaleza a causa de la lejanía.

El cigarro volvió a sus labios. Sería la última bocanada. Con tres succiones lo había consumido casi por completo. Aspiró y el calor hizo que ambos ojos se humedecieran. La ceniza cayó sobre su vestido estampado. Se incorporó con un salto y pudo evitar que la pequeña brasa rompiera la armonía cromática de su atuendo.

-Por favor señorita, aquí no se puede fumar, dijo el guardia en un tono asequible.

-Está bien, disculpe, contestó pensando que el aviso llegaba en el momento adecuado. Había podido culminar un breve ciclo del vicio adquirido durante su paso por el noveno grado. En aquel tiempo estu-

vo becada en una escuela en el campo. Visitaba su casa sólo los fines de semana, lo que le permitía un margen de libertad para hacer cosas que sus padres jamás le hubiesen permitido.

Con 15 años aprendió a fumar y tuvo sus primeras relaciones sexuales. Carlos había sido su primer novio y posteriormente estrecho colaborador en un negocio que le reportaba sendas ganancias.

Empinada en sus zapatos de finos tacones, encaminó sus pasos hacia la pared de cristal. En el periplo visual recién comenzado, se detuvo en un punto suspendido en el aire.

-¿Será ése el avión?, se preguntó introspectivamente.

La aeronave parecía un moscón en la distancia. Visualizar el emblema en el costado del fuselaje constituía una pretensión imposible.

-¿Se va o viene? La interrogante brotaba del mar de ansiedades donde Yesenia se mantenía en calidad de náufrago.

De acuerdo a la dirección del vuelo parecía una llegada, pero también podía ser una maniobra del piloto con el fin de tomar altura para dotar con mayor eficiencia los inicios de una larga travesía.

Estuvo tentada de prender el segundo cigarrillo. Los nervios se lo pedían a gritos. Miró en derredor y el vigilante estaba en uno de los extremos del salón. Con un ligero movimiento puso el bolso colgado en el hombro sobre el abdomen. Abrió la cremallera y con el índice y el pulgar tomó uno.

Ya había pensado partirlo a la mitad. Así podría resguardarse, un poco más, de ser descubierta en su infracción.

En realidad, su boca sostenía un segmento más pequeño. Con tres cautelosas bocanadas estaría conforme. Sacó el encendedor y puso el aditamento regulador del fuego en el mínimo. En un instante estaba satisfaciendo sus deseos. Sentía un leve temor a ser nuevamente requerida. Por eso buena parte del humo quedó atrapado en sus pulmones. Sólo un tercio logró esparcirse en aquel entorno dominado por un aroma que recordaba el olor de las rosas.

Tras burlar las disposiciones establecidas por las autoridades de la terminal aérea, no sintió remordimientos. Simplemente tendría ahora, mayor disponibilidad para aguardar por un tal Francisco Ibáñez.

Carlos, su ex novio se lo había descrito como un hombre que rondaba los cuarenta años, seis pies de estatura, trigueño y heredero de una fortuna valorada en un millón y medio de euros.

Era amigo de Julián, otro español que venía todos los años con su esposa y dos de sus hijos.

Las señas de Ibáñez las conocía por referencias. Nunca había estado en Cuba. Pero llegaría aquella noche veraniega del mes de agosto.

La cintura de Yesenia fue asaltada por la espalda. Dos manos la sujetaron con fuerza.

Ella protagonizó una actitud defensiva con un intento de giro que se desvaneció con el aflojamiento del agarre.

Carlos reía al constatar el susto de la mujer con la que compartía afinidad en la manera de ver la vida y recurrentes escenas de placeres íntimos. De vez en cuando recordaban los años de su adolescencia, los primeros besos, el día en que eligieron abandonar la escuela y la primera ocasión que pusieron a prueba sus habilidades en el lucrativo negocio del sexo rentado.

Yesenia, con 18 años, exhibía un largo historial en este mundo de eventuales contactos con hombres de otras latitudes. Por supuesto siempre que pagaran generosamente de acuerdo a la extensión y la calidad del servicio.

La obesidad del cliente, su edad u otra característica alejada de una estética enmarcada dentro de límites normales, influían en el aumento de las tarifas.

-Así que tú no conoces a ese Francisco Ibáñez, interpeló Yesenia a su cómplice.

-No, los detalles me los dio Julián hace 15 días, mientras tomábamos unas cervezas en el bar del hotel Veracruz. Tú andabas de parranda con Pierre, el viejo canadiense que se conforma con los masajes y verte desnuda.

-Si es verdad que esas son sus características, entonces no habrá de que lamentarse. Quizás hasta logro casarme con el tipo. Nunca he tenido la suerte de enganchar un millonario. Parece que nos llegó la hora de la fortuna.

-Oye, no me puedes dejar embarcado aquí en este país, si logras irte. La gente cuando cruza el charco se olvida y eso no te lo perdonaría.

-No empieces con las dudas. Todavía el tipo no ha llegado y ya estás adelantándote a los acontecimientos.

-Faltan tres minutos para las 11 y 30. La presa está al caer en la trampa, aseveró Carlos tras chequear el horario en la pantalla de su teléfono celular.

-¿Tienes un cigarro?, preguntó.

-Hace un rato me llamaron la atención. Tuve que fumarme menos de la mitad de uno para impedir que el guardia me sorprendiera. Aquí está el otro pedazo. Préndelo con cuidado y oculta el humo como puedas, le indicó la joven.

Al momento de prenderlo anunciaron la inminente llegada del vuelo procedente de Madrid.

-Vamos a acercarnos a las puertas por donde salen los pasajeros. Debemos estar atentos. El hombre se nos puede escabullir entre la multitud y caer en otras manos. Aquí sobran los cazadores, dijo Carlos, tomando a Yesenia por el antebrazo y remolcándola hacia las inmediaciones de la sección de desembarque.

En el trayecto de unos 30 metros, lanzó el trozo de cigarro encendido sin perfilar la puntería.

El cilindro de papel y tabaco troceado chocó con el filo de un cenicero en forma tubular situado en el costado de una columna.

A escasos dos metros había un bolso hecho de un material flexible y resistente —de color negro— sobre el piso. La parte incandescente del cigarrillo terminó debajo del equipaje.

Quién parecía ser su dueño dormía en una de las butacas de plástico y aluminio decoradas con un bello dibujo a relieve.

Lentamente el fuego consumía el forro de aquel aditamento relleno con algo que escapaba de una certificación a prueba de falsas hipótesis.

Carlos creyó haber adivinado, pero el hombre que había interpelado, se llamaba Antonio Carrasco. Francisco Ibáñez aún no había sido descubierto entre el tumulto de hombres, mujeres y niños que venían a tomarle el pulso al Caribe.

Una explosión provocó que Yesenia pegara un grito aterrador. Otras exclamaciones similares inundaron el recinto. En segundos, se

conformó una estampida hacia los accesos que permitían tanto el ingreso como la salida hacia la calle.

La barahúnda tenía de fondo el sonido de las sirenas que le imprimía al suceso un carácter de verdadera tragedia.

En uno de los bandazos provocados por la ola humana, Yesenia perdió el equilibrio y se desplomó. Milagrosamente alguien —a quién no pudo verle rostro— tuvo la gentileza de tenderle una mano y salvarla de un atropello mortal.

El afán por atrapar una abultada billetera caída de algún bolsillo a causa del intercambio de empujones y codazos, resultó en un incidente dramático para Carlos.

Un señor calvo de unas 300 libras de peso, le descargó parte de su masa corporal sobre la espalda tras un tropezón, sepultando las esperanzas de salir con un premio gordo de aquel territorio dominado por el caos y dejándolo con un fuerte dolor en la zona lumbar.

Un nuevo estallido multiplicó las escenas de pánico. La mayoría de la gente huía con su equipaje a cuestas por las calles aledañas al aeropuerto. Otros por la sorpresa del evento no habían tenido tiempo para escapar con sus pertenencias.

A tres cuadras del lugar de los hechos, Carlos se topó con Antonio Carrasco, el que guardaba un parecido con Francisco Ibáñez, el personaje que Yesenia esperaba para concretar una buena ganancia, y si la suerte le sonreía, pues hasta un casamiento que le proporcionara la vía para salir del país.

-Es mi primera visita, alegó respondiendo a la curiosidad de Carlos.

-Tengo una chica que te puede hacer pasar unas vacaciones de maravillas. No te vas arrepentir, le aseguró el ex novio de Yesenia.

-¿Cuál es el precio?, preguntó Antonio.

-Eso hay que ajustarlo de acuerdo a lo que quieras y cómo lo quieras, le manifestó Carlos con aires de empresario.

Antonio detuvo la marcha. Su acompañante hizo lo mismo esperando quizás alguna otra averiguación en torno a la propuesta. La noche exhibía una oscuridad profunda. El cuarto menguante flotaba en medio de una majestuosa constelación de estrellas.

-Trescientos euros antes que amanezca, sentenció.

-Pero...

Carlos no pudo terminar la frase. Antonio se lo llevó hacia la espesura.

Yesenia trataba de que algún chofer la recogiera a la orilla de la carretera. Iba descalza y pensando en el señor Ibáñez. Sentía un poco de frío.

En el momento que cruzaba los brazos sobre el pecho en un intento por abrigarse, advirtió que su miedo crecía. Aceleró el paso. El corazón comenzó a vibrar sin control. La parte frontal de tórax trepidaba frenéticamente.

El sonido que semejaba un redoble de tambor se perdía entre las arboledas que custodiaban ambos flancos del camino. Un automóvil pasó a exceso de velocidad sin darse por enterado del brazo extendido de la joven. Yesenia gritó, en el instante que la noche abría aún más sus fauces.

Fuego cruzado

El cielo se teñía de anaranjado y de entre las malezas el cantar de los grillos brotaba como si alguien les hubiese pedido una prueba de que podían hacerlo con tanta fuerza.

Al oncenso día, los oídos de la treintena de hombres expresaban cierta imperturbabilidad a la acostumbrada estridencia mono tonal.

Sentado sobre un pedazo de saco confeccionado con fibras de yute, Evelio observaba la despedida de la tarde con la vista fija en varias nubes que conformaban una figura imponente.

Era un caballo blanco como la nieve. La crin levantada sobre el codo. El galope en plena efervescencia, pero detenido en uno de sus más conspicuos movimientos.

El ejemplar equino flotando en las alturas de aquel bosque le producía una sensación de reposo y además estimulaba sus deseos de convertirse en el único jinete con la posibilidad de desandar por la antesala del cielo desde el crepúsculo hasta el amanecer.

Un mosquito se introdujo en la red de sus ilusiones. Primero con los zumbidos y acto seguido con una picada profunda en la mejilla derecha.

-¡Malditos bichos! Estoy seguro que no son una creación de Dios. Son criaturas del Diablo. Tras el mortal manotazo, Evelio filosofaba sobre el origen de estos insectos en un tono que resumía su irritación.

El mosquito desapareció con el impacto. Un leve círculo rojizo alrededor de la zona agujijoneada quedó como la huella de una muerte en defensa propia.

Evelio se disponía a clavar las espuelas en los laterales de la bestia para iniciar la mejor carrera de su vida. Desde la montura avistaba el horizonte. El segmento posterior de la rienda, atenazada entre sus puños, se balanceaba con la fogosidad del animal, reacio a permanecer estático.

La picadura había puesto el punto final a un sueño. De pronto, la estrepitosa caída desde la nube, donde hacía apenas unos instantes descansaba su cuerpo. Sintió como se derrumbaban sus anhelos de escrutar la noche encima de aquel imponente corcel. Nula quedó la intención de un paseo por la Vía Láctea y quizás una breve parada en el Cinturón de Orión.

A través del cigarro pretendía eclipsar sus frustraciones. El humo de las bocanadas era espeso y ágil. Lo expulsaba con fuerza sacando hacia afuera el labio inferior para darle mayor propulsión a esas nubes tan comunes en su sistema respiratorio.

La última aspiración redujo el cigarro a un centímetro. Con los dedos índice y pulgar, Evelio construía una especie de catapulta con la cual lanzaba las colillas a varios metros de distancia.

Esta vez cayó tras un montículo de hierbas que sobrepasaban los dos metros de altura.

-¡Ay!, ¡Ay! A la exclamación le siguieron unos bruscos movimientos que denotaban los apuros del autor de los monosílabos.

Una de las sacudidas fue suficiente para echar abajo la débil pared de filamentos verdes.

Bruno despachaba interjecciones, frases cortas confeccionadas con lo más sobresaliente del ámbito de las vulgaridades, agrias referencias contra aquella zona cubierta de arbustos y malezas, y auto maldiciones por todavía contar con la edad establecida para ser movilizado ocho veces al año a causa de una potencial invasión de los ejércitos del país vecino.

-¿Quién fue el gracioso? Bruno ansiaba conocer el nombre del culpable. La colilla encendida le había quemado la espalda al introducirse por la parte superior de la camisa de camuflaje, justamente por el dorso, a la altura del cuello.

-Fui yo Bruno. Pensé que estaba apagado. No volverá a suceder. Evelio se había incorporado. Se acercó a su colega con la finalidad de ampliar sus excusas por el desliz cometido.

-Evelio, lo de menos es que me hayas quemado. ¿No pensaste en que hubieses podido ser el causante de un incendio?

-Tienes razón, no debí hacerlo. Eso me pasó por estar fantaseando mientras contemplaba las nubes. Estaba ensimismado. Fue una manera de evadir la realidad. No es fácil pensar que aún nos quedan diecinueve días en este monte. Hay que redoblar la búsqueda de alternativas para olvidarse de los mosquitos, el hambre y la sed.

-Así es, pero debes ser más prudente, de lo contrario vas a terminar en un consejo de guerra por atentar contra los programas de la preparación militar. Un fuego aquí causaría más estragos que un ataque con bombas incendiarias.

-Mira lo tupido de la vegetación y lo alta que están las temperaturas. Bruno hablaba pausadamente como buscando la mayor comprensión de parte de su compañero en los ejercicios bélicos que cada año adquirirían mayor rigurosidad.

Las raciones alimentarias rozaban la ficción por su exíguo contenido: una lata de atún de 200 gramos para dos personas, dos rodajas de pan per cápita y media cucharada de polvo de melocotón para hacer refrescos con una mezcla de agua y tierra.

Con esas provisiones debían cubrir las necesidades del almuerzo y la comida. Como desayuno estaba estipulada la entrega de media taza de té junto a tres galletas saladas.

Al cumplirse el día once, Evelio manifestaba los síntomas del agotamiento. Entre la pobre dieta y la obligatoriedad de dormir sobre el césped y bajo la carpa de una casa de campaña, cada noche era como adentrarse en los túneles del infierno. Las hormigas, los mosquitos y los abusivos calores, se añadían a una lista de dificultades que alentaban conductas familiarizadas con la enajenación.

Unos andaban taciturnos, otros entablaban sendos diálogos con parientes muertos o situados a centenares de kilómetros de aquel inhóspito lugar. Esos comportamientos todavía eran discretos. Con el avance de los días se harían más frecuentes y desinhibidos.

Evelio y Bruno eran los únicos que mantenían un aceptable margen de cordura en relación con el resto de sus compatriotas, sumidos en los infortunios de otra de las escabrosas campañas para mantener al país en plena disposición combativa.

Según se rumoraba entre la tropa, las probabilidades de enfrentar una agresión en el mes de diciembre no tenían nada que ver con las recurrentes falsas alarmas, pues hacía 30 años que las advertencias sobre un inminente ataque se difuminaban sin que nunca se escuchase el intercambio de disparos entre los dos ejércitos.

El presunto ascenso de las expectativas de un enfrentamiento, servía de justificación para recrudecer las exigencias en los campos en que tanto el ejército regular como los reservistas tomaban las lecciones para rechazar los ataques que, de acuerdo a las fuentes, se producirían antes de concluir el año en curso.

De concretarse los rumores, faltaban un promedio de tres meses para que Evelio le diera un uso real a su fusil AKM.

Por su parte, Bruno podría incinerar algunos de los vehículos anfíbios que presuntamente encabezarían la invasión terrestre después del hostigamiento de la fuerza aérea.

En los 20 años de movilizaciones, había adquirido una excelente habilidad en el manejo del RPG-7. Un arma portátil capaz de perforar el mejor de los blindajes.

Ese agosto los grados centígrados adquirirían una notoriedad apabullante. El termómetro se detenía en el número 40.

Las crudezas climatológicas favorecían el aceleramiento del desgaste de cada uno de los movilizados mermando su capacidad para sacarle beneficios a las pruebas de tiro, y los escalamientos y cruces de obstáculos.

Al quitarse los uniformes, éstos tenían la forma de cada cuerpo. Las continuas capas de sudor y la ausencia de lavado, permitían que los pantalones se pudieran sostener por sí solos como estatuas de yeso.

Las camisas parecían corazas medievales por sus perfectas geometrías. El molde del torso de los soldados, quedaba perfectamente definido en cada una, dando la impresión de que nada tenían en común con el tejido de algodón y sí con las artesanías despachadas por algún

herrero implicado en la producción de armaduras para proteger a la infantería.

El baño ocurría cada cuatro días. Con esta frecuencia se repartía un cubo de 10 litros para dos. Algunos acordaban turnarse para poder ampliar la eficiencia del aseo. Es decir, en vez de repartir equitativamente el contenido acuoso, éste era aprovechado por uno de los hombres. La siguiente asignación le pertenecería, por entero, al otro.

Evelio y Bruno procedían del mismo centro laboral. Su amistad desde los años de la infancia favorecía el trueque de favores en el sentido de animar espacios donde disipar el peso de aquel escenario que aplastaba las columnas de la integridad física y psicológica.

Se apoyaban mutuamente a través de consejos y conversaciones sobre eventos agradables ocurridos en la vida civil.

Ser enviados a ese hábitat, representaba casi un ritual. Con la sobrevaloración de las amenazas externas, los períodos de internamiento en la espesura del monte, se habían prolongado de una semana cada tres meses hasta alcanzar un ciclo de 240 días al año.

La histeria de la guerra no sólo afectaba el inusitado acrecentamiento de las temporadas preparatorias, sino que el rigor de los adiestramientos y las acusadas deficiencias en la logística, terminaban por crear un caos que los jefes militares no querían admitir.

A pesar de las variadas manifestaciones de desvaríos y otras resultantes estimuladas por la severidad del entorno, ninguno de los oficiales se inmutaba.

Cumplían órdenes, sin detenerse en hechos que consideraban como coartadas para evadir los deberes de convertirse en soldados curtidos y listos para llevarse la victoria independientemente de las circunstancias.

Otto, el coronel de Tropas Especiales, conocido por su inhumano proceder y su natural descompostura, solía decir que no tendría compasión con los blandengues.

-A esos les redoblaré la cuota de exigencias —decía en relación a los soldados que protagonizaban imaginarias pláticas consigo mismos, súplicas envueltas en llantos y súbitos desmayos—.

Los castigos iban desde el recorte de la ración alimenticia hasta al alargamiento de los plazos del reclutamiento. El principal jefe de los simulacros defensivos, proclamaba que él estaba allí para formar hombres de hierro. En realidad sus ambiciones escondían resultados contraproducentes.

La soldadesca no resistía las dramáticas obligaciones que arrastraban a la paulatina descomposición de la personalidad. Todos iban perdiendo, en el transcurso de los días, una apreciable porción de sus facultades mentales, además de padecer una merma sustancial de su vitalidad.

Más de la mitad de la soldadesca poseía una vasta experiencia de aquellos eventos.

Bien por su fortaleza física o su capacidad para asimilar las diferentes técnicas de combate, cada año eran seleccionados para integrar los que serían los grupos de apoyo al ejército regular.

El consentimiento personal para irse a los campos de entrenamiento, no estaba avalado por una razonada conclusión.

La obligatoriedad venía forrada con sutilezas retóricas que definitivamente obraban como camisas de fuerza para los convocados. Nadie osaba en resistirse. Objetar el mandato de servir a las necesidades de la Patria, derivaba en consecuencias penales, incluso para el resto de los miembros del núcleo familiar.

Como casi todos los presentes eran veteranos en esos asuntos, podían sortear las presiones del medio con mayor eficacia.

Esta ventaja sería absorbida por la gradual intensificación de las exigencias en consonancia con el supuesto incremento de los peligros de un ataque sorpresa, el avance del reloj biológico con sus ineludibles estragos, el deterioro climático favorable a unas temperaturas que parecían tener su origen en las cercanías de un horno en la plenitud de su capacidad y de las casi imperceptibles pausas entre una maniobra y otra.

-¿Tú crees que en realidad haya guerra? —Evelio apoyaba su pregunta sobre los cimientos de la incredulidad—.

-Oye, tú eres viejo en esta película. Esto es parte de otros de los juegos donde siempre nos toca pertenecer al bando de los perdedores.

Que guerra, ni guerra. Si a estas alturas vienen, nos vencen a sombrazos. Mira cómo estamos volviéndonos locos y tan débiles como unos mendigos.

Los dos hombres promovían la conversación cuando al sol le quedaban apenas unas descoloridas franjas doradas repartidas en un cielo que notificaba los primeros destellos de la noche.

Acuclillados sobre las raíces de un imponente árbol, comenzaban a exponer criterios que contradecían el espíritu del oficial Otto, tan imbuido de esa mentalidad guerrerista e insensible.

-¿Qué más guerra que ésta que venimos librando por tanto tiempo y en la que sólo vemos los colores de la derrota? —interpeló Bruno en una tonalidad sin puntos de contacto con la moderación—.

Evelio hizo una mueca de desaprobación en señal de apoyo a lo que decía su amigo.

-Nos hemos convertido en marionetas de una ideología obsoleta y carente de un sentido realista de la historia. La vida se nos ha ido en estas malezas. En la penúltima movilización casi pierdo la pierna con la picada de un alacrán. ¿No te acuerdas?

-Claro que sí —Bruno respondió con el ceño fruncido—. Escarbaba en los interiores de su conciencia buscando imágenes de aquel episodio.

-Pero qué vamos a hacer, si nos negamos sería la perdición total. ¿Dónde conseguiríamos un trabajo? La pregunta actuó como un resorte. Evelio se incorporó con agilidad felina.

-Tú estás loco. ¿Y dónde dejas las posibilidades de terminar presos por desobediencia o rebelión?, inquirió mientras pasaba por delante de Bruno. A la quinta pisada giró para hacer el mismo recorrido a la inversa.

-Ojalá y acaben de desembarcar las tropas enemigas. Esta monotonía no hay quien la aguante. Prefiero morir en una batalla real que terminar desquiciado o muerto de hambre en estos matorrales, sentenció Bruno.

-Bueno, para qué seguir con los lamentos si al final tenemos que permanecer aquí. Y pensar que faltan diecinueve días. No es fácil —Evelio se detuvo enfatizando la última frase—.

-Si salimos cuerdos de este lugar podemos sentirnos más que afortunados, dijo Bruno en el momento de ponerse de pie por medio de una acción parsimoniosa. Tenía ambas piernas entumecidas. El nivel de los entrenamientos supervisados por el oficial Otto, demandaban esfuerzos sobrehumanos para cumplirlos. A cada evento se añadían nuevas complejidades. Ese día había sido el más agotador.

Al levantarse sintió temor de no poder emprender el camino hacia la casa de campaña. Sus piernas no le respondían. Llegó a pensar que eran una extensión de las protuberantes raíces que sobresalían en derredor de aquel majestuoso árbol. También sentía los llamados de un hambre que tendría que saciar con un olvido científico.

-¿Qué te pasa? ¿Te vas a quedar ahí? —Evelio soltó la pregunta, después de advertir la inmovilidad de su amigo—.

-Es que no me siento las piernas. Ayúdame.

Evelio lo tomó por uno de sus brazos, halándolo con delicadeza. Así comenzó un lento andar hasta la carpa donde empezaría el combate contra las pesadillas, los dolores musculares, el calor y los mosquitos. El cantar de los grillos pasaba inadvertido entre las demás agonías a encarar noche por noche.

A las 5 de la mañana sonaron los campanazos con que comenzaban las actividades del día.

El cansancio se reflejaba en todos los rostros. Los bolsones debajo de los ojos indicaban que el contacto con el sueño había sido una quimérica aspiración.

Después del enjuague bucal arrimados a algún árbol, los fugaces y rutinarios acicalamientos y el consumo del magro desayuno, los soldados se encuadraban en tres filas de diez personas para conocer el programa del día, las noticias más relevantes y la mención y comentarios sobre alguna efeméride de carácter histórico o político.

El coronel Otto presidía los actos matutinos. Desde la improvisada tribuna y vestido con admirable pulcritud se veía a simple vista que amaba el poder desempeñar el papel de hombre fuerte.

A medida que aludía un tema, su semblante adquiría una tonalidad rosada. Eran las marcas de la euforia y del regocijo.

-Tengo que darles una noticia que espero resulte de su agrado. No todos tienen el privilegio de ser llamados al sacrificio en aras de defender al país de sus enemigos más acérrimos.

-Hoy les digo que el alto mando ha decidido prolongar las maniobras hasta diciembre y cuenta con su beneplácito. Es un honor que los hayan tenido en cuenta para cumplir con esta tarea histórica y de un extraordinario valor patriótico.

La tropa se mantuvo imperturbable ante el discurso. Emitir una señal de desaprobación podía ser una actitud legítima, pero seguramente ajena a la sensatez.

Todos aplaudieron al culminar la exposición verbal del coronel Otto.

Al romper filas, Evelio y Bruno encaminaron sus pasos a la espesura rumbo al campo de tiro.

En el trayecto, Evelio prendió un cigarro. Fumaba con lentitud con la vista dirigida hacia el accidentado terreno.

Ninguno hablaba. La indignación quemaba las palabras que pudieran estarse formando en sus pensamientos.

Al llegar al sitio fijado, Bruno le pidió lo que quedaba del cigarro a Evelio.

-¿Desde cuándo tu fumas?

-No te preocupes, siempre se empieza por una vez.

Evelio extendió el brazo con la diminuta fracción del cigarrillo sostenida entre el índice y el pulgar.

Bruno lo tomó con los mismos dedos. Acto seguido lo lanzó en dirección a una docena de cajas colocadas en medio de un denso hierbazal.

La vegetación comenzó a arder.

-¡Corre, Evelio! Bruno emplazaba a su amigo a ponerse a salvo. Las llamas avanzaban aceleradamente hacia los depósitos de balas de fusil, piezas de repuesto, granadas de mano y TNT, amontonados frente al acceso principal del polvorín.

Hambre vieja

“Dadme carne y moveré al mundo”
Virgilio Piñera

Se levanta del camastro con el hambre mordiéndole el alma. Sentado en el borde hace un ademán que parece el preámbulo de un simple bostezo. La boca se abre de repente. Primero es una leve apertura. En segundos un hueco de veinte centímetros de diámetro de donde sale una lengua rojiza, llena de estrías, en forma de tentáculo, maciza.

Las moscas sobrevuelan en los márgenes sin llegar a un contacto mortal con la carnosidad que hace pequeños giros en el aire. Ensalivarse e ir directo al estómago de Roberto es algo de pleno conocimiento para los insectos que comparten aquel espacio compuesto por cuatro paredes de tablas y techo de nylon. Esta vez ninguno se deja engañar por la babeante tripa tan tentadora para todas aquellas criaturas voladoras.

Un moscón está a punto de caer en la trampa, pero una astuta maniobra lo saca del área de peligro. Quince segundos de duración tiene lo que se ha convertido en un ritual matutino. La lengua se contrae hasta terminar sobre la superficie del maxilar inferior. Allí se enrosca formando un bulto que hace difícil la dicción de su amo. El tamaño excede la capacidad de alojamiento.

El movimiento de retorno a la cavidad bucal es más rápido que su brote al exterior. Quizás por la brusquedad de la traslación es mayor el goteo de secreciones sobre el piso invadido por el hollín y el sudor transformado en sebo, proveniente de las glándulas sudoríparas del inquilino.

Sobre el piso hay restos de lluvia. Las gotas conservan su forma ovalada. No son solubles al contacto con la capa de mugre que deja difusas visiones de los mosaicos blancos. El color dominante, real y cercano al absoluto, es el negro intenso. Una marca distintiva del lugar junto a las neblinas del olvido.

A un costado del lecho, los pies de Roberto no están totalmente desguarnecidos encima de la costra de impurezas. Para evitar resbalones en la choza de seis metros largo por cuatro de ancho, cuenta con un par de chancletas hechas con un neumático encontrado en un basural. Las ranuras en la suela permiten un rozamiento muy útil para tener el control de las pisadas.

Desde la vez que patinó descalzo quebrándose el antebrazo derecho se propuso encontrar un paliativo para reducir los percances.

Con sus chanclos accede a una cuota mínima de felicidad. La calidad de los pasos dentro de la maltratada geografía queda —de cierta manera— garantizada. Las probabilidades de sufrir otra caída se reducen.

Lo más llamativo al mirar a sus pies es la cinta roja cubriendo el empeine. Las hilachas de tela introduciéndose entre los dedos y en cada lado del trozo de goma —sujetando la venda— tres tachuelas enmohecidas.

Con la cabeza apoyada en el borde de las manos, Roberto mira a un punto perdido en el horizonte. Al ritmo de las oscilaciones, el accesorio que funge como tapa de la ventana amplía el diapasón de una tensa calma. La alternancia de tonalidades a causa del balanceo producido por el discurrir de la brisa parece no alterar la génesis de un pensamiento sin pausas.

Tampoco los golpetazos hacen mella en la estoica contemplación. No pestañea. Los ojos abiertos, el tiro visual sin desviaciones, la perseverancia incrustada en el iris. Una síntesis del mundo en aquella mirada con amplias sospechas de haberle hurtado la patente a un cadáver.

Agosto entra en su fase final. El día 28, aún joven a las 7 a.m., ofrece las primeras claves del ritual de la naturaleza.

Calor intenso, aislados chubascos y no habrá marejadas en el litoral. Eso dice el locutor desde las pequeñas bocinas del radio Sputnik. Uno de los dos equipos electrodomésticos en funcionamiento. El otro

es un ventilador marca Vostok sin las tres velocidades de antaño. Su utilidad se circunscribe a una discreta actividad refrescante. Sólo el botón del medio activo. El primero y el último están fuera de servicio desde hace una década. Además el aire lo recibe en una sola dirección. La capacidad de girar es un viejo recuerdo.

Empotrado en un rincón y separado del suelo por tres ladrillos yace un televisor blanco y negro de innegables características museológicas. Un emblema casi ilegible da a conocer su procedencia bielorrusa. Es junto al radio y el ventilador, la huella del desaparecido campo socialista dentro de los límites de aquella pocilga. El tubo de pantalla colapsó tras la reposición de la corriente eléctrica después del apagón ocurrido en la noche del 20 julio de 1993.

Por intermedio de un suspiro concluye la meditación, Roberto se incorpora con dificultad y estira su brazo derecho para agarrar por el borde el recipiente que despide un hedor insoportable. Su inodoro portátil cuelga de tres de sus dedos. El índice roza, con temeridad, el filoso ribete del antiguo envase de pulpa de tomate. Sus deposiciones líquidas y sólidas se amontonan en aquella vasija de metal hasta ser arrojadas —cada tres días— en un arroyuelo a escasos 10 metros de distancia del lugar de los hechos.

Rememora, de vez en cuando, el baño con sus piezas antiguas pero conservadas. La cama con el colchón que había reparado con los ahorros de cinco años. El refrigerador obtenido gracias a su condición de vanguardia nacional por las innovaciones hechas en el campo de la metalurgia.

Un súbito derrumbe sepultó casi todo. Hasta los sueños se quedaron bajo los escombros, dice farfullando a cuanta gente se topa en sus raras travesías por el barrio.

Le habían advertido sobre la condición inhabitable del inmueble. Le ofrecieron cobija en un albergue colectivo en las afueras de la ciudad, pero se resistió. No estaba en la vieja casona de mampostería y techo acanalado en el momento del desastre. Esa vez creyó en los milagros.

Para no perder el contacto sentimental con la vivienda donde había transcurrido más de la mitad de su vida, entre la montaña de piedras, polvo y artículos desechos, extrajo un trozo de escombros con una es-

cueta señalización: 1910. El año en que culminó la obra arquitectónica sobre la que hoy cualquiera puede ver una explanada para realizar actos políticos.

Tiene la intención de ir a descargar el maloliente contenido de la lata al riachuelo, pero desde el estómago llegan las señales de alarma. Un discreto ronroneo evoluciona a un rugido de claras resonancias extrasensoriales. Las tripas se rebelan. No hay tiempo ni disposición para un aplazamiento.

En el tablón que sirve de despensa hay sólo un poco de sal dentro de una bolsa de nylon. Los productos alimenticios, que recibe cada mes, apenas cubren las necesidades. En doce días se agotan. Ninguna táctica es útil para darle un uso más efectivo a las provisiones.

Corre el rumor que esa semana repartirán 10 onzas de pollo congelado per cápita en la carnicería, sin embargo la desconfianza ha llegado para quedarse.

Se mantiene con agua con azúcar y el pan de 80 gramos que diariamente le alcanza Herminia, tras adquirirlo en el desvencijado local dedicado a esas funciones. Ella siente una profunda compasión por Roberto.

Su salud se resquebrajaba con celeridad y de alguna manera desea ayudarle en lo posible. No sólo le trae el pan cada mañana, también le compra las asignaciones mensuales de frijoles, arroz, azúcar, aceite y sal.

-Para mí no es una carga, yo te hago el favor, no tengas pena —le expresó ella, el día en que se brindó para servirle—.

Desde entonces son menos los esfuerzos a invertir en el duro oficio de la supervivencia. Puede darse el lujo de salvar con cuarenta pasos la distancia entre su cabaña y las aguas que finalmente arrastran sus evacuaciones.

En el fondo de la garrafa queda —si acaso— medio jarro de agua con azúcar. Ha decidido prepararla semanalmente. Así ahorra energías en el acto de obtener la mezcla que le permite mantenerse precariamente activo.

Dos años hace que vive solo. Construyó la covacha con la ayuda de Calixto y Alfredo. Desde la noche en que abordaron la balsa hacia rumbo desconocido, nadie sabe de ellos.

Roberto se hartó de la promiscuidad, los actos de violencia, los juegos con las barajas hasta altas horas de la noche en el interior de la barraca donde habitan alrededor de 500 personas después de haber perdido sus viviendas a causa de los derrumbes.

Mira la hora en el reloj plástico. Las 2 de la tarde, piensa. Herminia no llega con el pan y por el esófago transitan —apenas sin intervalos— una interminable secuencia de truenos. Gritos de rabia producidos por el furioso choque entre los jugos gástricos y las temblorosas paredes del vientre.

Sus ojos recorren el fogón. Imagina el muslo de pollo —que todas las radioemisoras anuncian en los boletines de noticias— asándose en medio de las brasas de carbón. El vecindario arde de impaciencia por sentir el roce de la alegría el fin de semana.

Un desfile de gotas de agua comienzan a caer del grifo que se alza desde un pedazo de tubería que atraviesa, desde afuera, una de las paredes de madera.

Toma el jarro y lo pone debajo del hilo acuoso. Cuando está lleno deposita su contenido en la garrafa donde se encuentra el sedimento de agua con azúcar. -No importa que quede desabrido. Serán tres raciones, reflexiona.

Con torpeza fija el rumbo hacia la cama. La ansiedad adquiere en su rostro una notoriedad extrema. Se sienta en el filo del catre a meditar en el futuro inmediato.

-Así que no sólo de pan vive el hombre. Mientras reflexiona sobre este apotegma, siente un escalofrío a lo largo de la espalda. Gradualmente su piel se humedece tomando un brillo inusual.

Varios toques en la puerta. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Después un intervalo de 7 segundos. Roberto se retuerce en el piso mugriento. Su cabeza a merced de las contracciones. De nuevo los nudillos de Herminia, con mayor énfasis, sobre el portón roído por el comején.

-¿Habrá muerto?, se pregunta con un sobresalto en el pecho. La puerta se entreabre a causa de los golpes y la precaria cerradura. Con sumo cuidado, la empuja. Una alargada carnosidad se le introduce en la boca asfixiándola en el acto. Tiene forma cilíndrica. Roberto apoyado en sus piernas enrosca, a Herminia, con su lengua.

Las chancletas han estallado por el tamaño de las membranas entre dedo y dedo, y el aumento longitudinal de ambos pies. La saliva cae a borbotones encima del vestido floreado.

Se la traga lentamente saboreándola. El día 29 de agosto, Enrique junto a un nutrido equipo de amigos y familiares busca a su madre.

¡Roberto!, ¡Roberto!, llama a unos centímetros de la puerta entrea-bierta. Nadie responde. A sus oídos llega una rara expresión. ¿Dónde mamá habrá dejado la libreta para ir a comprar el pollo?, se pregunta justo antes de entrar. Son, exactamente, las 4 de la tarde.

Juliancito

Isabel sudaba. Miró la caja por un momento. Con lentitud, su cabeza se desplazó hasta la ventana. Repetía el movimiento sin saber como abandonar las fronteras del miedo. Del interior del envase de cartón se estructuraba un torrente de sonidos inconfundibles. Eran, exactamente una docena de polluelos en pleno alboroto.

-Fefita se confundió, pensó la dueña de aquellos pichones empeñados en no detener su algarabía.

Con tal de no despertar sospechas durante el traslado, Isabel había decidido adormecer a las aves dándoles a comer pequeñas partículas de un potente tranquilizante.

-Eso no era Nitrazepam, reflexionó sin saber cómo ponerle fin a aquel coro cada vez más estridente.

-¡Ay, esa hermana mía con su insensatez! Debí chequear el rótulo del pomo en que estaban las pastillas. Ya es tarde. Ahora veré como salgo de este lío, caviló con una última mirada hacia los orificios de la caja por donde salían las pruebas del delito.

El choque del envase contra el piso redobló la tensión de los pichones. Isabel, la había lanzado hacia el flanco izquierdo con una discreta maniobra. En el leve recorrido una de las esquinas chocó con la parte exterior del asiento vacío que daba al pasillo. El contacto añadió otras dos volteretas provocando el aflojamiento del amarre hecho por pura formalidad. Más que una protección adicional, la atadura constituía un simple adorno.

Tres pollos lograron escapar por un resquicio, perdiéndose entre las hileras de asientos situados a ambos lados del vagón.

Casi al unísono de este evento, el capitán de la policía iniciaba las pesquisas junto a cuatro subordinados.

-Nadie se mueva de sus asientos, por favor. Quién no obedezca será arrestado de inmediato, dijo con severidad.

-Usted, levántese. Le indicó el policía a un señor que no podía contener el temblor en sus brazos.

El aludido tenía un bulto en la parte delantera del pantalón, exactamente en la zona de sus genitales.

Aguantándose en el espaldar del asiento contiguo, se incorporó con dificultad. El señor tendría cerca de 70 años.

-Bájese el zipper, le ordenó el policía señalando con el índice de la mano derecha el sitio que le resultaba sospechoso.

-Mire, yo soy un hombre mayor. No me ponga en ese aprieto delante de los pasajeros. Además aquí hay damas. Las palabras salían entrecortadas como si quisieran imitar las oscilaciones que comenzaban en los hombros y culminaban en las manos.

-Ah, usted se atreve a desafiar la ley, sentenció irónicamente el capitán.

-No, no. Yo sólo quiero comprensión y compasión con un pobre anciano enfermo. Esta bola es una hernia, dijo frotándose con delicadeza, el sitio donde el abultamiento era más notorio.

-No se haga más la víctima y cumpla con la orden o de lo contrario va directo al calabozo.

La calva del señor goteaba profusamente. Sacó un pañuelo y el policía rodeó, con la palma de la mano, la empuñadora de la pistola colgada en el cinturón. Tomaba precauciones ante la inesperada acción del interpelado.

-Viejo, no te hagas el gracioso. Que te voy a bajar de aquí hecho un colador, le advirtió como si quisiera poner en práctica la insinuación.

-Oiga, yo soy un hombre pacífico, respondió el atribulado mientras se pasaba el pedazo de tela blanco con rayas azules por el rostro.

-No te le voy a volver a repetir, o te bajas el zipper o ahora mismo quedas arrestado. El ultimátum estremeció al resto de los pasajeros.

Apenas se escuchaba un murmullo mezclado con el inagotable piar de los polluelos encerrados en el cajón. Nadie se atrevía a elevar el ni-

vel de la voz. Sobresalir en aquellas circunstancias podía derivar en consecuencias poco agradables.

Las intenciones del jefe policial y sus secuaces era llevarse el mayor número posible de infractores. Lo mismo daba que la falta tuviera como origen el contrabando o las posturas desobedientes como la protagonizada por el anciano.

-Está bien. El anuncio hizo que la curiosidad se desplegara a la velocidad de la luz. Todos dirigieron la mirada en dirección a la bragueta. Isabel no pudo evadirse de un momento crucial para el destino de un hombre.

Pensaba que era inocente y por tanto merecedor de que acabara de terminar aquella situación tan incómoda.

El zipper descendía como en cámara lenta. Trémulos, los dedos que protagonizaban la acción, hacían pensar que nunca terminaría el recorrido. Isabel asociaba la lentitud con la atinada decisión de evitar que los dientes de metal mordieran la superficie de la hernia provocándole al afectado un dolor de espanto.

Al reiniciar el movimiento después de una efímera pausa, hubo una transformación geométrica en el bulto. A esta le siguieron otras. De repente hubo una imparable secuencia de ondulaciones que antecedieron a una combinación de saltos, estremecimientos y gritos de pavor.

-¡Se le reventó la hernia!, dijo un joven alarmado ante el drama del viejo.

Los policías que se encontraban apostados en los laterales exteriores del tren con el propósito de impedir posibles evasiones durante la inspección o el lanzamiento de las pruebas del delito por algunas de las ventanillas, se pusieron en guardia. Pensaban que se había formado un motín dentro del vagón.

El herniado tropezó en el momento de comenzar una corta carrera hacia el fondo del coche, en dirección opuesta al capitán y su séquito que no se decidían a intervenir.

En el descenso logró un sorprendente giro para no caer de bruces. La rapidez de la rotación dejó boquiabiertos a todos. Nadie pensó que una persona de esa edad pudiese conseguir, con éxito, una acción tan compleja.

-¡Santo Dios!, exclamó una señora al término de la estrepitosa caída, observando a la víctima retorciéndose sobre la alfombra de goma tendida a lo largo del pasillo.

Por más que lo intentaba no podía incorporarse. Al flexionar el torso hacia adelante y recoger las piernas para tomar impulso presionando la zona hinchada, se derrumbaba hacia atrás. El abatimiento descubría nuevos alaridos y convulsiones. Los espectadores temían que todo concluyera con la hernia reventada a partir de la brusquedad de las sacudidas que concluían en severas colisiones contra el piso, los asientos y algunos pasajeros que no habían podido cambiar de posición debido a la aceleración de los acontecimientos.

De la abertura vertical, entre los diminutos apéndices plateados, comenzó asomarse un extraño cuerpo cilíndrico. El zipper había hecho casi todo el recorrido a la inversa, apenas le faltaban dos centímetros para culminar la acción iniciada por el anciano e interrumpida abruptamente por motivos insospechados.

El viejo parecía inconsciente. Con los ojos cerrados respiraba con dificultad. Estaba inmóvil.

La unánime expresión de asombro rebotó contra las paredes metálicas del tren formado por un único vagón dotado de doscientas plazas. Unos se atrincheraron tras los espaldares de los asientos como si esquivaran un disparo. Era una extraña reacción donde se combinaba el temor y la curiosidad.

Una avalancha de miradas cautelosas y sesgadas, sobresalían por los bordes de las butacas forradas con vinilo. Los viajeros no querían ver en toda su dimensión aquel cuerpo tubular, cubierto por una tupida red de pelos negruzcos, que emergía entre los márgenes de la grieta, milímetro a milímetro.

Isabel se cubrió los ojos con las dos manos separando levemente los dedos para no quedarse al margen del suceso.

El órgano tenía algo más de una pulgada de grosor. Se movía sin llegar a quedar erecto. Serpenteaba sin cesar.

-Señores, si me lo hubiesen contado no lo creería, dijo uno de los pasajeros.

-Tiene que ser un injerto o ese tipo es un extraterrestre, añadió.

Al alcanzar los 20 centímetros de longitud, se contuvo el crecimiento de aquella cosa flexible y greñuda.

Había entusiasmo entre la mayoría de las féminas. La intensidad del miedo no era la misma que al inicio. Se notaba en las expresiones faciales la existencia de un sentimiento adicional.

Para cubrir sus verdaderos deseos, las que ambicionaban un fisgoneo de mayor calado, disimulaban con gestos de asco, recitaciones del Padre Nuestro y un tropel de interjecciones derivadas del más rancio puritanismo.

-Permiso, permiso. La voz femenina se esparció como pólvora en medio del silencio salpicado de murmullos y eventuales intervenciones. Ni las frases irónicas, ni los acercamientos especulativos lograban desentrañar el origen de aquel cuerpo parecido a un embutido, pero bajo la protección del denso pelambre y de un modesto diámetro.

Las miradas se concentraron en el hombre que divulgaba la petición desplazándose como una vedette. Movía las caderas exageradamente y sus antebrazos tomaban la posición de un par de alas.

-Yo soy médico, especialista en urología. Déjenme examinar al paciente. Los anuncios que anunciaban su profesión y sus intenciones, se paralizaron con la orden del capitán.

-Oye tú, pato de mierda, no te acerques o te vas quedar ahí junto con él. La orden llevaba consigo la inminencia de una acción rápida y brutal.

El autor de la disposición rastrilló la pistola al observar que el hombre afeminado proseguía rumbo al viejo patitieso.

Con el cañón del arma apuntando a la cabeza del auxiliador, la multitud volvió a replegarse, esta vez de una manera más decidida.

-Oiga es mi deber asistir a ese hombre. -Además hay algo que concierne a mi especialidad y necesito conocer que es esa cosa que no deja de moverse y que jamás en mi vida había visto. La explicación de la imperiosidad de llegar hasta el desfallecido la hacía reculando hacia atrás a través de pequeños saltillos.

-Cállate, mequetrefe si no quieres que éste sea tu último viaje, amenazó el policía haciendo un ademán con el brazo que sostenía el arma de fuego.

El samaritano se enredó con sus propios pies perdiendo el equilibrio. A pesar de los malabares para evitar el desplome, cayó en las piernas de un cuarentón que parecía deportista por su desarrollada musculatura. Allí sólo estuvo centésimas de segundos. El empujón fue ejecutado con una fuerza tal, que el tipo con cuerpo de hombre y alma de señora, rodó como una pelota terminando con el trasero encima de la cara del viejo.

Con el choque, la cosa peluda se introdujo en el pantalón y acto seguido lo que salió fue una cabeza con los mismos pelos, gruesos y pardos de aquella enigmática manguerilla que había dejado estupefactos a los dos centenares de personas que viajaban allí.

-Es una rata, sentenció Isabel casi a punto de un desmayo.

-¡Qué va!, eso es muy grande, puntualizó el hombre que insistía en imitar, con los gestos y la voz, a una dama.

-No hablen tanta porquería. Eso es una jutía. Y no me vayan a desmentir que yo soy veterinario, indicó el joven que ocupaba el asiento posterior al de Isabel.

-¡Qué clase de hernia tenía el muy desgraciado!, dijo el capitán moviendo la cabeza de un lado a otro y con las señales de la satisfacción dibujadas en una sonrisa de oreja a oreja.

El animal de aproximadamente 50 centímetros de longitud abandonó su refugio de forma vertiginosa, después de una análisis del terreno y proferir un par de aullidos de baja intensidad. El tardío intento de uno de los guardias en darle alcance contribuyó a que el animal escapara, con cierta facilidad, a través de una de las diez parejas de ventanas. Los custodios apostados abajo tampoco pudieron apresarlos. El roedor se perdió en una espesura próxima al lugar de estacionamiento.

-El bicho tenía la encía limpia, aseveró Isabel mientras recobraba el aliento.

-Óigame, no faltaba más. Si no lo hubiese despojado previamente de la dentadura otro habría sido el final, le respondió quién se había anunciado como un profesional de la ciencia que estudia la vida de los animales.

-Llévenselo para la enfermería o para la morgue. Miren a ver cuál es el lugar que le corresponde, ordenó el capitán a dos de sus secuaces.

-Todos a sus puestos, que esto no se ha terminado. El aviso se tradujo en nuevas preocupaciones para los que transportaban subrepticamente algún producto que podría resultar de dudosa procedencia o para emplearlo con fines lucrativos.

La pesquisa se reanudó con la pausada marcha del capitán seguida muy de cerca por su comitiva.

-¿Y ese paquete?, indagó el oficial con su voz ronca.

El pequeño bulto se encontraba trabado en el espacio que estaba entre la carrocería y el asiento de Isabel.

-¿Señora, le hice una pregunta?

La interpelada no sabía que decir. Giró la cabeza con el objetivo de cerciorarse de que ciertamente había algo en el lugar indicado.

-Mire, yo no sé que es eso. Lo único que traigo es esta jaba con mis pertenencias, aclaró la mujer.

El policía le hizo una seña con la mano para que le entregara el deshilachado bolso de mimbre. Revolvió el contenido formado por un par de sandalias, cuatro piezas de lencería, dos mudas de ropa y artículos de aseo personal.

-Yo no tengo nada que ocultar.

-¡Cállese! La orden siguiente fue para que los guardias retiraran el paquete de pequeñas dimensiones envuelto en un nylon de polietileno y atado fuertemente con una cuerda fina.

Estaba tan empotrado que los esfuerzos por retirarlo resultaban estériles. Por fin, un tirón realizado por el más corpulento de los subalternos rasgó la superficie del paquete, revelando el contenido.

-¡¿Qué, marihuana?! El capitán quedó perplejo.

Isabel sintió un escalofrío al escuchar aquella palabra.

-Tiene que haberse equivocado, pensó respecto a la valoración de carácter inquisitorial, efectuada a primera vista

Varias hojas cayeron en los pies de la mujer que todavía rehusaba admitir como cierta la identificación que el policía había expresado en un tono grandilocuente y en el cual se reflejaba la euforia ante tal descubrimiento.

No había duda. La forma alargada de las hojas, sus bordes dentados y el olor que despedían le daban la razón al uniformado.

-Señorita, está usted en problemas, dijo en tono burlón.

-Yo no tengo nada que ver con eso. Además, ¿cómo usted cree que en caso de ser la dueña iba a utilizar un escondite tan tonto?

-No estoy para justificacioncitas. Usted no es ciega y eso estaba en sus narices, ¿Cómo no lo vio antes?, preguntó con sarcasmo.

-Mire, le juro que eso no es mío.

-¿Y entonces de quién es?, inquirió lanzándole una mirada inquisitorial.

-Espósenla. La voz de mando exigía un rápido cumplimiento.

En breve sus manos estaban unidas por los dos aros de metal bruñido.

-Agarren esa caja de pollos y desaparezcanla. El cacareo ese me tiene harto. Como un resorte, el guardia tomó el envase de cartón y tras bajar la escalerilla, Isabel vio que se alejaba rumbo a la vetusta edificación que parecía ser el cuartel donde se alojaban los hombres de uniforme azul, pistolas Makarov y rostros endurecidos.

Pensó en los pollos perdidos y en la realidad que amenazaba con enturbiar su destino.

Nada más y nada menos que tráfico de drogas. Un delito que le acarrearía una sanción superior a los quince años.

Las más amargas premoniciones se agolpaban en su cerebro. Sabía que bastaba una acusación, en este caso, sin que mediaran sólidas evidencias para ser hallada culpable.

Alguien debía pagar por un delito que encabezaba la lista de los actos punibles.

-¿Quién habrá sido el causante de mi desgracia?, meditaba sospechando de los pasajeros más próximos al lugar que le habían asignado al comprar el pasaje.

Tres metros más adelante había un cartucho con azúcar desfondado. El oficial maniobró para superar el obstáculo.

-No me digas que tampoco sabes nada. El cuestionamiento se dirigía a un hombre canoso y circunspecto. En el cuello tenía una tenue capa de polvo blanco. Obviamente no tenía la menor idea de estar salpicado de esas diminutas partículas.

-¡Espósenlo!

-Yo soy inocente. Mire ella fue quién lanzó el cartucho al piso antes que usted apareciera. Tembloroso, el hombre delataba a la presunta dueña del edulcorante. Una joven de cabellos cortos y negros sentada en la fila del frente desestimaba la inculpación.

-¿Yo?, déjese de estar levantado calumnias, que yo soy una mujer decente, dijo perdiendo la compostura.

-Así que aparte de contrabandista, calumniador. Cállate, porque te vas a podrir en la cárcel, le advirtió el oficial.

El hombre se tragó las palabras que tenía listas en la garganta. Sabía que era inútil continuar defendiéndose.

Al llegar al extremo del vagón. Los detenidos sumaban seis.

-¿Y esos golpes? Los sonidos provenían del baño. Eran casi imperceptibles. Algo chocaba contra la puerta de manera intermitente.

El policía giró el picaporte. Un pollo agonizante producía aquellos sonidos con sus patas.

Los tres ejemplares escapados de la caja que traía Isabel tenían el pescuezo quebrado.

Encima del inodoro, desmadejado y cianótico, había un ser humano de unos 30 años.

-¡Juliancito! —Más allá de una simple sorpresa la expresión apuntaba a una preocupación multiplicada por diez—.

En la camisa a cuadros, a la altura del pecho, se divisaba una mezcla de saliva y virutas de queso. El joven había muerto asfixiado tratando de engullir los 5 kilogramos del producto repartido en varios bloques. Todavía Julián —el capitán de la policía— está de luto.

La apuesta

El borde de la moneda golpeó el piso. Manuel hizo un ademán con el propósito de ampliar la visualización. Tras el impacto, la pequeña esfera metálica, comenzó a rodar rumbo a la rejilla que cubría el hueco del desagüe en el patio. La trayectoria era errática. Sin embargo la pieza de tres pesos mantenía el equilibrio necesario para prolongar su trayectoria.

Con el primer giro alrededor de la cavidad, la boca de Juan se abrió, amenazando con igualar los 10 centímetros de diámetro de aquel agujero por donde solían verter los líquidos desechables. A menudo ése era el inodoro de emergencia, fundamentalmente cuando había problemas con el suministro de agua.

La segunda circunvalación produjo en los dos hermanos una sensación de angustia. No podían creer que perderían la oportunidad de deslindar un asunto con muy poco margen para el aplazamiento.

Con el inicio de la tercera vuelta, Manuel puso a prueba sus dotes atléticas disminuidas por un accidente mientras pretendía viajar colgado en la puerta trasera de un ómnibus para llegar temprano a los entrenamientos. Su participación en las olimpiadas quedó entre las fronteras del deseo. El hombro derecho se le dislocó y desde entonces vivía de una pensión a la que agregaba las ganancias de eventuales reventas de ladrillos viejos, tomados de los derrumbes y edificios abandonados.

La última vez estuvo a punto de morir aplastado por la repentina caída de un pedazo de techo de vigas y losas. Al arrancar el tercer ladrillo de una de las paredes, sobrevino el estruendo y una densa nube de

polvo de donde salió con la piel blanquecina, una leve contusión en la cabeza y el corazón con reales intenciones de abandonar su sitio.

Ahora, los latidos habían cobrado la misma intensidad. El sonido de la moneda hundiéndose en aquella nata de inmundicias, despertó un sentimiento de vulnerabilidad y desasosiego, casi imposible de aplacar.

Apoyados en sus rodillas y en la palma de sus manos, miraban la superficie acuosa con una perplejidad tan clara como la veta de sol sobre la desembocadura de la tubería.

Poco a poco, casi al unísono, ambos rostros iniciaron un arduo desplazamiento hasta encontrarse frente a frente.

-¿Y ahora?, dijo Juan en un tono que descubría el desánimo. No podía asimilar el hecho de haber perdido la tercera parte de su fortuna. Pensaba en los nueve pesos reducidos a seis a causa de la apuesta.

Desde que la dulcería clandestina de Héctor había sido intervenida por la policía, la miseria golpeaba cada vez con mayor fuerza. Juan se levantada por la madrugada a preparar la masa. Por eso recibía 20 pesos diarios.

Esos tiempos de relativa estabilidad colisionaban con el impetuoso avance de una pobreza marcada con el don de la perseverancia. Aquella mañana se cumplían seis meses desde aquel aciago día en que Héctor inició el viaje hacia las sombras. Cuatro años tras las rejas por actividad económica ilícita y Juan delante de los puñetazos de una existencia cada vez más insoportable.

-Prefiero morirme de hambre, antes que trabajar para el estado. Juan cumplía al dedillo su promesa. Enfrentaba la posibilidad de ser llevado a los tribunales por resistirse a las demandas del jefe de la policía local que lo conminaba a buscarse un empleo. Eso lo mantenía en tensión, sin embargo persistía en no acogerse a lo que consideraba una inversión estéril.

-Si piensan que voy a estar 8 horas de pie por 230 pesos, pierden su tiempo, así acostumbraba a decir, sin mucho recato, en el vecindario. -No es fácil esperar un mes para que te paguen menos de 10 dólares — sentenciaba, con una abierta propensión a perder la compostura—.

Los dos meses que soportó en la fábrica de cajas de cartón fueron suficientes para conservar, siempre lozana, su testarudez. No transigía, a pesar de que su pobreza no tenía frenos. Al contrario, su avance determinaba conclusiones catastróficas.

En su mente bullían alternativas, pero estimaba que debía esperar por una elección menos comprometedora. Robar las prendas de vestir colgadas en las tendederas de los alrededores, constituía una opción entre un mar de elucubraciones que finalmente le impedían conciliar el sueño.

-Yo lo único que tengo es un billete de cinco pesos, afirmó Manuel tras un intervalo de 20 segundos. La respuesta tenía una estructura suplicante.

Juan pensó en repetir el: -¿y ahora?, pero sus cuerdas vocales confirmaron una decisión que reflejaría un juicio irrevocable.

-No voy a poner en riesgo otra de mis monedas, sentenció mientras se incorporaba.

Manuel miró el reloj que todavía conservaba de la última competición internacional en Tirana, la capital de Albania. Un corredor japonés se lo había obsequiado. A pesar de los ocho años transcurridos, las agujas se movían correctamente sobre una esfera sin señalizaciones. Los números estaban ausentes, pero eso no impedía tener una información bastante exacta de las horas y los minutos.

-Estamos contra la pared. El tiempo se va volando —Manuel apoyaba las explicaciones con una extensión de su brazo izquierdo coronado en su extremo por el regalo de aquel nipón que le había arrebatado el primer lugar en los doscientos metros planos—.

Las manecillas marcaban las 12 y 15 del mediodía. Juan se veía contrariado. Debía hallar una solución cuanto antes. El discreto avance del minuterero le produjo una secuencia de sobresaltos en la parte superior del estómago.

Las sacudidas en el interior mutaban en minúsculas gotas de sudor incrustadas en un semblante propio de un secuestrado.

Los recursos para encontrar una salida se constreñían a medida que el tiempo conquistaba nuevos espacios.

-Tenemos que apurarnos. Si seguimos con la demora, vamos a tener que compartir la derrota. Tengo la premonición de que en esta oportunidad vas a ganar. Acabemos con esta zozobra. La suerte es de los valientes.

El tono de Manuel consumía lentamente la vacilación de su hermano. Juan comenzaba a ceder, sin ofrecer ningún indicio externo. Se resistía, pero definitivamente, la tentación de volver a intentarlo otra vez y salir airoso, iba dominando su psiquis.

Frunció el ceño y desplegó un balbuceo inaudible. -Si no te decides, entonces me retiro —sentenció Manuel en un tono marcado por la resignación—.

-Bueno está bien. ¿Qué hora es?, indagó Juan tratando de ocultar el desespero por el avance impetuoso del tiempo.

-12 y 20, respondió Manuel con un perfecto sentido del laconismo. Era la última apuesta del año y eso le daba a la competencia un mayor grado de tensión.

Diciembre se extinguía junto a los viejos recuerdos de Juan. Por esa misma fecha, pero 6 años atrás, vivía con Leonor en un apartamento de uno de los edificios mejores conservados del centro de La Habana.

La felicidad le duró poco. Ella decidió no regresar de un viaje de trabajo a Sudáfrica. Siempre había querido irse del país y era su oportunidad. Su título como doctora especialista en vías digestivas le servía como vía de escape. De sus labores profesionales en los barrios periféricos de Johannesburgo, ahora se desempeñaba en un hospital de Miami. El lugar donde anhelaba estar junto a su hermana Maribel que pudo enrolarse en el éxodo masivo de 1994.

Ella le había prometido que regresaría, pero las promesas se disolvieron en una amarga realidad que terminó con la expulsión y posterior clausura del apartamento.

No tenía los 10 años de convivencia y tampoco estaba casado. La ley sobre la vivienda le robaba todas las esperanzas. Tuvo que regresar a la casa de sus padres, ya fallecidos, a hacerle compañía a Manuel.

La obligada separación lo mantenía, desde entonces, bajo las secuelas de largos períodos depresivos. Sólo atinaba a pensar en una reunificación imposible. No tenía apenas información sobre su antigua

pareja, salvo la respuesta formal de una tía que siempre trataba de calmar sus necesidades informativas con la escueta aseveración: “Leonor está bien, siempre le manda recuerdos a todos”.

Antes que el reloj marcara las 12 y 21, Juan introdujo su mano en el bolsillo derecho. Ya de vuelta, el puño estaba cerrado. Acto seguido lo abrió y comenzó a elevar, ligeramente, la moneda de tres pesos, a través de repetidos lanzamientos.

-¿Che o escudo?, preguntó Juan en función de elegir entre la imagen a relieve de Ernesto (Che) Guevara en el anverso o el escudo nacional en la parte posterior.

-Che, escogió Manuel, superponiendo la respuesta encima de la última sílaba de la pregunta.

La moneda fue a parar sobre la uña del dedo pulgar izquierdo, rodeado por el índice. Pronto iniciaría el despegue hacia un incierto desenlace.

En dos segundos, la pequeña esfera metálica giraba en el aire. El impulso había sido espectacular. Una repentina ráfaga de aire desvió la trayectoria y redujo las oscilaciones del accesorio.

Los dos observaban el descenso con preocupación. Justamente a las 12 y 22, se escuchó el golpe del metal con el piso de concreto. El sonido revelaba que la caída no había sido de plano.

La evidencia se desdibujaba en un rodamiento que revolvió la incertidumbre de los contendientes.

El peligro de perder la moneda en las aguas inmundas del boquete de la cañería estaba descartado. Ahora el recorrido era en la dirección contraria.

Ambos echaron a correr tras la minúscula rueda. El viento la había separado considerablemente del sitio del envío.

Tres metros de separación fueron suficientes para desatar una alocada carrera rumbo a la calle.

Al llegar a la acera, la moneda torció el rumbo hacia la derecha redoblando la velocidad. La casa estaba situada en la parte más alta de una pendiente. Parecía como si tuviera un mecanismo especial para rectificar el equilibrio. El movimiento era firme, sin bandazos.

Los primeros cincuenta metros resultaron fáciles de cubrir. Después vinieron las complicaciones.

Unos potentes ladridos desataron el terror. Una natural persecución tras la plateada circunferencia degeneró en una huida delante de una pareja de perros Rottweiler dispuestos a hacerlo pedazos.

Juan, tuvo que saltar por la ventana de una casa a punto de ser alcanzado por una mordida devastadora en el dorso del muslo derecho. Manuel encontró refugio saltando una cerca de dos metros. Nunca supieron donde terminó el itinerario de los tres pesos.

Fue un día amargo. Doble derrota en una apuesta por ver quién ganaba el derecho de coger las dos cuotas de picadillo de res. Dos veces al año y 8 onzas por persona. Tal realidad bastaba para implantar el sorteo.

Manuel entre el dolor de la rotura ósea pensaba que hubiese vencido en la disputa, como había sucedido en la primera apuesta del año que terminaba. Juan no tuvo tiempo en dar cobertura a las hipótesis. El dueño de la casa, donde irrumpió, le puso el cañón del revólver en la sien hasta que llegó la policía.

El reloj de Manuel se detuvo a las 12 y 30. La hora en que cerraba la dependencia comercial donde expendían las ofertas cárnicas.

“Último día. No voy a abrir por la tarde”. Eso anunciaba el cartel en la puerta del establecimiento. Manuel expresó algo incomprensible, sobre la camilla, al pasar la vista por el mensaje.

El chofer de la ambulancia apretó el acelerador. Sobre el aviso, escrito en letra de molde, se abalanzó la humareda. Las gomas del vehículo chirriaron al aumentar las fricciones contra el asfalto. En ese instante Manuel se desmayó.

La vela

El chorro de luz se abalanzó contra la vieja edificación. Orfilio regresaba de una visita a casa de Alfonso, el delegado de la circunscripción. Otra vez decidía reiterarle los graves problemas habitacionales y el peligro de un derrumbe con la llegada de la temporada ciclónica.

Su imagen reflejada en el espejo colgado en una de las paredes de la sala se distorsionó de repente. Un par de segundos antes, la luminosidad se había apoderado de todo el interior del inmueble.

El rayo consumió, en tiempo récord, la energía eléctrica. Las penumbras fueron degradándolo todo con la complicidad de una noche que se deslizaba, lentamente, por debajo del crepúsculo.

Melba, la anciana madre de Teresa acostumbraba todas las tardes a leer revistas de su época en los momentos de lucidez. Los síntomas de la demencia senil hacían mella en sus 80 años de existencia.

En esos instantes padecía los rigores de la enfermedad. Ni se enteró del relámpago y a raíz del trueno exclamó:

-Parece que ya empezó la batalla de Trafalgar, dijo en alusión al enfrentamiento naval ocurrido en 1805 entre buques británicos y una flota formada por navíos españoles y franceses. Durante su juventud había sido una destacada profesora de historia.

Ana, la hija de Teresa y Orfilio, estaba en la cocina preparando un caldo con vísceras de pollo y arroz. Todos esperaban con ansias la hora de la comida. Era sábado. El día elegido para degustar lo mejor que hubiera en las magras existencias alimentarias.

La semana anterior se habían comido los dos muslos del ave. Debían aguardar dos semanas para la próxima entrega de 16 onzas, de

carne o tripas, del animal que estuviese disponible en las dependencias afines que funcionaban bajo el patrocinio del estado.

El kilogramo de boniato estaba reservado para el domingo junto con la mitad de una cabeza de cerdo, regalada por un sobrino de Teresa, a la que darían una hora de cocción aproximadamente antes de servir la en la mesa compuesta por una ladeada circunferencia de madera y cuatro sillas plásticas donadas por un vecino que se marchó a Europa en un plan de reunificación familiar. Los condimentos se limitaban a tres dientes de ajo, una pequeña rodaja de cebolla y sal.

El ojo derecho, el pedazo de dentadura y una enrojecida porción de la lengua, serían separados antes de arrojar la pieza porcina en el agua hirviendo. Eso quedaba para un caldo que según Teresa, serviría para fortalecer las neuronas sanas de su madre.

Orfilio no atinaba a moverse. El repentino cese del fluido eléctrico había paralizado sus extremidades. Ni la disertación de la vieja Melba sobre el combate ocurrido en el Estrecho de Trafalgar, ni las exclamaciones de Teresa pidiendo protección divina en medio de la sucesión de relámpagos y truenos, incidían sobre la rigidez de su mirada y la parálisis del cuerpo. En instantes, se desvaneció. Nadie lo notó. El lenguaje de la tormenta tropical absorbía cualquier ruido.

Del cielo continuaban llegando los bramidos con sus respectivas reverberaciones. En cambio, las refulgencias de los relámpagos se reducían a medida que arreciaba el aguacero.

-Orfilio, ¿Dónde estás? —indagó Teresa con voz temblorosa, pero audible, desde el cuarto—. Todavía estaba envuelta entre la sábana. El sueño se había roto con el estallido que siguió al perturbador arco de luz.

-Oye. ¿Desde cuándo tú eres sordo? —añadió la mujer con un leve cambio en el tono con el que demostraba su molestia ante la desatención del marido—.

Desde la cocina Ana contestó: -Mamá, yo creo que el salió. Si no te responde, es lógico que no esté aquí.

-Mi hija, él es el que sabe dónde está la vela. Mejor dicho, el pedazo que queda. Ponerse a buscar ahora, no es fácil, dijo con la angustia reflejada en sus ojos miopes.

-Mamá, no te muevas del sillón, aconsejó elevando la voz en dirección a Melba y sin saber como bajarse de la cama ante el avance de la noche y el repiquetear de las gotas que el techo dejaba pasar.

Tanto en la sala como en el cuarto, las consecuencias de las filtraciones se manifestaban con meridiana exactitud. Entre las ranuras del piso de mosaicos verdes y amarillos se formaban pequeños ríos. El nivel subía a un ritmo acelerado que poco a poco cubría una extensión mayor de la casa.

El cuerpo de Orfilio se encontraba tendido a apenas a tres metros y medio de Melba. Sus ropas comenzaban a humedecerse. Tenía en derredor cinco goteras. Una estaba justamente encima de su rostro. La hebra de agua se dispersaba al chocar con el bigote.

Una leve inclinación evitaba que los orificios nasales se convirtieran en conductos para llevar los restos de lluvia hacia los pulmones. Después de impactar en la tupida masa de pelos negros y blancos que sobresalía debajo la nariz, el líquido se deslizaba por la mejilla hasta unirse con otros afluentes, cada vez más impetuosos.

El advenimiento de la noche antes de lo acostumbrado, ensanchaba los márgenes del temor. Para colmo el tono de las penumbras llegó a exhibir una negrura capaz de llevar a los extremos los síntomas de vulnerabilidad y desasosiego.

-Mamá, se fue el gas, advirtió Ana tras poner la cazuela sobre una de las dos hornillas del fogón. Con el anuncio del nuevo percance, la posibilidad de tener lista la comida a las 9 de la noche, se reducían al mínimo.

Las ausentes llamas de la vetusta cocina, además de recortar las esperanzas de compartir una cena placentera, según las deprimidas normas de consumo existentes, proporcionaban ventaja a las sombras en su afán por ocupar todo el interior del inmueble.

Apenas relampagueaba. La lluvia asumía el protagonismo absoluto de aquella noche con ánimos de insertarse en los ámbitos de lo sobrenatural.

-¡Ay Dios mío!, esto no es normal, expresó Teresa con desesperación.

-Oye, no veo nada, alegó Ana mientras se desplazaba a tientas rumbo al cuarto.

En la sala, Melba aconsejaba al Vicealmirante francés Pierre Charles Villeneuve en los minutos de una ilusoria tregua en el enfrentamiento con la escuadra naval británica comandada por el Almirante Nelson.

-Señor Villeneuve, por favor, no haga esa locura. Sus naves no podrán ganar la batalla. Usted debe retirarse inmediatamente. Melba hablaba, mesuradamente, con su imaginario interlocutor. Las recomendaciones al marino galo, dadas por la ex profesora, parecían tener lógica a pesar de los desvaríos provocados por la senectud.

El acento del monólogo expresado no tenía fallas. Cualquiera hubiese pensado que la octogenaria abuela era oriunda de París. Podía comunicarse perfectamente en tres idiomas: francés, inglés y ruso.

Los pasos de Ana creaban un sonido peculiar producto del nivel del agua que desde las alturas caía sin cesar. En el pasillo había una leve ondulación donde la lluvia se empozaba. Ana debía redoblar los esfuerzos para avanzar. En este segmento de la casa la acumulación de las precipitaciones superaba los cinco centímetros.

-Ana, no chapaletes tanto. Eso me altera más de lo que ya estoy, dijo Teresa en el momento de abandonar la cama.

-Mamá, que tú quieres que haga. La respuesta denotaba irritación. Una de las chancletas quedó sepultada bajo la masa líquida en el instante que la joven se esforzaba en colocarse junto a su madre.

Agachada, Ana palpó sin éxito, el piso anegado. Sus dedos no se toparon con nada parecido al calzado plástico que a pesar del prolongado uso le sentaba muy bien. Solía manifestar su total preferencia por aquel par de chancletas compradas en una rebaja de fin de año.

Volvió a tantear y nada. Su mano derecha se desplazaba de un lado a otro. Sólo consiguió crear un remolino provocando el desbordamiento del contenido del charco.

El movimiento creado a partir de la fracasada búsqueda culminó en una pequeña ola que se deshizo en los pies de Teresa.

-¡Ay!, exclamó la agraviada mientras se reponía del susto. Aparte de los tobillos, también las rodillas habían sido alcanzadas por el impacto. El borde inferior del short que terminaba en las rodillas estaba empapado.

-¡Qué fría está esa agua!, declaró la esposa de Orfilio con la piel erizada y dejándose caer en el borde la cama.

-Fue sin querer. Es que se me cayó la chancleta en el hueco del pasillo y trataba de encontrarla, decía Ana mientras movía ambos brazos, de arriba abajo y de abajo a arriba, con tal de guiarse y evitar un tropiezo. La visibilidad era nula.

Los puntos de referencia eran las paredes del pasillo sobre las cuáles se había apoyado para llegar al cuarto. Con lentitud, se acercaba a la cama convertida por su madre en una especie de trinchera desde donde combatir la virulenta noche que parecía el interior de la boca de un lobo.

Por fin las dos mujeres pudieron juntarse. Ana llegó por el otro lateral del camastro. Se dejó caer con satisfacción. Aunque no se veían, podían sentir a través del tacto y a la articulación de la voz, la complacencia de una unión real con que fortalecerse mutuamente.

-¿Tú tienes idea de donde tu padre guardó el mocho de vela?, preguntó Teresa.

-De veras que no sé. Creo que le oí decir que lo iba a guardar en el fondo de la maleta de las herramientas, pero no estoy tan segura, expuso Ana

-No tenía que ser tan meticuloso a la hora de hallar un lugar más seguro. Aunque a decir verdad la culpa es mía. Debí pedirle detalles. Ponerse a buscar en esta oscuridad es como empeñarse en encontrar una aguja en un pajar, indicó la ama de casa que pronto cumpliría 30 años de casada con Orfilio.

-No tenemos otra opción. Vamos a bajarnos de aquí y empezar a buscar con mente positiva, le propuso la hija haciendo un ademán devorado por las tinieblas. Los muelles del colchón indicaron los pormenores del gesto que antecedería a un mancomunado propósito: ir tras el trozo de vela escondido en algún rincón de la casa invadida por las densas brumas de una noche inusual, irreverente, impúdica hasta los tuétanos.

La acción para dejar la cama tuvo a la pereza como característica principal. El miedo anesthesiaba el cuerpo. Sin embargo, tenían que comenzar la búsqueda por puro mandato de una noche implacable-

mente negra y a merced del ímpetu de los nubarrones paridos por la tormenta.

Ana decidió descalzarse el otro pie. Así podía controlar mejor los pasos entre la masa líquida en continuo crecimiento. Pudo comprobar que sólo faltaban quince centímetros para que las rodillas quedaran sumergidas.

-Mamá, ¿por dónde tienes el agua?, indagó.

-No te preocupes, por ahora no me voy a ahogar, bromeó Teresa.

Las dos damas iniciaban un complicado sondeo con la ilusión de conseguir quitarle el poder absoluto a la desgracia elaborada con lluvias y sombras.

-¿Tienes los fósforos, no? La pregunta escondía un sentido afirmativo, como quién inquiere sobre algo obvio.

Ana se inquietó. La caja de cerillas estaba sobre una mesita de hierro situada frente a la cocina.

-No te preocupes. Voy a buscarla, anunció sacando el pie derecho del agua. Sería el inicio de un recorrido mucho más escabroso por el inusitado aumento del caudal de aquel riachuelo alimentado por las goteras.

Al pisar el bajío del pasillo, estuvo a punto de caer de bruces. Una maniobra con el torso y los brazos evitó que terminara zambullida.

Al recobrar el equilibrio, prosiguió la marcha. Sin advertirlo, se fue más allá del sitio prefijado. El tacto era la brújula. No era posible auxiliarse con otros instrumentos para determinar la exactitud del rumbo. Finalmente, logró corregir el error y entró en la cocina. Estiró la mano. Mientras repasaba la superficie de la mesita con la yema de los dedos, empujó la cajetilla hasta el borde. Una torpe sujeción con el índice y el pulgar culminó con el descenso del pequeño envase hasta el agua.

Casi junto con el sonido que precedió el hundimiento de la cajetilla, sintió una fuerte sacudida en ambas piernas. La agitación originó un torbellino de salpicaduras que cubrieron el resto de los productos colocados sobre el tablero metálico. Había réplicas de aquel sorprendente evento en su cara. Las gotas corrían por las mejillas y se descolgaban del mentón hasta fundirse con el creciente almacén de precipitaciones que crecía minuto a minuto.

En la sala, Melba seguía enfrascada en su mundo, ligado a los principales personajes de la batalla de Trafalgar. Ahora le contaba al Almirante Nelson sobre un presunto viaje que había realizado a Egipto. Cuando le parecía, reemplazaba esos relatos con exhortaciones a no reiniciar las hostilidades.

-Lord, la paz es lo más sensato. Villeneuve está de acuerdo en mantener el armisticio. Creo que sería prudente que aceptase la propuesta —Melba, en su papel de mediadora en el conflicto bélico, se desenvolvía de maravillas—.

Quien, sin verla, escuchara sus palabras corría el riesgo de apostar a favor de la veracidad de la escena. Los términos empleados en el imaginario arbitraje, el desarrollo de las exposiciones y la correcta modulación del lenguaje, diferían del verdadero estatus mental de la anciana confinado al universo de la enajenación. Su vasta cultura sobresalía en cada intervención del asunto que tomaba como base para armar alguna historia donde aparecía junto a ilustres figuras de la historia universal.

En la casa la dejaban por incorregible. Entrometerse en sus desvaríos mentales con el propósito de darle fin, era peor. La abuela se ponía furiosa y comenzaba a ofender a diestra y siniestra con un tropel de groserías, que por su naturaleza abochornaban al resto de la familia.

La vieja Melba tenía las piernas sobre un travesaño de madera de forma cilíndrica que sujetaba ambas partes del sillón. Desde esa posición disertaba con sus camaradas Villeneuve y Nelson.

Inconsciente, Orfilio flotaba bocarriba. Su cuerpo acababa de chocar con la parte delantera de la mecedora.

El impacto produjo un discreto deslizamiento del mueble que Orfilio había confeccionado con esmero, a partir de sus experiencias como carpintero ebanista.

Al sentir el contacto, la anciana se inclinó estirando uno de sus brazos para palpar algo que la oscuridad escondía con esmero.

Acto seguido dio la voz de alarma ante lo que presumía fuera uno de las bajas mortales de la remota batalla naval.

-¡Aquí hay un muerto!, notificó tres veces.

-¿Será francés, español o inglés?, interiorizó antes de articular otros avisos.

Ana junto a su madre trazaba un plan de búsqueda que diera al traste con el trozo de vela.

-Tú ve al closet, yo registraré en el escaparate, enfatizó como si previera de antemano un resultado positivo.

En los sitios designados para comenzar las pesquisas, ninguna encontró rastros del objeto perdido, tan imprescindible en aquella lobre-guez que parecía infinita.

Ana enrumbó sus pasos hacia la sala. Teresa le seguía detrás. Casi todas las pertenencias flotaban. Otras yacían en el fondo. El agua se acercaba a la ingle. Los llamados de Melba se sentían más cercanos.

La mano haciendo giros en el aire chocó con un objeto desconoci-do. Ana sin quererlo, tratando de orientarse en la oscuridad, había tumbado algo que sostenía Melba.

-Oye Nelson, déjate de falta de respeto —La madre de Teresa esta-ba enojada con el supuesto interlocutor de la Armada inglesa—.

-Oiga yo no me imaginaba que usted tenía esos modales. Quitar me de esa manera mi dulce favorito, decía cada vez más encolerizada.

Desde la aparición de los desajustes psicológicos, Melba sentía pre-dilección por las velas. Las degustaba con deleite.

Ese trozo que ahora nadaba sobre el agua, cerca del cadáver de Or-filio, era el resto de una frustrada deglución.

El occiso las escondía, desde entonces, en la parte más recóndita del escaparate. Melba había diezmado las existencias del producto. Aquel-los siete centímetros de cera era lo que quedaba en virtud del voraz apetito de la antigua jefa de cátedra de historia.

El rostro de Ana se deformó con una mueca. Teresa se llevó la pal-ma de su mano derecha a la frente en señal de preocupación.

Con la brusquedad del golpe, la vela quedó fuera del alcance de madre e hija. Con el vaivén del agua, aumentado con los pataleos de Melba enfrascada en una pelea con su ficticio agresor, la pieza se ale-jaba rápidamente al lado del pañuelo de Orfilio.

Las dos mujeres perdieron el control. Blandían sus brazos como re-mos en una desesperada búsqueda.

Ana pegó un grito de terror. Sin proponérselo, una de sus brazadas encima del agua terminó en la cara de su padre.

El aguacero no se aplacaba. Teresa no atinaba a articular ninguna frase. Tenía los ojos desorbitados. Los latidos del corazón repercutían en todo el cuerpo.

En esos instantes, sobre su mar de preocupaciones a floraba una pregunta: ¿Por qué nunca aprendí a nadar?

Un relámpago alumbró la escena. La palidez de Orfilio le produjo el desmayo. Cayó hacia atrás.

Ana estaba petrificada. El susto le había puesto varios kilogramos de plomo en las piernas.

La ley y el orden

El locutor leía despacio y en un tono asequible a todos los oídos. El mensaje abría la programación que comenzaba a las 6 de la mañana. Al cierre —ocho horas después— volvía a repetirlo con la parsimonia de siempre, como para que nadie se olvidara de su estricto cumplimiento.

La transmisión era en cadena. Mucha gente no prestaba la debida atención. Ya conocían de antemano las características del aviso que enfatizaba, en los tres últimos párrafos, las penas contra los infractores.

Sin embargo había que tener los equipos, de radio y televisión, encendidos. Ernesto por atreverse a bajar el volumen de su pequeño radiorreceptor, había tenido que pagar una multa de 60 dólares a pagar en 6 meses. No le quedó otro remedio que sobrevivir de la caridad de los vecinos. En la panadería donde laboraba el salario que percibía cada mes constituía la sexta parte de esa suma.

-Nancy, eso no se oye. Mira que si nos pillan nos vamos a morir de hambre, le dije a mi esposa sacudiéndola por el hombro.

De su lado, sobre una mesita estaba el equipo. Ella alargó el brazo e hizo que la voz del locutor inundara la habitación. El televisor en blanco y negro estaba roto.

Miré a la pared sentado sobre el borde de la cama y suspiré con alivio. Con el tiempo había logrado dominar la repulsión que sentía al escuchar aquella sucesión de palabras emitidas con un despiadado entusiasmo. Algunas veces sellaba con un par de tarugos, hechos de cartulina, los orificios de la orejas. Esta solución no era la ideal. La voz

tenía un registro capaz de traspasar cualquier material de los utilizados para evitar el paso del sonido. Es cierto que el nivel de audición disminuía, sin embargo, el mensaje repiqueteaba en los tímpanos con una intensidad ligeramente inferior a la campana con la que anunciaban el entierro de los ejecutados.

-¿La horca o El Instituto?, así le preguntaron a Marcial en las conclusiones del juicio que enfrentó por no amortiguar el eco de uno de sus eructos. Padecía de problemas digestivos que le ocasionaban una regular expulsión de gases.

Recuerdo que titubeó. Pero al final se fue al imponente edificio donde la cifra de internados nunca bajaba de tres mil. Hombres y mujeres, tras un internamiento de 3 meses, salían repitiendo consignas y con un fusil de madera a la búsqueda de enemigos del pueblo.

Allí se convertían en fieles soldados al servicio del orden público. Apenas dormían.

Por cada transgresor que llevaran al tribunal, recibían minúsculas porciones de las píldoras para el restablecimiento del equilibrio mental. La recuperación total se producía, generalmente, en un lapso de cuatro años y medio.

El tiempo de espera para volver a recobrar la personalidad propia podía acortarse a partir de una fecunda actividad policial que reportara un buen número de capturas, pues la fracción del medicamento regenerador de las neuronas aumentaba de acuerdo a la eficiencia para detectar culpables.

Al margen de los plazos para la rehabilitación, las secuelas se evidenciaban en la disponibilidad para la delación y otros asuntos tendientes a conservar el orden y la tranquilidad ciudadana. Los egresados del Instituto constituían las tropas élites del país. A un lado quedaban sus intereses personales y el amor a la familia. Su fidelidad reposaba sobre la Carta Magna leída antes de finalizar la programación del día.

Después del pobre Marcial, vinieron otras víctimas acusadas de diversos delitos.

Todo el pueblo debía participar en la vista oral. Quedarse dormido en algún instante del proceso estaba entre la larga lista de actos indig-

nos. La somnolencia se castigaba con una bofetada. El inculpatado terminaba sin conocimiento sobre el piso de mármol.

Goliat tenía la palma de las manos erizadas de callos. Su entrenamiento consistía en golpear sobre una plancha de hierro durante dos horas consecutivas día por día. Si el destinatario quedaba con capacidad para incorporarse, él perdía el lucrativo empleo. Por su desempeño cobraba 8 dólares per cápita.

El hecho de que los juicios tuvieran lugar por la madrugada le facilitaba ganancias muy lucrativas. El día anterior, el que también era conocido como manos suaves, había sorprendido a 23 dormilones. Entre los castigados hubo 10 hombres, 6 mujeres y 7 adolescentes. Para los más chicos la represalia se fundamentaba en 15 planazos con un tablón de madera, dirigidos con minuciosa puntería, a la parte más profunda de la espalda. En un período de entre 7 y 14 días les resultaba imposible sentarse.

El ardor en las ampollas destruía las ilusiones de un sueño reparador y obligaba a los infantes a andar con unos pantalones previamente diseñados para el tiempo que duraban las supuraciones y la sensación de tener fuego en la zona afectada. De la parte superior de la abertura hecha al pantalón colgaba un pedazo de tela de mosquitero que permitía una entrada más abundante de aire. Las nalgas nunca recobraban la lozanía anterior al azote. Al término de la convalecencia exhibían decenas de magulladuras y un color negruzco que espantaba. Las huellas eran imperecederas.

Podíamos comprobarlo cada 45 días. Cada niño sometido a estas correcciones estaba obligado a realizar un acto de arrepentimiento delante de la muchedumbre y a continuación mostrar, durante un minuto, el trasero con sus hendiduras y esos tonos que daban lugar a las náuseas.

Cuando el locutor terminaba su transmisión, una joven sobriamente peinada y con una blusa verde olivo con botonadura de metal, ponía en perspectiva un resumen de los discursos del Presidente pronunciados durante la semana. Debía leer con cierta rapidez, de lo contrario no le daba tiempo cumplir con sus obligaciones.

El máximo representante de la nación disertaba, de lunes a sábado, sobre varios temas.

La mujer enfrentaba un desafío de envergadura. La última intervención de esa semana se había prolongado por 8 horas y media. Ese domingo el horario de transmisiones se extendía por diez horas, pero el espacio otorgado para realizar su trabajo no podía exceder los ciento ochenta minutos.

“...no se desesperen, muy pronto cada miembro de todas las familias podrá disponer de una computadora Pentium 5 y servicio de Internet gratis las 24 horas del día”, así se expresó nuestro líder, aseguraba la locutora remarcando las frases como si quisiera aumentar la credibilidad de lo expresado por el principal dirigente de la nación.

Más adelante, exponía lo expresado en relación a la inminente superproducción de chorizos y los adelantos biotecnológicos, gracias a los cuales las espinas de los cactus serían convertidas en tabletas de chocolate.

-Todavía estamos esperando que por el grifo salga leche de vaca en vez de agua, como lo prometió hace cinco años, expresé deseando que ocurriera el milagro.

El café, en solitario, me tenía el estómago acabado. Para atenuar la irritación le agregaba mayor volumen de agua y poca azúcar. Dirigí mis pasos a la cocina y comencé el acostumbrado ritual para el desayuno.

Al destapar el pomo, el olor de la cafeína me produjo una sensación de éxtasis. Ese momento lo disfrutaba como algo mágico. El aroma me ponía a salvo de aquel compendio de frases históricas, augurios paradisiacos, morfología de los huracanes, nuevas técnicas para el encantamiento de serpientes y orígenes del agua tibia, entre una prolífica exposición temática expresada por el Presidente en cada una de sus intervenciones.

La mujer buscaba la manera de sintetizar sin dejar fuera todos los tópicos abordados en las prolongadas alocuciones. Por momentos su dicción se tornaba errática. Abreviar los kilométricos discursos en apenas tres horas implicaba un atropello sintáctico que hacía naufragar la efectividad de lo expresado. La locutora sudaba copiosamente. Quizás temía enfrentar alguna acusación al concluir su trabajo, por desnaturalizar la esencia de la visión del mandatario.

-Mi amor, me avisas cuando esté listo el café, me dijo Nancy girando el cuerpo hacia el lado apuesto. Aún remoloneaba sobre la cama.

Escuché sus palabras como si hubieran sido expresadas desde un punto bien distante. Continuaba atrapado en aquella fragancia que partía del pomo casi vacío. Sólo atinaba a disfrutar, al máximo, unos segundos de placer. Aspiré nuevamente, pero esta vez tan cerca de la entrada del recipiente que parte del polvo se me coló por la nariz.

De repente me asaltó una crisis de tos que no podía detener.

-¿Qué te pasó?, preguntó Nancy, incorporándose.

No podía responderle. Me acerqué y a la medida de las posibilidades le di las instrucciones para que me golpeará la espalda con el objetivo de remediar las consecuencias de haber inhalado tan fuerte.

Gradualmente fui retornando a la normalidad. No sé si gracias al auxilio de Nancy, pero al fin podía dar uso a las cuerdas vocales.

-Acuérdate que hoy van a proyectar tres películas de un tal Charlie Chaplin. Las palabras me salían con algunas deformaciones a causa del percance en las vías respiratorias.

-Tenemos tiempo, me contestó Nancy.

-Dicen que es el mejor comediante que ojos humanos han visto, dije completamente recuperado y parafraseando a un navegante español del siglo XV que al descubrir una isla en el Caribe había considerado tener ante sus ojos algo así como el jardín del Edén.

Recuerdo que ocupamos un par de asientos en la primera fila. La pantalla de diez metros de largo y cuatro de altura daba la sensación de que Chaplin nos caería encima.

Primero fue La Quimera de Oro, después Tiempos Modernos y para cerrar la trilogía, El Gran Dictador. Los tres filmes resultaron un bálsamo.

El espacio para la distracción había llegado tras el paso de un trimestre. Cuatro veces al año se podía acceder a la diversión. Aquello de traer una muestra cinematográfica era una novedad. Todos esperábamos, como siempre, a la compañía circense con su elenco formado por dos equilibristas, un mago y un payaso que con su mímica no lograba arrancar ni la mitad de una sonrisa. Después nos habíamos enterado que era un verdugo jubilado que procuraba olvidar su largo historial en el cadalso, tratando de hacer reír a la concurrencia.

Las carcajadas semejaban truenos. Charlie Chaplin dejaba exhausto al público con sus gestos caricaturescos, la ingeniosidad en la manera de asumir los diferentes roles y el atuendo estrafalario que le imprimía al personaje un sello imborrable.

Esa noche se durmió a plenitud. Los sueños se aderezaron con un humor auténtico y que se sujetaba a la memoria con un agarre perfecto.

Al amanecer, el locutor leyó el habitual documento. Pasados los quince minutos, el Presidente comenzó el sermón. Esta vez sería sobre la importancia del nudo de las corbatas, la abstinencia sexual de los mosquitos y el porqué de la temprana maduración de los mangos.

Una risotada entró como una tromba por la ventana. Apenas se apagaba, otra le seguía completando una acción casi sin pausas

-¡Bravo, Chaplin!, ¡Bravo, Chaplin!, decía Plutarco casi sin aire a causa del ataque de risas. Miraba con dificultad hacia la pantalla del televisor, donde el Presidente disertaba con aires mesiánicos. En medio de las contorsiones provocadas por su descontrolada alegría, encontraba fuerzas para elaborar unos aplausos casi inaudibles. Mi vecino fue ajusticiado la siguiente madrugada.

Después de reparado el televisor, todos los días veíamos a Chaplin. Plutarco no estaba errado en sus percepciones. Le faltó dominio para contener la risa. Su muerte nos ayudó a aumentar las precauciones. De no haberlo hecho así, ¿cómo habría podido contar la historia?

Porte y aspecto

El armario se estremeció como de costumbre. Pensé que sería el final de aquel mueble de madera donde el comején había hecho innumerables nidos y pasadizos con un sentido magistral de la ingeniería.

Crujía con cada zarandeo a partir de la perentoria necesidad de abrirlo. El carril por donde se deslizaban las dos puertas estaba mordisqueado —hasta la saciedad— por la perfecta dentadura del tiempo.

Era necesaria la fuerza bruta para concretar el acceso a las prendas de vestir. El balanceo producía un sonido aterrador. Todas las energías contenidas en los músculos las invertía en esa acción con tal de conseguir mi objetivo lo antes posible.

Las puertas se resistían, pero a medida que iba aumentando la potencia del agarre y el brío de los empellones, se resignaban a aceptar la derrota.

Como una muestra de cobardía y sometimiento, en los segundos posteriores al fin de las hostilidades, ambas planchas de madera se deslizaban por el delgado raíl como si nada hubiese sucedido. Esas muestras de sumisión se convertían en satisfacciones reflejadas en un rostro cubierto por una delgada película de sudor y adornado con la sonrisa de los vencedores.

Los términos de la humillación eran inaceptables. El armario debía ser sometido cada mañana. ¿Cómo un viejo armatoste iba a resistirse a mi voluntad? Tenía que ser subyugado sin contemplaciones.

Amaba esta lucha, tanto como el café serrano con sus mágicos efluvios. Al oler el vapor proveniente del néctar de color marrón me asaltaba el éxtasis. Con los ojos cerrados me daba un chapuzón en las pla-

yas de Hawaii, me convertía en un visitante del Museo del Louvre, también desde el mirador de la Estatua de la Libertad movía ambas manos y expresaba algo ininteligible. Me mostraba gozoso y encantado de estar en el punto culminante de una de las obras arquitectónicas más conocidas del mundo.

Saboreaba el contenido sin apuros. Quería alargar el periplo y darme una escapada hasta el Big Ben. Por más que me esforcé, nunca pude llegar a Londres. El día que me disponía a cruzar el Canal de la Mancha, una mosca le dio por intentar la continuación de su vuelo por los estrechos laberintos del oído derecho.

Recuerdo que con el susto, lancé la taza contra una de las paredes del cuarto. Nunca pude satisfacer ese deseo. La calidad del café se fue degradando.

Dicen que lo mezclaban con semillas de ajonjolí, grafito y tierra seca de los fértiles campos de Buey Manso, un pueblito rural conocido por sus excelentes cosechas de frutas y legumbres.

Al aspirar el nuevo aroma, los viajes más recurrentes eran a las chozas de los hutus ruandeses, a las cárceles de Corea del Norte y por último a los baños del Hospital Ortopédico Tulio Almoneda, ubicado en las afueras de la Ciudad de Habana con sus inodoros generosamente abastecidos y la papelería usada en cada evento fisiológico describiendo un clásico cerco en el perímetro del trono que una vez fue de color blanco.

Desde entonces, preferí beber té negro y en su defecto agua caliente con azúcar. Siempre con los ojos bien abiertos, por temor a caer en esas zonas infaustas.

Decidí resistirme a soñar despierto a partir de las amargas experiencias. Sorbía las infusiones con la atención puesta en cualquier objeto del escaso mobiliario. Es cierto que resultaba aburrido, pero era mejor así. No sabía hacia dónde me llevarían el éxtasis producido por el té o ese otro compuesto desprendido de esas frondosas plantas que crecen en los terrenos de la insuficiencia.

Ese viernes me había despertado con muy pocos deseos de emprender el camino a la universidad. Las tres horas y media de sueño, empequeñecían la dimensión del deber magisterial. El cuerpo pedía otros doscientos diez minutos de descanso.

Al sonar el reloj se estableció una lucha entre la obligación de ir a impartir las clases de filosofía marxista y el interés de permanecer sobre la cama, de lado y en posición fetal, con la sábana enrollada a todo lo largo del cuerpo.

-Me conformaría tan siquiera con un par de horas más —pensé en uno de esos momentos de lucidez que logran escabullirse de la modorra—.

Al voltarme apreté los párpados. Buscaba aclarar la mirada con el objetivo de observar la hora exacta. El viejo reloj de pared daba las cinco con 40 minutos. Le había robado diez minutos al tiempo, después del sonido de la alarma.

Este despojo obraba en mi contra. Debía acelerar las habituales funciones, de lo contrario llegaría tarde al Centro Nacional de Arte. Así se denominaba la única institución del país donde los alumnos —previa selección acorde con su nivel vocacional— podían cursar estudios superiores en todas las ramas artísticas.

Pasados cinco minutos me incorporé dando tumbos y con los ojos semicerrados. Frente al inodoro hacía lo indecible por mantener el equilibrio. El primer chorro de orina chocó contra el borde de la pieza sanitaria. Las gotas se incrustaron en la parte inferior de la sábana, todavía rodeándome el torso hasta terminar a la altura de las rodillas. A los empeines de ambos pies también llegaron las salpicaduras.

Mascullé una reprensión al sentir el pertinaz goteo en la piel. Mi vejiga continuaba desbordándose a través de la uretra con un ímpetu sólo comparable al de una cascada.

Sentí un deleite inconmensurable mientras discurría la prolongada micción. Al terminar me pareció que había perdido varios kilos de peso. Accioné el interruptor y procedí a cepillarme los dientes.

De nuevo en la cama, pero sentado y terminando de coordinar el orden de las acciones por hacer, recordé que habría una visita del Ministro de Cultura y otros funcionarios de alto nivel. Irían para supervisar y posteriormente valorar la calidad de la clase.

-Hoy me pondré el traje negro de lino, la camisa blanca de muselina y la corbata de seda china ¡Qué remedio! Poco a poco ultimaba los detalles de la manera en que me vestiría para aquella ocasión.

Nueve trajes, nueve camisas y nueve corbatas colgaban en las perchas alineadas en el travesaño del armario. Todo nuevo y confeccionado por hábiles sastres.

Los viernes parecía un magnate. Desde que salía de la casa, observaba con disimulo cómo los vecinos celebraban, algunas veces con indiscreción, mi elegancia.

En la escuela, los alumnos no paraban de comentar sobre mi buen gusto al vestir. Los profesores hacían otro tanto, salvo dos o tres atrapados entre las redes de la envidia.

Los últimos viernes de cada mes estrenaba traje, zapatos y de ser posible, joyas de oro. Desde febrero cumplía con algo que podía calificarse como un ritual. De veras que lo disfrutaba sobremanera.

Precisamente parte de aquella madrugada la había invertido en lograr mis propósitos. Por primera vez no iba a poder cubrirme con un módulo nuevo. Noviembre terminaba y no me quedaba otro remedio que elegir algunas de las prendas usadas en meses anteriores.

Pánfilo, el habitual suministrador, no había podido conseguir los productos a tiempo.

-Tienes que esperar hasta la semana que viene —me dijo aquella madrugada—.

-¿Qué? Oye, esto es serio. Voy a tener que buscar alternativas. Pensé que podría cubrir noviembre y diciembre, pero veo que no hay seguridad en eso.

-Recuerda que para fin de año quiero dejar boquiabierto al vecindario, al claustro y a los 1500 alumnos de la escuela —le advertí—.

-Chico, el problema es que no ha entrado nada que valga la pena. No me gusta venderte cualquier cosa. Yo respeto mi trabajo.

-Bueno, espero que no se repita lo mismo. No te olvides de ahora en adelante voy a pagarte un poco más, le recordé antes de emprender el camino de regreso a la casa.

Eran las dos de la madrugada. Desde la cama, unos minutos antes de quedarme dormido, pasé revista a los acontecimientos del día precedente y a esbozar los detalles de la clase que sería inspeccionada por la comitiva ministerial.

Cuatro horas más tarde, estaba a punto de dirigirme hacia el armario y comenzar con el traqueteo.

Después del breve capítulo de lucha grecorromana, la puerta cedió. Entre las penumbras que competían con el débil fulgor de la bombilla fluorescente, adiviné sin mucho esfuerzo, el lugar del traje negro, la camisa blanca y la corbata amarilla con rombos grises. Todos colgados en la misma percha.

De los nueve pares de zapatos alineados en la base del armario, escogí unos de piel de cocodrilo que había usado en el mes de marzo. Sentía una especial predilección por aquel par de piezas que adquirían un brillo angelical con tan sólo cinco o seis frotaciones. Además tenían una inscripción en el interior del contrafuerte.

C.J.S. Ésas eran las letras trazadas sobre el cuero en las que casi siempre me detenía por su perfecta caligrafía realizada con caracteres tipo Bodoni.

Antes de acicalarme tomé el té acompañado de un pan con aceite, ajo y sal. A cada mordisco le seguía un trago de la humeante infusión.

Comí con fruición el modesto desayuno. El hecho de haber pasado por alto el horario de la comida en la noche del jueves, permitía que aquella combinación fuera reconocida por mis papilas gustativas como el manjar que no era. El pan me parecía, que en vez de la grasa saborizada, encerraba lascas de jamón, queso amarillo y ketchup.

Al concluir la ingestión coroné mi complacencia con un suspiro. De la mesa me dirigí a la cocina. Dejé sobre la meseta cubierta de mosaicos, el jarro de aluminio con restos diminutos de té en el fondo y procedí a ataviarme con la indumentaria escogida.

A las seis y cuarenta y cinco ya estaba saliendo de la casa. Al doblar en la primera esquina me crucé con Joseíto, el viejo que reparaba encendedores. Iba para su puesto de trabajo situado entre las columnas de los portales de una semiderruida edificación utilizada —en el pasado— como un comercio estatal dedicado a la venta de productos del agro por la tarjeta de racionamiento.

Ahora era un local abandonado a causa de las filtraciones. Hacía seis meses que las autoridades a cargo de los asuntos de arquitectura y urbanística habían clasificado el inmueble en la categoría de inhabitable.

-Buenos días. Se nota que es el último viernes de octubre. Hace dos meses que prometió explicarme el porqué de vestirse así un día específico. La curiosidad me va a matar. Por más que me esfuerzo por desentrañar el asunto, no encuentro entre mis neuronas una respuesta convincente. ¿Por qué viernes y no un lunes o un jueves? —Joseíto sacaba a relucir el tema en un momento inoportuno—.

Miré el reloj de pulsera como una manera de deslizar entre su farragosa oralidad mis necesidades de abandonar la escena.

Aparte de no tener ningún deseo de abundar sobre mi costumbre, el tiempo apremiaba. Antes de las siete y treinta debía estar frente al marcador de tarjeta que certificaba la puntualidad de cada uno de los 40 profesores.

-Joseíto, no es el momento de poder complacerte. Es cierto que tengo una deuda contigo, pero no te desespere. En estos días estoy complicado. El lunes próximo puntualizamos cuándo y dónde nos vemos para charlar con calma.

-No te demoro más. Espero, más temprano que tarde, contar con la oportunidad de saciar mis ansias de conocer tus motivaciones para darle curso a esos hábitos tan originales. Quiero que perdones mis impertinencias. Es que hechos de esa naturaleza me devuelven a los años en que era el antropólogo principal de la Academia de Ciencias.

-No te preocupes. Hasta pronto —Con estas palabras le puse fin a un diálogo que contenía sobrados elementos para catalogarlo como un interrogatorio—.

La marcha hacia la calle Almendares donde tomaría un taxi se frustró con el estrépito de una caída.

Joseíto estaba desparramado sobre la acera. Sin pensarlo dos veces, acudí en su auxilio.

El viejo había perdido el conocimiento. Traté de revivirlo con unas palmadas en las mejillas, sin éxito. Un grupo de vecinos se reunieron alrededor del incidente. Todos daban dispares opiniones sin que ninguna recibiera la debida atención.

-Vamos para el hospital. Elsa su esposa emitía la orden. Estaba al borde del llanto, cuando después de abrirse paso entre la veintena de

personas pudo tocar a su marido, proferir un largo lamento y demandar el urgente traslado al centro médico más cercano.

Con la sugerencia expresada en el tono de un ultimátum me vi precisado a cargar a Joseíto.

Uno de mis antebrazos le servía de espaldar. Junto con el sudor frío que emanaba del cuerpo desmadejado percibí una voz interior que me recalcaaba dos palabras: deber y caridad.

Sin que nadie lo percibiera miré de soslayo hacia la esfera del reloj mientras acomodaba al viejo en el hombro derecho.

La información recogida me hizo tragar en seco. Faltaban dos minutos para que una de las manecillas se detuviera en el número uno. La otra afortunadamente continuaba apuntando al siete.

Tenía menos de media hora para compartir el acto de filantropía con la obligación de terminar el mes sin ausencias, ni llegadas tarde.

El torso de Joseíto oscilaba bruscamente en mi espalda. Recuerdo que redoblé el agarre de sus piernas ante el temor que se me fuera a resbalar. Una de las solapas del traje estaba ligeramente desgarrada. Los zapatos apenas le quedaban rastros de brillo.

En la carrera de aproximadamente cien metros para alcanzar la vía donde transitaban los vehículos, había tenido que atravesar un solar yermo, un huerto escolar y un desagüe de aguas albañales.

En la punta y en los laterales de ambas piezas de cuero exquisitamente manufacturadas, sobresalía los polvos de un viejo derrumbe, la tierra que albergaba una docena de plantas ornamentales en el frente de la secundaria y los viscosos fluidos despachados por la tubería quebrada.

Elsa, ni por asomo, podría imaginar mis angustias. Su marido continuaba inconsciente. Esa realidad inundaba sus pensamientos. Yo era un simple eslabón. Un actor emergente en una historia con posibilidades de un final trágico. ¿Estaría muerto Joseíto?

La pregunta sobrevino en el momento de abordar el automóvil. El hombre no volvía en sí.

A las siete con diez minutos las que murieron fueron mis esperanzas en salvar de las deficiencias mi hoja de servicios.

Ni me atreví a conjeturar a qué hora estaría cruzando el umbral de la escuela. De seguro se rompería mi impoluto record de no tener ausencias, ni tardanzas durante los veinte años de vida laboral dedicada a la pedagogía.

Eran las diez de la mañana cuando me personé en el aula. Mi imagen exponía en toda su dimensión el drama por el que acababa de pasar. Las explicaciones no rebasaron lo meramente protocolar.

El ministro con sus acompañantes ya se habían marchado. El director del centro convino en aplazar la inspección para el último viernes de noviembre.

A las nueve el médico de guardia decretó la muerte de Joseíto. Un infarto del miocardio fue el causante del deceso.

Ese mes no cobraría el estímulo en dólares por el fatal retraso. Con ese disgusto tuve que dar la clase correspondiente al plan de estudios del año.

Los alumnos se lamentaron con lo ocurrido. A casi todos les chocaba verme desaliñado el último viernes del mes de octubre.

El martes siguiente, al anochecer, sonó el teléfono.

-¿Quién?, pregunté.

-Es Pánfilo.

-Ah, dime.

-Tengo algo bueno para ti. Ven a la hora de siempre.

-Allí estaré sin falta. Con la afirmación colgué y me dispuse a terminar los espaguetis que aún hervían en la cazuela.

A la una y treinta de la madrugada estaba en el lugar previsto. Toqué con suavidad en el inmenso portón.

Pánfilo me invitó a pasar. Nos encaminamos hacia la casucha de madera donde vivía. De un improvisado closet sacó un traje negro adornado con delgadas hebras plateadas, una corbata roja también con filamentos refulgentes y un par de zapatos italianos de lujo.

-Lo prometido es deuda, sentenció el tradicional suministrador.

-¿Cuánto es?, indagué.

-Dame 25 dólares, contestó lacónicamente.

-No voy a poder pagarte todo ese dinero. Tuve un problemita en el trabajo y este mes no me van a pagar la estimulación en dólares. No

obstante en diciembre liquidaré las cuentas y como lo prometido es deuda también recibirás un extra.

-Está bien. No hay problemas, expresó Pánfilo en completa conformidad.

Eché la mercancía en el maletín con prontitud. Deseaba perderme cuanto antes de aquel lugar. Ya afuera del cementerio me sacudí las manos como pude y suspiré con alivio.

En el camino trataba de olvidar la resuelta disposición de Pánfilo para desvalijar los cadáveres que enterraba cada día.

Un gato negro me puso los pelos de punta. El pequeño felino me pasó por delante como una centella. Sentí deseos de correr, pero no lo hice. Pude poner el miedo bajo control.

Acorralados

Tres golpes acabaron con el silencio. Los nudillos impactaban levemente sobre la puerta de cedro. El hombre miró al techo tras terminar la acción. Esperaba una respuesta del otro lado, pero no le quedó más remedio que elevar la fuerza de los contactos. Ésta vez fueron cuatro. Cualquiera se hubiese creído que nadie habitaba en el apartamento 17. Ninguna señal de vida era detectable. Al oído llegaba el tono monocorde de un reloj que parecía una invención del subconsciente.

Pegó la oreja derecha a la plancha de madera de tres centímetros de grosor y no logró atrapar ningún sonido.

-Parece que ahí no hay nadie, pensó antes de volver a levantar el brazo y voltearlo con la intención de iniciar la tercera ronda de golpes.

Ahora el movimiento pendular de la mano resultó un tanto mayor provocando que los cinco toques ampliaran el margen de decibelios.

-Emilio, están tocando, dijo Lidia susurrante y con el susto dibujado en el rostro.

-¿Qué?, respondió el aludido, dando un brinco sobre la cama.

-Oye, baja la voz. ¿Será Germán? ¡Ay, Dios mío!, exclamó la mujer sin definir una vía para destrabar la situación.

-Te lo dije. Tú haciéndote el inteligente diciéndome que no habría más problemas y mira ahora en que lío nos hemos metido, añadió.

-Chica, no me vengas a echar la culpa. Tú estuviste de acuerdo en que me quedara ayer. Además no te precipites a lo mejor no es ese tipejo, señaló matizando las expresiones hacia lo bajo con el propósito de no delatar su presencia en el cuarto de aquella habitación dotada de

sala-comedor, una pequeña cocina y el espacio donde se encontraba sin saber qué hacer.

¡Auxilio!, ¡Auxilio! Sin dudas era la voz de Margarita la vecina del apartamento 8, situado dos pisos más abajo.

-Algo terrible debe de haber sucedido. ¿Se habrá muerto Vicentina?, especuló Lidia, tras salir de la turbación que le había provocado la petición de ayuda salpicada de gritos reverberantes y dotados con la capacidad de erizarle los pelos a cualquiera.

Sintió un escalofrío que comenzó en la parte superior de la espalda y terminó en los calcañales.

Por un instante tuvo presunciones ajenas al problema que, unos segundos atrás, presumía escabroso y con el aura de la fatalidad muy bien definida

Llegó a interesarse más por el enigmático drama de Margarita que por la posibilidad de encontrarse delante de Germán sin una coartada creíble.

-Ayer por la mañana me había dicho que su mamá estaba mejor del enfisema pulmonar, le explicó a Emilio.

-Déjate de boberías, respondió Emilio con brusquedad denotando una total falta de interés en lo que sucedía más allá de sus desgracias.

-A lo mejor ese escándalo nos pone a salvo, alegó con una media sonrisa.

-Chico no seas tan indiferente ante la desgracia de los demás. Con los años te has puesto insensible, le dijo Lidia con un acento que revelaba su enojo.

Las peticiones de socorro permitían subir el volumen de un diálogo que, a pesar de todo, no lograba salir del perímetro de la cautela.

Del otro lado de la puerta, el individuo había echado a correr escaleras abajo. Impulsado por las desesperadas súplicas, sentía el deber de al menos averiguar qué sucedía. A esa hora era presumible que le esperaba ser no sólo espectador de algún complicado asunto.

Al llegar a la entrada del pasillo del segundo piso, el hombre vaciló en tomar una iniciativa. En vez de un salvador tuvo la sensación de padecer el tradicional abatimiento de las víctimas.

Margarita corría hacia él en cueros y profiriendo las mismas socorridas exigencias. Obviamente no se daba por enterada de que un des-

conocido la veía en plena desnudez. Corría con los brazos en alto y los ojos desorbitados.

De un tirón la camisa perdió dos botones. La mujer pasó, como un ciclón, lanzando zarpazos a diestra y siniestra. El hombre no sabía si ir tras ella o esperar por que su cerebro ampliara el diapasón de las decisiones a escoger.

Enseguida hubo una movilización dentro del edificio de cuatro plantas. Alrededor de 20 vecinos se personaron en las inmediaciones del lugar de los hechos.

Margarita, al tomar la avenida, había despertado la curiosidad de un par de mendigos echados en los portales de una cafetería.

-Pancho, despierta, mira esto. ¿Estaré viendo visiones?, expresó inmerso en un mar de dudas.

-¿Qué cosa es?, preguntó el otro con desgano sin abandonar su posición sobre el colchón de papel periódico.

-Tú te lo pierdes. Esto es como para no dormir nunca, dijo mientras se incorporaba y emprendía una carrera tras la dama desnuda. Estuvo a punto de rodar por el asfalto al insistir en sus esfuerzos por darle alcance a Margarita. A partir de la precipitación de los acontecimientos, no había atinado a acordonarse los zapatos.

-¡Que barbaridad!, exclamó espantada una señora desde uno de los balcones semicirculares del edificio Riviera.

-¡Abusador!, ¡Sinvergüenza!, comenzaron a gritar a coro la gente pensando que se trataba de una violación a medias.

-Los viejos están cada vez más descarados, le decía una anciana a la otra en una conversación de ventana a ventana.

La puerta del apartamento 8 estaba abierta de par en par. El hombre que había pretendido auxiliar a Margarita se asomó con discreción. Temía toparse con algo inesperado.

Desde el fondo de la habitación se sentían murmullos. Entró con sumo cuidado hasta el lugar donde se originaban aquellas palabras confusas y como arrancadas de las cuerdas vocales de un moribundo.

Vicentina levantó el brazo con un esfuerzo sobrehumano. Movié las pupilas en la dirección que dirigía el dedo índice para enfatizar el mensaje que le era imposible detallar a través de sus balbuceos.

Sobre el sillón de ruedas y con la cabeza tumbada hacia un lado, la escena se tornaba impresionante en medio de las penumbras.

Un fuerte aleteo provocó que la anciana hiciera el ademán de levantarse. El murciélago la rozó. Ella se desmadejó en el acto.

Después de un par de giros alrededor de la cama, el animal escapó por la puerta. Los allí presentes no pudieron evadir el susto.

Las mujeres, como si se hubieran puesto de acuerdo, lanzaron un chillido casi idéntico a los despachados por Margarita en el inicio de su estampida. Algunos de los hombres pudieron ocultar a tiempo sus miedos, otros tenían en sus facciones las marcas del desconcierto.

Estos últimos con expresiones incoherentes trataban de sellar lo más rápido posible los agujeros en el honor ocasionados por el cruce con el vampiro.

-El alboroto nos vino como anillo al dedo. Me puse de suerte. Si Germán me coge aquí..., no quiero ni pensarlo, observó Emilio.

-Tenemos que buscar una solución. Un día te vas a matar saltando por las azoteas. ¿Por qué no aprovechas y te vas ahora? Creo que con el susto de hoy basta, estimó Lidia.

El murmullo en el pasillo decrecía a medida que los vecinos se retiraban a sus respectivos apartamentos.

Poco a poco el silencio volvía a instalarse como el dueño absoluto de aquella estructura que 17 núcleos familiares compartían.

Emilio se levantó de la silla. Eran cerca de las 5 de la madrugada. Suponía estar antes de las 6, en la casa de Inés, la tía por vía paterna para recoger unas herramientas. A esa hora saldría hacia el trabajo donde se desempeñaba como electricista.

-Dame un beso, le pidió a Lidia en señal de despedida. Los dos se abrazaron apasionadamente.

Con el primer golpe en la puerta, cesó la ecuanimidad, el segundo hizo que ambos se contrajeran con el anhelo de transformarse en un alijo de sombras, un tercer toque bastó para que retrocedieran hasta el cuarto en cámara lenta. Él llevaba puestos unos mocasines con suela de goma y ella unas chancletas plásticas. Eso los libraba de las pisadas delatorias.

No obstante, por el modo de desplazarse, hacía pensar que calzaban zapatos de lata con cascabeles. El miedo a ser descubiertos los obligaba a aumentar las precauciones.

No se atrevían a sentarse en la cama. Los muelles del colchón respondían a cada movimiento con una gran abundancia de chirridos.

Emilio, ofuscado a raíz de la insistencia del visitante anónimo, olvidó las peculiaridades de la pieza rectangular forrada con una descolorida tela de fondo amarillo y rayas verdes.

A escasos centímetros de dejar caer sus 84 kilogramos de peso sobre el colchón, Lidia pudo detenerlo, con una expresión de alarma y la oportuna maniobra realizada con sus brazos.

Después de 15 golpes de nudillo repartidos en tres tandas, regresó el sosiego al cuerpo de la pareja. Estaban seguros de que el autor de los llamados, en la puerta, había abandonado el lugar.

La paz nocturna volvió a dilatarse permitiendo sólo el cauto martilleo de los relojes. Alrededor de las 5, uno rompía el dique de la circunspección. Vibraba delirantemente dando por terminado un sueño. Mientras tanto, una pesadilla comenzaba en el apartamento 17.

Emilio leía el manuscrito deslizado por debajo de la puerta. La letra era perfectamente legible.

“Emilio, se que estás ahí. Bien te lo advertí. Ya no hay contemplaciones. Debes presentarte en el tribunal a las 8:00 a.m, junto con Lidia. Los dos han violado en tres ocasiones la Ley 217. Tú no puedes pernoctar en otra dirección que no sea la que tienes en el carnet de identidad. No lo digo yo, el decreto lo especifica con claridad. Puedes ir a la cárcel por el delito de desobediencia y Lidia podría ser despojada de su vivienda por cómplice”.

Teniente Germán.

El temblor de las manos se reflejaba en el papel. Los trámites del cambio de dirección se demoraban un año. Todavía debería aguardar 8 meses para ponerse a tono con la ley. Lidia suspiró hondo y comenzó a sollozar.

Emilio se desplomó sobre el colchón. Pensó en la proverbial gentileza de la tía Inés y en el suicidio.

El solar de las mofetas

Hacía 21 días que no entraba el agua en el solar. Juan José, el vecino de al lado, despedía unos olores imposibles de describir. Después de colarse por la nariz y caer en el nicho cerebral, la fetidez me causaba unos vahídos que enfrentaba con los dos pañuelos untados con agua de colonia.

Poco después que llegaba del trabajo, me cubría los orificios nasales y la boca. Ajustaba el nudo en la parte posterior del cuello. Lo ceñía tanto a la cara que cualquier gesto, por mínimo que fuese, quedaba reflejado en la superficie de la máscara.

Las expectativas acerca de la reanudación del suministro de agua, se reducían a cero. El día posterior a la interrupción del abastecimiento, un circunspecto locutor pedía calma y anunciaba las ingentes labores dirigidas a resolver, cuanto antes, el problema.

Durante 4 días consecutivos, la información formaba parte de los titulares del noticiario de la noche. La radio transmitía una versión similar al amanecer, que cesó al igual que en el formato audiovisual, al cumplirse el quinto día.

Los residentes en el solar, sentimos euforia al escuchar el anuncio la primera vez, dudas en la segunda, consternación en la tercera y esa noche (la cuarta) el disgusto llegó a su clímax.

-¿Qué se piensan esta gente?, se preguntó Delia, la vecina de la habitación número 6. La interrogante retumbó en la cuartería reproduciendo el malestar de una manera incontrolable. Todos salimos de las respectivas covachas.

Dentro de las limitaciones espaciales, me podía considerar un hombre afortunado. Mi esposa y yo contábamos con 2 metros adicionales. Detalle no despreciable al constatar que por ejemplo Delia convivía en un espacio menor con sus tres hijos menores de edad y su madre de 74 años.

Al enterarse de los pormenores de la situación, mi suegra nos ofreció cobija temporal. Su hija aceptó, pero en lo personal decidí permanecer en el cuarto por varias razones, entre ellas, la cercanía al centro de trabajo, además del temor a que nos robaran la computadora portátil y el horno de microondas.

Estos equipos, que mi primo casado por conveniencia con una joven holandesa, me había regalado, nos complicaron la existencia en el solar.

La envidia se manifestaba de manera recurrente a través de expresiones cáusticas y trabajos de brujería que aparecían, en la puerta, cada semana.

Aquella noche los ánimos se caldearon. La mayoría de las mujeres voceaban groserías irrepetibles y lamentos con peticiones de morir fulminadas por un rayo antes de continuar bajo los rigores de aquella interminable sequía. Eran las más destacadas en lo que podría denominarse como una catarsis colectiva.

-Tenemos que exigir, sea como sea, una solución. Esto no se puede soportar un día más, dije en uno de los pocos instantes en que el bullicio cedía. El planteamiento expresado, logró un nivel de audición que sin proponérmelo resultó ser otra chispa para avivar las llamas del resentimiento.

-Señores, dejemos las habladurías y vamos a la acción. Este descaro tiene que acabarse. ¿Por qué la falta de agua nada más que afecta al barrio de Belén? O tiene que haber agua para todos o de lo contrario hay que tomar el toro por los cuernos. Está bueno ya de tanto abuso y descaro —Leonel tenía una voz potente—. Su intervención calaba en lo más hondo de los sentimientos.

Aparte de la diversidad de propuestas y condenas, el hedor desprendido por cada uno de los presentes se hacía sentir tanto como sus berrinches.

La mezcla de sudores daba pie a unos efluvios que retorcían, sin piedad, las mucosas nasales. Recuerdo las gesticulaciones de Leonel

mientras discurría su oratoria enfática y belicosa. De sus axilas emanaba un tufo zoológico que producía un molesto efecto lacrimógeno. Conocí esas particularidades, al tercer día de la interrupción del abasto de agua.

Esa tarde me lo topé en el patio. Llegaba del trabajo. Eran exactamente las 5 en punto. Al estirar el brazo para estrecharme la mano, tuve la sensación de haber hecho un viaje relámpago al vertedero provincial. Para colmo, el vecino estaba con el torso descubierto.

-¿Y esas lágrimas?, preguntó Leonel.

Apenas podía responder. El ardor en ambos ojos se combinaba con un tenaz cosquilleo en las vías respiratorias.

-Debe ser algún proceso alérgico, alegué en un lenguaje entrecortado y con modulaciones ajenas a mi metal de voz.

-Creo que tengo por ahí unas pastillas que te pueden servir. Aquel ofrecimiento terminó por aumentar mis aprietos. La mano derecha de Leonel estaba en mi hombro izquierdo.

Junto al constante lagrimeo y las secreciones que me humedecían el bigote, ahora aparecía un acceso de tos que me obligaba a cambiar de posición con gestos bruscos.

Retrocedí envuelto en una nube pestilente que me perseguía. Leonel reiteraba su disposición a brindarme ayuda.

-Gracias vecino, pero esto se me quita con un jarabe que me mandaron unas amistades que viven en España. No te preocupes. Mis explicaciones las acompañaba de discretos ademanes con el propósito de alejarme del causante de mis turbaciones.

Sin agua y ahora atacado impunemente por aquel hombre-mofeta, sentí como la contrariedad engordaba en mis pensamientos sin dejar resquicios para otras emociones menos azarosas.

En mi desorganizado repliegue, advertí la atención de varios inquilinos.

-Se va a ahogar. -Leonel, dale unas palmadas por la espalda. Valentín dictaba su sugerencia desde la planta alta.

-Aquí yo tengo tintura de ajo para la tos, decía Margot, la mujer del cuarto número 10, que descollaría dentro de una semana, entre la vanguardia del mal olor. Su habitación, una de las más pequeñas, servía de guarida a tres perros, cuatro gatos y una jicotea.

Otros miraban en silencio, esperando ver cómo se resolvería la situación. Su curiosidad era anodina. Con los detalles del suceso fabricarían historias, casi en total divorcio con la realidad.

Esto resultaba ser un entretenimiento para matar el tedio y la desesperanza. Dos de los productos con perfecta definición en los diversos planos de la cotidianidad.

Los chismes se inspiraban en los acontecimientos más triviales. A partir de ese hábito se originaban, a menudo, altercados con secuelas que iban desde un encendido intercambio de vulgaridades hasta los golpes y el uso de armas blancas.

Por suerte no se contabilizaba ningún muerto, entre el voluminoso índice de estadísticas relacionadas con la violencia intra vecinal.

Mientras trataba de mantener a raya a Leonel, de tal de forma que no percibiera en mis fintas corporales y demás contenciones, el rechazo. Miré de soslayo y pude ver la cerradura de la puerta de mi habitación.

-Oiga compadre, juraría que me estás huyendo.

-No, no. Te agradezco la preocupación. Gracias. Recuerdo que en el primer intento colé la llave en el orificio. Nunca había sido tan preciso.

-Vecino, muchísimas gracias. Luego te veo —Esto lo expresé ya dentro de la alcoba y con la puerta entreabierta—. Una andanada de pestilencias se coló por la ranura, exprimiéndome, otra vez, las glándulas lagrimales.

El día de la improvisada reunión, en que todos queríamos hablar al unísono tras la exclamación de Delia de: ¿Qué se piensan esta gente?, me situé lo más alejado posible de Leonel.

Temía que la máscara de tela anudada en la nuca, resultara una inútil barrera contra el embate de las perniciosas fragancias originadas en axilas, entrepiernas, pies, bocas y nalgas, a causa de la ausencia total de agua.

Mi preocupación no fue infundada, pues los traslados en busca de atenuar el impacto de la fetidez, terminaron en el más absoluto fracaso.

Juan José, ya comenzaba a despuntar con ese olor a corral de cerdos. Las emanaciones despegaban de sus poros embadurnados de una densa capa de grasa, que crecía en densidad. Las repetidas sudoraciones aumentaban el grosor de aquel cebo que hedía a carroña.

-El agua que nos queda es para mañana enjuagarnos los dientes y no podemos continuar pagando 60 pesos por cada cubeta de agua. De-
lia exponía parte de su calvario en un tono que hacía pensar en una de-
claración de guerra.

Los residentes en los barrios aledaños apostaban por sacarle prove-
cho a la situación. Su solidaridad terminaba justamente con la imple-
mentación de las leyes naturales de la economía de mercado.

La escasez establecía el marco para el mercantilismo en sus más za-
fias versiones. El aumento de la demanda incidía en la elevación de los
precios.

Al cumplirse los 21 días sin indicios de que los grifos volvieran a
funcionar, un cubo con capacidad para 20 litros se cotizaba a 60 pesos,
un jarro de 4 litros a 20 pesos y por un vaso lleno hasta el borde se de-
bía desembolsar 5 pesos.

Nuestra supervivencia estaba sostenida por las colectas que hacía-
mos para comprar, a diario, al menos un par de cubos con agua. Ga-
rantizar la elaboración de los alimentos con un cucharón como unidad
de medida, era una de las dos prioridades. La otra se restringía a un
sorbo per cápita, dos veces al día, para evitar la deshidratación.

-A lo mejor mañana hay buenas noticias. Tiene que haber algún
tipo de solución. Valentín, el de la planta alta, manifestaba su apego a
la esperanza en un momento que los ánimos iban rumbo al puntaje
máximo en la escala de la crispación.

-Mira que tú eres ingenuo. ¿Hasta cuándo vamos a esperar? Ya son
tres semanas y tengo el presentimiento de que esto va para largo. Nin-
gún dirigente viene a interesarse por las dificultades. Estamos en el lim-
bo, como los fantasmas. Margot, enfundada dentro de una bata de
casa y con sus 240 libras de peso concentradas en el pequeño banquito
portátil de madera, exponía su criterio mientras se echaba aire con un
abanico formado por un pedazo de cartulina unido a un delgado listón
que servía de empuñadura.

Las periódicas oscilaciones se dirigían, fundamentalmente, al inte-
rior de sus piernas. La obesidad le permitía levantarse el ropón sin temor
a descubrir sus partes pudorosas. Los muslos eran murallas infran-
queables. Cualquier escrutinio visual concluía en aquellos músculos

tocados por la flacidez y una erupción al parecer ocasionada por las continuas fricciones.

Cada ventilación manual derivaba en el esparcimiento de un tufo nauseabundo que traspasaba mi frágil protector compuesto por el par de pañoletas hechas con los restos de una vieja sábana.

Mi salvaguarda no despertaba resquemores. La gente del vecindario se había creído la historia de la aparición de una repentina alergia de orígenes desconocidos que me obligaba a filtrar el aire ambiental con la ayuda del doble retazo de tela.

Juan José, Delia, Margot, Valentín y Leonel, descollaban por unas emanaciones que se agravaban a medida que el tiempo avanzaba y las soluciones se disolvían en el olvido de las autoridades sobre las que recaía la responsabilidad de acabar con el desabastecimiento.

A partir del quinto día el locutor no volvió a mencionar nada acerca de la posible restitución del servicio o alguna otra información que explicara cómo andaban las cosas en torno a la prolongada escasez.

A la semana opté por no asistir más al trabajo. El jefe me había requerido por la falta de aseo a partir de las quejas de algunos colegas. Sentía las miradas de recelo y los comentarios reprobatorios, pero revestía mis penas con una actitud ajena a los complejos. Trataba de actuar como de costumbre, dedicado a ejercer mis obligaciones laborales con la mayor eficiencia.

Mis empeños chocaron con el ultimátum de la empleomanía de la fábrica de implementos deportivos donde había transcurrido toda mi trayectoria laboral de 29 años.

Fue un coro unánime que me hizo tragar en seco: O se va él o nos vamos nosotros.

Decidí acatar la sentencia. De veras que no apreciaba el mal olor que pudiese estar despidiendo. Fue una suerte que la distancia a cubrir entre el centro fabril y mi modesta residencia, no excediera los dos kilómetros.

El recorrido lo podía hacer a pie. De haber tenido la obligación de abordar algún tipo de transporte público las tribulaciones hubiesen escalado a la cúspide del desastre. Ni pensarlo.

En total habíamos tenido tres reuniones formales. La última discurría con el mismo tono.

-Tú tienes razón Margot, si seguimos con esta pasividad nos van a tener así por dos o tres meses, dijo Valentín dándole un giro de 180 grados a su anterior candidez en torno a un presumible fin de las necesidades.

Los huesos faciales, especialmente, los de los pómulos despuntaban debajo de sus ojos vidriosos.

La deficiente hidratación y el stress acumulativo, repercutían en todos los organismos expuestos al desgaste físico y mental.

-Creo que es hora de hacer valer nuestro derecho a vivir humanamente, opiné superponiendo mis palabras a las de Valentín.

-Yo vuelvo a decir que por las buenas no vamos a conseguir nada. Tenemos que usar la fuerza de alguna forma. Juan José ponía en perspectiva una estrategia que tuvo una mayoría acogida.

-Me sumo a tu propuesta. Si vamos a quejarnos al Delegado del municipio, lo más probable es que recibamos promesas y palmaditas en la espalda. ¿Qué fue lo que pasó el año pasado con el asunto del gas licuado? —Margot recordaba la larga ausencia del combustible para cocinar—. Tres meses habíamos tenido que esperar por el restablecimiento del servicio.

Recuerdo que mi suegra nos enviaba la leña en cajas de cartón reforzadas, con un amigo chofer de ómnibus interprovinciales.

Para paliar las necesidades en su totalidad, algunos fines de semana organizábamos incursiones a algunas áreas rurales cercanas con la tarea de talar árboles de pequeñas dimensiones.

-Además, con este porte y aspecto, ¿a dónde vamos ir? Son 21 días sin bañarnos, sin afeitarnos y sin cepillarnos los dientes. La alternativa que considero más viable, es ajustarle cuentas a los aprovechados del barrio de Jesús María. Han estado lucrando a costa de todos nosotros poniéndole precio de oro al agua. Leonel planteaba una acción que despertó la curiosidad de todos los asistentes.

El calzoncillo lo mantenía ajustado a la cadera con un cinturón. Todos andábamos en paños menores a partir de la puesta del sol, incluidos los niños.

Como la peste era el denominador común del vecindario, se impuso una actitud a medio camino entre la costumbre y la tolerancia.

Con relativa eficacia podía resistir el asedio proveniente de los sobacos de Leonel, las hostiles verijas de Margot, el irreverente sicote de Juan José, el endemoniado aliento de Valentín y la mezcla de olores de Delia capaces de espantar a una hiena.

Sabía que yo no escapaba de aquella suma de cuerpos atrapados en la hediondez, pero los tufos que desembarcaban en mi nariz definía en la categoría de muestras ajenas. Nunca como elementos producidos por mis fermentadas transpiraciones.

Mis compañeros de infortunio seguramente podrían identificar el nivel de mis pestilencias, pero preferí no indagar sobre un tema tan baladí en un ambiente en que la palabra albañal tenía plenas conexiones con la realidad.

Me atrevo a afirmar que era un término que quedaba por debajo de las expectativas a la hora de interpretar los acontecimientos que discurrían sin un final previsible.

Todavía usaba mi careta emergente. Los vahídos causados por el hedor, aunque más espaciados, continuaban estructurándose a raíz de un abanicazo autodirigido a alguna zona saturada de sudores y churre, el balanceo de un pie descalzo, un brazo en alto o el sorprendente bostezo a boca de jarro.

Otra que no se quedaba atrás era Asunción, la sordomuda del cuarto número 5. Su trasero despachaba una avalancha de vapores inmundos capaces de sacar de la inconsciencia a cualquier ser vivo.

Tuve la desdicha de pasar cerca de aquellos dos montículos de exagerado volumen. Fueron los amortiguadores de una repentina caída.

Nunca podré olvidar aquella trompada invisible que me obligó a practicar una danza difícil de categorizar. Sólo sé que estuve un minuto y medio bajo una rara sensación de aturdimiento después de la aparatosa secuencia de pasillos y balanceos.

Por fortuna no llegué al piso. De veras, no sé que hubiese sido mejor. Para no despertar susceptibilidades justifique el percance con la aseveración de sentirme muy débil por las condiciones a soportar por tanto tiempo.

La reunión terminó con un acuerdo unánime: el asalto a los especuladores del barrio de Jesús María, sería la próxima noche.

Por las tres últimas compras se había tenido que desembolsar un impuesto por el mal olor. Los mercaderes del agua objetaron las protestas con firmeza. Decían que ellos les importaban un bledo las raíces y efectos del problema.

-Ésas son las condiciones. O la aceptan o se acaba la venta. En eso consistía el ultimátum dado por el supervisor del lucrativo negocio. Un hombre fornido de unos 40 años que los subalternos lo llamaban por el mote de Roly.

De la tropa quedaron excluidos los ancianos y los niños. Leonel sería el jefe de la operación intimidatoria que perseguía la eliminación del gravamen y una merma sustancial del precio.

Delia ayudó a elegir las zonas a atacar y las tácticas de combate. El fin era lograr los objetivos con el menor uso de la fuerza.

A las 8 y 45 de la noche, la tropa de andrajosos esperaba la orden. Pudimos reunir alrededor de 200 personas del barrio.

Una imponente nube de moscas se posesionó del lugar. Aspiré ligeramente a través de mi máscara, ahora compuesta por cuatro pañuelos, en el momento en que la multitud se enardeció. Desde ese día padecí de taquicardias e hipertensión. Al día siguiente llegó el agua.

Estoy buscando una permuta. Este solar me trae muy malos recuerdos.

Acerca del autor

Jorge Olivera Castillo (Ciudad de la Habana, 1961). Narrador, poeta, editor de televisión y periodista. Ha obtenido varios premios y menciones en concursos literarios auspiciados por el Proyecto de Bibliotecas Independientes de Cuba.

En el 2001 obtuvo mención en cuento y segundo lugar en artículo periodístico. Posteriormente en el 2007 obtiene segundo lugar en cuento y reconocimiento especial en poesía.

En el 2005 el Proyecto de Bibliotecas Independientes le publica en Miami el poemario *Confesiones antes del Crepúsculo*. Los textos fueron escritos durante el tiempo que permaneció en prisión (marzo 2003-diciembre 2004) por ejercer el derecho a la libertad de expresión. Cumplía una condena de 18 años de privación de libertad a raíz de los sucesos de la llamada Primavera Negra donde resultaron encarcelados 75 disidentes a largas penas de prisión. En el 2004 se le otorgó una Licencia Extrapenal por motivos de salud.

La editorial italiana Il Foglio publica en abril de 2006 *Versi tra le sbarre (Versos tras las rejas)*, una antología de poetas cubanos en cautiverio donde se incluyen textos suyos. La edición es en idioma italiano y español.

Su poesía ha sido traducida y publicada en algunos medios culturales polacos, además de haberse leído en centros universitarios de este país dedicados al estudio de temáticas latinoamericanas.

En el 2007 la editorial española con sede en la ciudad de Cádiz (España), *Aduana Vieja* publica su libro de relatos *Huésped del Infierno*.

En el 2008 el PEN Club Checo publica en edición bilingüe (checo-español) su poemario *En cuerpo y alma*.

Tiene inédito el poemario *Cenizas Alumbradas* a la espera de que sea publicado en España.

Actualmente es miembro de honor del PEN Inglés y el PEN Checo.

Durante el 2007 y 2008 fue nominado para la Beca Literaria que otorga la Universidad de Brown en Nueva York, quedando entre los finalistas.

En este mismo año fue miembro del jurado del concurso literario Voces de Cambio, auspiciado por el Proyecto de Bibliotecas Independientes de Cuba.

Sus textos periodísticos se han publicado en diarios de Suecia, Argentina, Estados Unidos y República Checa. Regularmente sus trabajos aparecen en varios sitios electrónicos como *www.cubanet.org* y *www.payolibre.com*. También en la revista *Hispano-Cubana* que se edita en Madrid y en la página digital *www.cubaencuentro.com* han aparecido trabajos de su autoría.

En dos oportunidades le ha sido otorgado el premio Laurentino Rodríguez creado por el Círculo de Periodistas de Cuba en el exilio con sede en la ciudad de Miami (Estados Unidos). La primera vez en el año 1999 y posteriormente en el 2001.

Además colabora con la revista bilingüe *Islas* —editada en Estados Unidos— que trata temas relacionados con la discriminación racial.

Es presidente del Club de Escritores de Cuba. Una entidad que busca abrir un espacio para todos los literatos cubanos comprometidos en la defensa de la libertad de creación.

Durante 10 años trabajó como editor en la televisión cubana (1983-1993). A partir de 1993 comienza su labor en las filas de la disidencia hasta la actualidad. De 1993 a 1995 como secretario de divulgación y propaganda del sindicato independiente Confederación de Trabajadores Democráticos de Cuba (CTDC). A partir de 1995 trabaja como periodista independiente. Fue director de la agencia de prensa independiente Habana Press de 1999 hasta el 2003.

Actualmente reside en Ciudad de La Habana, Cuba.